

ABRID LAS PUERTAS AL REDENTOR

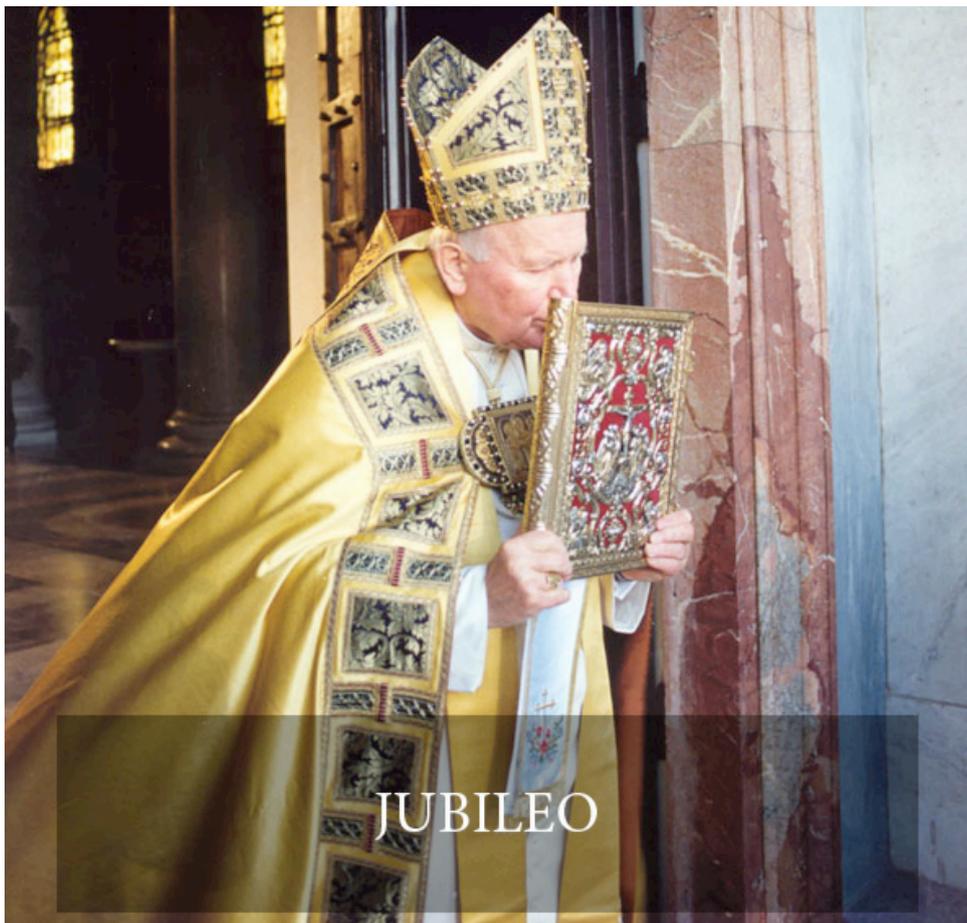
Préstese especial atención a los siguientes capítulos relacionados con la Virgen María:

*10 - La cooperación de María en la obra de la Redención. Pág 36*

*11 - Maternidad de María obtenida a los pies de la cruz. Pág 38*

*39 - La Inmaculada, primera maravilla de la Redención. Pág 103*

*43 - María Madre de Dios. Pág 111*



Cap	ABRID LAS PUERTAS AL REDENTOR	Pag
	BULA DEL AÑO SANTO DE LA REDENCIÓN <i>“Abrid las puertas al Redentor”</i>	5
	PRIMERA PARTE ¿QUÉ ES LA REDENCIÓN CRISTINA?	15
1	<i>El año jubilar de la Redención</i>	16
2	<i>La Puerta Santa de la justicia y de la misericordia</i>	19
3	<i>El comienzo solemne del Año Santo de la Redención</i>	21
4	<i>Tiempo de Cruz</i>	23
5	<i>Tiempo Pascual</i>	26
6	<i>Con el Jubileo nosotros queremos también esta victoria de la vida y de la libertad</i>	28
7	<i>La redención, obra del amor del Padre</i>	30
8	<i>El Sacrificio expiatorio</i>	32
9	<i>Sufrimiento de la Cruz</i>	34
10	<i>La cooperación de María en la obra de la Redención</i>	36
11	<i>Maternidad de María obtenida a los pies de la cruz</i>	38
	SEGUNDA PARTE: LA CELEBRACIÓN DE LA REDENCIÓN EN LA LITURGIA DE LA IGLESIA	40
12	Reconciliación con Dios y reconciliación entre los hombres	41
13	El Don del Espíritu Santo	44
14	La Eucaristía, sacrificio	47
15	El pan Eucarístico	49
16	La Eucaristía y el Sacramento de la Reconciliación	51
	TERCERA PARTE: LA REDENCIÓN ES UNA NUEVA CREACIÓN	53
17	<i>La Redención es una nueva creación</i>	54
18	<i>El "ethos de la redención"</i>	57
19	<i>Libertad de la persona y moralidad del acto humano</i>	59
20	<i>La ley moral, como ley de Dios y ley del hombre</i>	61
21	<i>El Espíritu Santo es la ley del hombre redimido</i>	63
22	<i>Amor y libertad</i>	65

Cap	ABRID LAS PUERTAS AL REDENTOR	Pag
23	<i>La conciencia moral</i>	67
24	<i>La conciencia moral de la persona crece y madura en la Iglesia</i>	69
25	<i>Revestirse de Cristo</i>	72
	CUARTA PARTE: EL SACRIFICIO DE CRISTO	74
26	<i>La muerte de Cristo</i>	75
27	<i>Cristo murió por los hombres</i>	77
28	<i>El sacrificio de Cristo</i>	79
29	<i>La reconciliación, realizada por Cristo</i>	81
30	<i>La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia, tema del Sínodo Episcopal</i>	83
	QUINTA PARTE: EL HOMBRE ANHELA LA REDENCIÓN	85
31	<i>El hombre anhela la Redención</i>	86
32	<i>El sentido religioso en el hombre</i>	88
33	<i>Hombres nuevos</i>	90
34	<i>Nuestros hermanos, los difuntos</i>	92
35	<i>El hombre, ser limitado con ansia de eternidad</i>	94
36	<i>El encuentro del hombre con Dios</i>	96
	SEXTA PARTE: JESUCRISTO, SALVADOR Y REDENTOR	98
37	<i>El hombre y Cristo</i>	99
38	<i>El designio de la salvación</i>	101
39	<i>La Inmaculada, primera maravilla de la Redención</i>	103
40	<i>El Salvador y Redentor del hombre</i>	105
41	<i>"Emmanuel", el "Siervo de Yavé"</i>	107
42	<i>Jesús, Dios y hombre verdadero</i>	109
43	<i>María Madre de Dios</i>	111
44	<i>Comienza la vida pública del Redentor Miércoles</i>	113
45	<i>Llamados a la unidad en la cruz de nuestro Señor</i>	115
46	<i>Cristo redime la dignidad de cada hombre</i>	117

<b>Cap</b>	<b>ABRID LAS PUERTAS AL REDENTOR</b>	<b>Pag</b>
47	<i>La iglesia, signo eficaz de la redención de Cristo en el mundo</i>	119
48	<i>El cristianismo renueva continuamente la vida y cultura del hombre caído</i>	121
49	<i>El trabajo humano, participación en la obra del creador y del redentor</i>	123
	SÉPTIMA PARTE: EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN	125
50	<i>La misión de la Iglesia en el perdón de los pecados</i>	126
51	<i>Nuestra actitud ante el sacramento del perdón</i>	128
52	<i>La satisfacción por los pecados a través de las practicas penitenciales</i>	130
53	<i>El examen de conciencia</i>	132
54	<i>La acusación de los pecados en la Confesión</i>	134
55	<i>La absolución de los pecados en el sacramento de la penitencia</i>	136
56	<i>Los frutos del sacramento de la penitencia</i>	138
57	<i>La confesión frecuente</i>	140
58	<i>Relación entre el sacramento de la Reconciliación y el Sacramento de la Eucaristía</i>	142
	Apéndice I: Homilía de inauguración del Año Santo de la Redención	144
	Apéndice II: Mensaje de clausura del Año Jubilar de la Redención	147
	Apéndice III: Carta de Juan Pablo II a todos los obispos de la tierra: "Los frutos del Año Jubilar de la Redención"	150

«Aperite portas Redemptori»

## BULA DE CONVOCACIÓN DEL JUBILEO PARA EL 1950 ANIVERSARIO DE LA REDENCIÓN

JUAN PABLO OBISPO  
SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS  
A TODOS LOS FIELES DEL MUNDO CATÓLICO:  
SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

1. « ABRID LAS PUERTAS AL REDENTOR ». He aquí la llamada que, en la perspectiva del Año jubilar de la Redención, dirijo a toda la Iglesia, renovando la invitación hecha a los pocos días de mi elección a la Cátedra de Pedro. Desde aquel instante, mis sentimientos y mi pensamiento se han orientado más que nunca a Cristo Redentor, a su misterio pascual, vértice de la Revelación divina y actuación suprema de la misericordia de Dios para con los hombres de todos los tiempos[1].

En efecto, el ministerio universal, propio del Obispo de Roma, arranca del acontecimiento de la Redención llevada a cabo por Cristo mediante su muerte y resurrección; y este ministerio fue puesto por el Redentor al servicio del mismo evento [2], que ocupa el lugar central en toda la historia de la salvación [3].

2. Cada año litúrgico es en verdad celebración de los misterios de nuestra Redención; pero la conmemoración jubilar de la muerte salvífica de Cristo sugiere que tal celebración sea más intensamente participada. Ya en 1933 el Papa Pío XI de venerable memoria quiso recordar, con feliz intuición, el XIX Centenario de la Redención con un Año Extraordinario, sin entrar por otra parte en la cuestión de la fecha precisa en que fue crucificado el Señor[4].

Dado que este año 1983 coincide con el 1950 aniversario de aquel gran acontecimiento, ha ido madurando dentro de mí la decisión, que ya manifesté al Colegio Cardenalicio el 26 de noviembre de 1982, de dedicar un año entero a recordar de modo especial la Redención, con el fin de que ésta penetre más a fondo en el pensamiento y en la acción de toda la Iglesia.

Tal jubileo comenzará el día 25 del próximo mes de marzo, Solemnidad de la Anunciación del Señor, que recuerda el instante providencial en que el Verbo eterno, haciéndose hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María, participó de nuestra carne « para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y liberar a aquellos que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre » [5]. Se concluirá el día 22 de abril de 1984, Domingo de Pascua, día de la plenitud de la alegría procurada por el Sacrificio redentor de Cristo, gracias al cual la Iglesia « renace y se alimenta continuamente de modo maravilloso ».[6]

Sea pues éste un Año verdaderamente Santo, sea realmente un tiempo de gracia y de salvación, más intensamente santificado por la aceptación de las gracias de la Redención por parte de la humanidad de nuestro tiempo, mediante la renovación espiritual de todo el pueblo de Dios, que tiene como cabeza a Cristo « que fue entregado a muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación ».[7]

3. Toda la vida de la Iglesia está inmersa en la Redención, respira la Redención. Para redimirnos, vino Cristo al mundo desde el seno del Padre; para redimirnos, se ofreció a sí

mismo sobre la cruz en acto de amor supremo hacia la humanidad, dejando a su Iglesia su Cuerpo y su Sangre « en memoria suya » [8]y haciéndola ministro de la reconciliación con poder para perdonar los pecados.[9]

La Redención se comunica al hombre mediante la proclamación de la Palabra de Dios y los sacramentos, dentro de la economía divina por la cual la Iglesia está constituida, en cuanto cuerpo de Cristo, « como sacramento universal de salvación ».[10] El Bautismo, sacramento del nuevo nacimiento en Cristo, introduce vitalmente a los fieles en esta corriente que brota del Salvador. La Confirmación los vincula más estrechamente con la Iglesia, los corrobora en el testimonio de Cristo y en el amor coherente a Dios y a los hermanos. La Eucaristía en particular hace presente toda la obra de la Redención que se perpetúa a lo largo del año en la celebración de los divinos misterios; en ella el mismo Redentor, realmente presente bajo las especies sagradas, se da a los fieles, acercándolos « siempre al amor que es más fuerte que la muerte »,[11] los une a sí y al mismo tiempo entre sí. De este modo la Eucaristía construye la Iglesia, ya que es signo y causa de la unidad del Pueblo de Dios, y consiguientemente fuente y culmen de toda la vida cristiana [12]. La Penitencia los purifica, como se dirá ampliamente más adelante. El Orden Sagrado configura a los elegidos a Cristo, Sumo y eterno Sacerdote, y les confiere el poder de apacentar en su nombre a la Iglesia con la palabra y la gracia de Dios, sobre todo en el culto eucarístico. En el Matrimonio « el genuino amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia »[13].Finalmente la Unción de los Enfermos, uniendo los sufrimientos de los fieles a los del Redentor, los purifica con vistas a la redención completa del hombre incluso en su cuerpo y los prepara al encuentro beatífico con Dios, Uno y Trino.

Por otra parte, los diversos elementos de la práctica religiosa cristiana, en particular los que se entienden con el nombre de « sacramentales », así como las expresiones de una genuina piedad popular, extrayendo también ellos su eficacia de la riqueza que mana sin cesar de la Muerte en Cruz y de la Resurrección de Cristo Redentor, facilitan a los fieles un contacto siempre renovado y vivificante con el Señor.

Si pues toda la actividad de la Iglesia está marcada por la fuerza transformadora de la Redención de Cristo y se alimenta continuamente en estas fuentes de la salvación,[14] es claro que el Jubileo de la Redención —como dije al Sacro Colegio el 23 de diciembre— no debe ser sino un « año ordinario celebrado cíclicamente de modo extraordinario: la posesión de la gracia de la Redención, vivida ordinariamente dentro y mediante la estructura misma de la Iglesia, se convierte en extraordinaria por la peculiaridad de la celebración anunciada »[15]. De este modo, la vida y la actividad de la Iglesia se hacen este año « jubilares »: el Año de la Redención debe dejar una huella particular en toda la vida de la Iglesia, para que los cristianos sepan descubrir de nuevo en su experiencia existencial todas las riquezas inherentes a la salvación que les ha sido comunicada desde el bautismo y se sientan impulsados por el amor de Cristo « persuadidos de que si uno murió por todos, luego todos son muertos; y murió por todos para que los que viven no vivan ya para sí sino para aquel que por ellos murió y resucitó » [16]. Dado que la Iglesia es dispensadora de la multiforme gracia de Dios, si atribuye a este Año un significado específico, entonces la economía divina de la salvación se actuará en las diversas formas en que se manifieste este Año Jubilar de la Redención.

De todo ello se deriva para este acontecimiento un acentuado carácter pastoral. En el descubrimiento y en la práctica vivida de la economía sacramental de la Iglesia, a través de la cual llega a cada uno y a la comunidad la gracia de Dios en Cristo, hay que ver el profundo significado y la belleza arcana de este Año que el Señor nos concede celebrar.

Por otra parte, tiene que quedar claro que este tiempo fuerte, durante el cual todo cristiano está llamado a realizar más en profundidad su vocación a la reconciliación con el Padre en el Hijo, conseguirá plenamente su objetivo únicamente cuando desemboque en un nuevo compromiso por parte de cada uno y de todos al servicio de la reconciliación no sólo entre todos los discípulos de Cristo, sino también entre todos los hombres, y al servicio de la paz entre todos los pueblos. Una fe y una vida auténticamente cristianas deben desembocar necesariamente en una caridad que lleva a la verdad y promueve la justicia.

4. La extraordinaria celebración jubilar de la Redención quiere ante todo reavivar en los hijos de la Iglesia católica la conciencia de que « su excelente condición no deben atribuirla a los méritos propios, sino a una gracia singular de Cristo, a la que, si no responden de pensamiento, palabra y obra, lejos de salvarse, serán juzgados con mayor severidad ».[17]

Consiguientemente, todo fiel debe sentirse llamado en primer lugar a un compromiso singular de penitencia y renovación, porque tal es el estado permanente de la Iglesia misma, la cual, « siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación» [18] siguiendo la invitación hecha por Cristo a las muchedumbres, al comienzo de su ministerio: « Convertíos y creed en el evangelio »[19].

Dentro de este específico compromiso, el Año que estarnos para celebrar, se coloca en la línea del Año Santo 1975, al que mi venerado Predecesor Pablo VI asignó como finalidad primordial la renovación en Cristo y la reconciliación con Dios.[20] En efecto, no puede darse renovación espiritual que no pase por la penitencia-conversión, bien sea como actitud interior y permanente del creyente y como ejercicio de la virtud que corresponde a la incitación del Apóstol a « hacerse reconciliar con Dios »[21], bien sea como acceso al perdón de Dios mediante el Sacramento de la Penitencia.

Es efectivamente una exigencia de su misma condición eclesial el que todo católico no omita nada para mantenerse en la vida de gracia y haga todo lo posible para no caer en el pecado que le separaría de ella, para que esté siempre en condiciones de participar en el Cuerpo y en la Sangre del Señor, y sea así de provecho para toda la Iglesia en su misma santificación personal y en el compromiso cada vez más sincero al servicio del Señor.

5. La libertad del pecado es por tanto fruto y exigencia primaria de la fe en Cristo Redentor y en su Iglesia, habiéndonos liberado él para que quedásemos libres [22] y participásemos en el don de su Cuerpo sacramental para edificación de su Cuerpo eclesial.

Al servicio de esta libertad el Señor Jesús instituyó en su Iglesia el Sacramento de la Penitencia, para que quienes han cometido pecado después del bautismo sean reconciliados con Dios, al que han ofendido, y con la Iglesia misma, a la que han herido. [23]

La llamada universal a la conversión [24] se insiere precisamente en este contexto. Dado que todos son pecadores, todos tienen necesidad de ese cambio radical de espíritu, de mente y de vida, que en la Biblia se llama metánoia, conversión. Esta actitud es suscitada y alimentada por la palabra de Dios que es revelación de la misericordia del Señor[25], se actúa sobre todo por vía sacramental y se manifiesta en múltiples formas de caridad y de servicio a los hermanos.

Para que se pueda restablecer el estado de gracia, en la economía ordinaria no basta reconocer internamente la propia culpa ni hacer una reparación externa. En efecto, Cristo Redentor, instituyendo la Iglesia y constituyéndola sacramento universal de salvación, ha establecido que la salvación de cada uno se verifique dentro de la Iglesia y mediante el ministerio de la Iglesia misma[26], del cual Dios se sirve también para comunicar el comienzo de la salvación, que es la fe.[27]

Ciertamente los caminos del Señor son inescrutables y el misterio del encuentro con Dios en la conciencia es insondable; pero el « camino » que Cristo nos ha hecho conocer es el que pasa a través de la Iglesia, la cual, mediante el sacramento o al menos el « voto » del mismo, restablece un nuevo contacto personal entre el pecador y el Redentor. Tal contacto vivificante es indicado también por el signo de la absolución sacramental, en la cual Cristo que perdona, a través de su ministro, alcanza en su individualidad la persona que necesita ser perdonada, y vivifica en ella la convicción de fe, de la que depende cualquier otra: « la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí ».[28]

6. Cada nueva experiencia del amor misericordioso de Dios y cada respuesta individual de amor penitente por parte del hombre es siempre un acontecimiento eclesial. A la virtud propia del Sacramento se añaden, como participación en el mérito y valor satisfactorio infinito de la Sangre de Cristo, único Redentor, los méritos y satisfacciones de todos aquellos que, santificados en Jesucristo y fieles a la vocación a ser santos,[29] ofrecen gozos y oraciones, privaciones y sufrimientos en favor de los hermanos en la fe más necesitados de perdón, y más aún en favor de todo el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia [30]

Por consiguiente, la práctica de la Confesión sacramental, en el contexto de la comunión de los santos que ayuda de diversas maneras a acercar los hombres a Cristo[31], es un acto de fe en el misterio de la Redención y de su realización en la Iglesia. La celebración de la penitencia sacramental es siempre, en efecto, un acto de la Iglesia con el cual ella proclama su fe, da gracias a Dios por la libertad con que Cristo nos ha liberado, ofrece su vida como sacrificio espiritual en alabanza de la gloria de Dios y entre tanto acelera el paso hacia Cristo el Señor.

Es exigencia del mismo misterio de la Redención que el ministerio de la reconciliación, confiado por Dios a los Pastores de la Iglesia[32], encuentre su natural realización en el Sacramento de la Penitencia. De ello son responsables los Obispos, que son en la Iglesia los administradores de la gracia [33] derivada del sacerdocio de Cristo, participado a sus ministros, también como moderadores de la disciplina penitencial; de ello son responsables los Sacerdotes, los cuales pueden unirse a la intención y a la caridad de Cristo, particularmente administrando el Sacramento de la Penitencia[34].

7. Con estas consideraciones me siento cercano y unido a las preocupaciones pastorales de todos mis Hermanos en el Episcopado. Es, al respecto, muy significativo que el Sínodo de los Obispos, que se celebrará en este Año jubilar de la Redención, tenga como tema precisamente la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia.

Ciertamente los Sagrados Pastores dedicarán, junto conmigo, particular atención a la función insustituible del Sacramento de la Penitencia en esta misión salvífica de la Iglesia, y pondrán todo esfuerzo para que no se omita nada de lo que ayuda a la edificación del Cuerpo de Cristo [35]. ¿No es quizás nuestro común y más ardiente deseo que, en este Año de la Redención, disminuya el número de las ovejas errantes y tenga lugar para

todos un retorno hacia el Padre que espera [36] y hacia Cristo, pastor y guardián de las almas de todos? [37]

La Iglesia, acercándose al inicio de su tercer milenio, se siente particularmente comprometida en la fidelidad a los dones divinos, que tienen en la Redención de Cristo su fuente, y mediante los cuales el Espíritu Santo la guía a su desarrollo y renovación, para que sea esposa cada vez más digna de su Señor [38]. Por eso ella confía en el Espíritu Santo y quiere asociarse a su acción misteriosa como la Esposa que invoca la llegada de Cristo [39]

8. La gracia específica del Año de la Redención es pues un renovado descubrimiento del amor de Dios que se da, y es una profundización de las riquezas inescrutables del misterio pascual de Cristo, hechas propias mediante la experiencia cotidiana de la vida cristiana, en todas sus formas. Las diversas prácticas de este Año jubilar deben orientarse hacia tal gracia, con un esfuerzo continuo que supone y exige el alejamiento del pecado, de la mentalidad del mundo el cual « yace en poder del Maligno »[40], de todo lo que impide o frena el camino de la conversión.

En esta perspectiva de gracia se sitúa también el don de la indulgencia, propio y característico del Año jubilar, que la Iglesia, en virtud del poder que le confirió Cristo, ofrece a todos aquellos que con las disposiciones indicadas cumplen las prescripciones propias del jubileo. Como subrayaba mi Predecesor Pablo VI en la Bula de Convocación del Año Santo del 1975, « con la indulgencia la Iglesia, sirviéndose de su potestad de ministro de la Redención operada por Cristo el Señor, comunica a los fieles la participación de esta plenitud de Cristo en la comunión de los Santos, ofreciéndoles en medida amplísima los medios para alcanzar la salvación »[41].

La Iglesia, dispensadora de gracia por expresa voluntad de su Fundador, concede a todos los fieles la posibilidad de acercarse, mediante la indulgencia, al don total de la misericordia de Dios, pero requiere que haya plena disponibilidad y la necesaria purificación interior, ya que la indulgencia no es separable de la virtud y del Sacramento de la Penitencia. Confío mucho en que con el Jubileo pueda purificarse en los fieles el don del « temor de Dios », dado por el Espíritu Santo que, en la delicadeza de su amor, los lleve cada vez más a evitar el pecado y a tratar de repararlo en sí mismos y en los otros, aceptando los sufrimientos cotidianos y cumpliendo las diversas prácticas jubilares. Conviene descubrir el sentido del pecado, y para llegar a ello conviene descubrir el sentido de Dios. El pecado es, en efecto, una ofensa hecha a Dios justo y misericordioso, que exige ser convenientemente expiada en ésta o en la otra vida. Cómo no recordar la saludable amonestación: « ¡El Señor juzgará a su pueblo. Es tremendo caer en las manos de Dios vivo! » [42]

A esta renovada conciencia del pecado y de sus consecuencias debe corresponder una revalorización de la vida de gracia, de la que la Iglesia gozará como de un nuevo don de Redención de su Señor Crucificado y Resucitado. A eso está dirigida la intención eminentemente pastoral del Jubileo, de la que ya he hablado.

9. Por eso, la Iglesia entera, desde los Obispos hasta los fieles más pequeños y humildes, se siente llamada a vivir la última fase de este siglo XX de la Redención que la prepare para el tercer milenio ya cercano, con los mismos sentimientos con los que la Virgen María esperaba el nacimiento del Señor en la humildad de nuestra naturaleza humana. Como María ha precedido a la Iglesia en la fe y en el amor en el alba de la era de la

Redención, así la preceda hoy mientras, en este jubileo, se prepara hacia el nuevo milenio de la Redención.

Nunca como en esta nueva época de su historia, en María la Iglesia « admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser »; [43] en María reconoce, venera e invoca la « primera redimida » y, al mismo tiempo, la primera en ser asociada más cercanamente a la obra de la Redención.

La Iglesia entera deberá, pues, tratar de concentrarse, como María, con amor indiviso, en Jesucristo su Señor, dando testimonio con la enseñanza y con la vida de que nada se puede hacer sin El, ya que en nadie más puede estar la salvación.[44] Y como María, aceptando la Palabra divina, llegó a ser Madre de Jesús y se consagró totalmente a sí misma a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la Redención[45], así la Iglesia debe proclamar hoy y siempre que no conoce, en medio de los hombres, sino a Jesucristo Crucificado, que por nosotros se ha hecho sabiduría, justificación, santificación y redención.[46]

Con este testimonio de Cristo Redentor también la Iglesia, como María, podrá encender la llama de una nueva esperanza para el mundo entero.

10. Durante este Año Jubilar de la Redención, que sabemos se realizó una vez para siempre, pero que se aplica y expande para incremento de la santificación universal que siempre debe perfeccionarse, deseo con trepidante esperanza un recíproco encuentro de intenciones entre todos los que creen en Cristo: incluso en aquellos hermanos nuestros que están en comunión real con nosotros, aunque no plena, porque están unidos en la fe en el Hijo de Dios, Redentor y Señor nuestro, y en el bautismo común[47].

En efecto, todos los que han respondido a la elección divina para obedecer a Jesucristo, para ser rociados con su sangre y llegar a ser partícipes de su resurrección,[48] creen que la Redención de la esclavitud del pecado es el cumplimiento de toda la Revelación divina, porque en ella se ha verificado lo que ninguna criatura habría podido nunca pensar ni hacer: o sea, que Dios inmortal en Cristo se inmoló en la Cruz por el hombre y que la humanidad mortal ha resucitado en El. Creen que la Redención es la suprema exaltación del hombre, ya que lo hace morir al pecado con el fin de hacerlo partícipe de la vida misma de Dios. Creen que cada existencia humana y la historia entera de la humanidad reciben plenitud de significado solamente por la inquebrantable certeza de que « tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna ».[49]

Ojalá que la renovada experiencia de esta única fe pueda, también en el Año Jubilar, acelerar el tiempo del inefable gozo de los hermanos que viven juntos, escuchando la voz de Cristo en su única grey, con él como único y supremo Pastor[50].

Mientras tanto me alegro de saber que muchos de ellos se preparan a celebrar de modo especial este año a Jesucristo como vida del mundo. Deseo que sus iniciativas tengan éxito y pido al Señor que los bendiga.

11. Sin embargo, como es lógico, la celebración del Año Jubilar concierne principalmente a los fieles de la Iglesia que comparten íntegramente su fe en Cristo Redentor y viven en plena comunión con ella. Como he anunciado ya, el Año Jubilar será celebrado a la vez en Roma y en todas las otras diócesis del mundo[51]. Para ganar la gracias espirituales

relacionadas con el jubileo me limitaré a dar aquí, además de algunas disposiciones, ciertas orientaciones de carácter general, dejando a las Conferencias Episcopales y a los Obispos de cada diócesis la misión de establecer indicaciones y sugerencias pastorales más concretas, de acuerdo con la mentalidad y costumbre de cada lugar y con las finalidades del 1950º aniversario de la muerte y resurrección de Cristo. En efecto, la celebración de este acontecimiento quiere ser ante todo una llamada al arrepentimiento y a la conversión, como disposiciones necesarias para la participación en la gracia de la Redención llevada a cabo por él, y para llegar así a una renovación espiritual en cada uno de los fieles, en las familias, en las parroquias, en las diócesis, en las comunidades religiosas y en los otros centros de vida cristiana y de apostolado.

Deseo en primer lugar que se dé una importancia fundamental a las dos condiciones principales requeridas para lucrar la indulgencia plenaria, es decir, a la confesión sacramental personal e íntegra, en la que se da el encuentro entre la miseria del hombre y la misericordia de Dios, y a la comunión eucarística recibida dignamente.

A este respecto, exhorto a todos los sacerdotes a ofrecer con generosa disponibilidad y entrega la más amplia posibilidad a los fieles de disfrutar de los medios de salvación; y para facilitar la misión de los confesores, dispongo que los sacerdotes que acompañen o se unan a peregrinaciones jubilares fuera de su propia diócesis puedan servirse de las facultades que les han concedido en la propia diócesis las legítimas Autoridades. Facultades especiales serán otorgadas por la S. Penitenciaria Apostólica a los Penitenciarios de las Basílicas Patriarcales Romanas y, en cierta medida, también a los otros sacerdotes que escuchen las confesiones de los fieles que se acerquen al sacramento de la Penitencia para lucrar el Jubileo.

Interpretando el sentimiento materno de la Iglesia, dispongo que la indulgencia del jubileo pueda ser lucrada eligiendo uno de los modos siguientes, que podrán ser a la vez expresión y compromiso renovado de ejemplar vida eclesial:

A

Participar devotamente en una celebración comunitaria organizada a nivel diocesano, o de acuerdo con las indicaciones del Obispo también en cada parroquia, para ganar el Jubileo. En tal celebración deberá tenerse siempre una plegaria por mis intenciones, en especial para que el acontecimiento de la Redención pueda ser anunciado a todos los pueblos, y para que en cada Nación los creyentes en Cristo Redentor puedan profesar libremente su propia fe. Es de desear que la celebración vaya acompañada, en lo posible, por una obra de misericordia, en la que el penitente continúe y exprese su compromiso de conversión.

El acto comunitario podrá consistir, de manera especial, en la participación:

— en la Santa Misa organizada para el Jubileo. Procuren los Obispos que en sus diócesis se asegure a los fieles la posibilidad de participar en ella y que la celebración sea digna y bien preparada. Cuando las normas litúrgicas lo permitan, se aconseja que se elija una de las Misas «pro reconciliatione, pro remissione peccatorum, ad postulandam caritatem, pro concordia fovenda, de mysterio Sanctae Crucis, de SS. Eucharistia, de pretiosissimo Sanguine D. N. I. C.», cuyos formularios se encuentran en el Misal Romano, y se podrá usar una de las Plegarias eucarísticas para la reconciliación;

— o bien en una celebración de la Palabra, que podría ser una adaptación o ampliación del Oficio de las Lecturas, o en la celebración de Laudes o Vísperas, con tal que tales celebraciones estén destinadas a los fines del Jubileo;

— o bien en una celebración penitencial promovida para ganar el Jubileo, que termine con la confesión individual de cada penitente, según está previsto en el Rito de la Penitencia (II forma);

— o bien en una administración solemne del Bautismo o de otros Sacramentos (como, por ejemplo, la Confirmación o la Unción de los Enfermos « dentro de la Eucaristía »);

— o bien en el piadoso ejercicio del Vía crucis, organizado para ganar el Jubileo.

Los Obispos diocesanos podrán disponer además que la indulgencia jubilar pueda ser lucrada mediante la participación en una misión popular promovida por las parroquias con motivo del Jubileo de la Redención, o participando en jornadas de retiro espiritual organizadas para grupos o categorías de personas. Obviamente, no podrá faltar una oración por las intenciones del Papa.

## B

Visitar individualmente, o bien —como sería preferible— acompañado de la propia familia, una de las iglesias o lugares indicados más abajo, dedicándose allí a « un tiempo de meditación » y renovando la propia fe recitando el Credo y el Padrenuestro y rezando por mis intenciones, como indicado más arriba.

Por lo que se refiere a las iglesias y lugares, dispongo lo siguiente:

a) En Roma deberá realizarse una visita a una de las cuatro Basílicas Patriarcales (San Juan de Letrán, San Pedro en el Vaticano, San Pablo Extramuros y Santa María la Mayor), o bien a una de las Catacumbas o la Basílica de Santa Cruz de Jerusalén.

El Comité para el Año Jubilar, en colaboración con la diócesis de Roma, se ocupará de la programación coordinada y continua de las celebraciones litúrgicas con una adecuada asistencia religiosa y espiritual a los peregrinos.

b) en las otras diócesis del mundo el Jubileo podrá ser ganado visitando una de las iglesias designadas por los Obispos. En la designación de tales lugares, entre los que deberá ser incluida en primer lugar la Catedral, los Obispos deberán tener presente las necesidades de los fieles, pero a la vez es conveniente que se conserve, en lo posible, el sentido de peregrinación, el cual expresa en su simbolismo la necesidad, la búsqueda, y a veces la inquietud del alma que anhela establecer o restablecer un vínculo de amor con Dios Padre, con el Hijo, Redentor del hombre, y con el Espíritu Santo que realiza la salvación en los corazones.

Todos los que por motivos de deficiente salud no puedan ir a una de las iglesias indicadas por el Ordinario local, podrán ganar las indulgencias del Jubileo realizando una visita a su propia iglesia parroquial. Para los enfermos que no pueden realizar tal visita, bastará que se unan espiritualmente al acto que para ganar el Jubileo realizan sus propios familiares o parroquia, ofreciendo a Dios sus oraciones y sufrimientos. Análogas facilidades son concedidas a los que viven en institutos para ancianos o en centros penitenciarios, a los

que deberán prestarse esmeradas atenciones pastorales a la luz de Cristo Redentor universal.

Los religiosos y religiosas de clausura podrán ganar el Jubileo en sus iglesias monásticas o conventuales.

Durante el Año Jubilar quedan en vigor las otras concesiones de indulgencias, y la norma según la cual se puede lucrar el don de la Indulgencia plenaria solamente una vez al día [52]. Todas las indulgencias pueden ser aplicadas a los difuntos como sufragios[53].

12. La Puerta Santa, que yo mismo abriré en la Basílica Vaticana el 25 de marzo próximo, sea signo y símbolo de un nuevo acercamiento a Cristo, Redentor del hombre, que llama a todos, sin excluir a nadie, a una consideración más apropiada del misterio de la Redención y a participar en sus frutos,[54] especialmente mediante el Sacramento de la Penitencia.

Un especial rito de plegaria y de penitencia podrá ser celebrado por los Obispos de todo el mundo en las respectivas Catedrales, el mismo día o en fecha inmediatamente sucesiva, a fin de que al comenzar solemnemente el Jubileo, el Episcopado de los cinco Continentes, unido a sus propios sacerdotes y fieles, manifieste su unión espiritual con el Sucesor de Pedro.

Invito de corazón a mis hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles todos a vivir y hacer vivir intensamente este año de gracia.

Pido a María Santísima, Madre del Redentor y Madre de la Iglesia, que interceda por nosotros y nos obtenga la gracia de una fructuosa celebración del Año Jubilar, a 20 años del Concilio Vaticano II, y « muestre una vez más a toda la Iglesia, más aún a toda la humanidad, a Jesús, que es el "fruto bendito de su vientre", y que es el Redentor de todos » [55] En sus manos y corazón de Madre deposito el buen resultado de esta celebración jubilar.

Quiero que esta carta tenga plena eficacia en toda la Iglesia y sea cumplida no obstante cualquier disposición contraria.

Dado en Roma, junto a San Pedro, en la Solemnidad de la Epifanía del Señor, día 6 de Enero del año 1983, quinto de mi Pontificado.

YO JUAN PABLO  
OBISPO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Notas

[1] Cfr. Homilía en el comienzo solemne del Pontificado: AAS 70 (1978), 949; Enc. [Redemptor hominis](#), 2: AAS 71 (1979), 259 s.; Enc. [Dives in misericordia](#), 7: AAS 72 (1980), 1199-1203.

[2] Cfr. Mt 16, 17-19; 28, 18-20.

[3] Cfr. Gál 4, 4-6.

[4] Bula Quod nuper: AAS 25 (1933), 6.

[5] Cfr. Heb 2, 14 s.

[6] Misal Romano, Domingo de Pascua de Resurrección, Misa del día. Oración sobre las ofrendas.

[7] Rom 4,25.

[8] Cfr. Lc 22, 19; 1Cor 11, 24 s.

[9] Cfr. Jn 20, 23; 2Cor 5,18 s.

- [10] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia, [Lumen gentium](#), 48.
- [11] Juan Pablo PP. II, Enc. [Dives in misericordia](#), 13: AAS 72 (1980), 1219.
- [12] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia, [Lumen gentium](#), 11.
- [13] Conc. Ecum. Vat. II, Const. pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo, [Gaudium et spes](#), 48.
- [14] Cfr. Is 12, 3.
- [15] Discurso a los Cardenales y Miembros de la Curia Romana, 3: «L'Osservatore Romano», edición en lengua española, 2 de enero de 1983.
- [16] Cfr. 2Cor 5, 14 s.
- [17] Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia, [Lumen gentium](#), 14.
- [18] *Ibid.*, 8.
- [19] Mc 1, 15.
- [20] Cfr. Bula [Apostolorum limina](#), I: AAS 66 (1974), 292 ss.
- [21] Cfr. 2 Cor 5, 20.
- [22] Cfr. Gál 5, 1.
- [23] Cfr. Cont. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia, [Lumen gentium](#), 11; Ordo Paenitentiae, n. 2.
- [24] Cfr. Mc 1, 15; Lc 13, 3-5.
- [25] Cfr. Mc 1, 15.
- [26] Cfr. Ordo Paenitentiae, n. 46.
- [27] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia, [Lumen gentium](#), 11; Conc. Ecum. Trid., Sess. VI De iustific., can. 8: DS 1532.
- [28] Gál 2, 20.
- [29] Cfr. 1 Cor 1, 2.
- [30] Cfr. Gál 6, 10; Col 1, 24.
- [31] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia, [Lumen gentium](#), 50.
- [32] Cfr. 2 Cor. 5, 18.
- [33] Cfr. 1 Pe 4, 10.
- [34] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia [Lumen gentium](#), 26; Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros, [Presbyterorum ordinis](#), 13.
- [35] Cfr. Ef 4, 12.
- [36] Cfr. Lc 15, 20.
- [37] Cfr. 1 Pe 2, 25.
- [38] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia, [Lumen gentium](#), 9, 12.
- [39] Cfr. Ap 22, 17.
- [40] 1Jn 5, 19.
- [41] Bula [Apostolorum limina](#), II: AAS 66 (1974), 295.
- [42] Heb 10, 30 s.
- [43] Conc. Ecum. Vat. II, Const. sobre la sagrada liturgia, [Sacrosanctum Concilium](#), 103.
- [44] Cfr. Jn 15, 5; Act 4, 12
- [45] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. sobre la Iglesia [Lumen gentium](#), 56.
- [46] Cfr. 1 Cor. 1, 30; 2, 2.
- [47] Cfr. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. sobre el ecumenismo, [Unitatis redintegratio](#), 12, 2.
- [48] Cfr. 1 Pe 1, 1 s.; Col 3, 1.
- [49] Jn 3, 16.
- [50] Cfr. Sal 133 (132), 1; Jn 10, 16.
- [51] Discurso a los Cardenales y Miembros de la Curia Romana, 3: «L'Osservatore Romano», edición en lengua española 2 de enero de 1983.
- [52] Cfr. Enchiridion Indulgentiarum, Normae de Indulgentiis n. 24, 1.
- [53] Cfr. *ibid.*, 1. c., n. 4.
- [54] Cfr. 1 Tim 2, 4.
- [50] Discurso a los Cardenales y Miembros de la Curia Romana, 11: «L'Osservatore Romano», edición en lengua española, 2 de enero de 1983.

# PRIMERA PARTE:

## INTRODUCCIÓN

### ¿QUÉ ES LA REDENCIÓN CRISTIANA?

## (1) El año Jubilar de la Redención -16-2-1983

1. Esta audiencia general tiene lugar el primer día de Cuaresma: Miércoles de Ceniza. Día éste que abre un tiempo espiritual particularmente importante para el cristiano que quiere prepararse dignamente a la celebración del misterio pascual. esto es, al recuerdo de la pasión, muerte y resurrección del Señor.

Este tiempo fuerte del año litúrgico está marcado por el mensaje bíblico que se puede resumir en una sola palabra: "metanoείτε", es decir, "convertíos". Este imperativo es evocado en la mente de los fieles por el rito austero de la imposición de las sagradas cenizas. rito que, con las palabras "Convertíos y creed el Evangelio", y con la expresión: "Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás", invita a todos a reflexionar sobre el deber de la conversión, recordando la inexorable caducidad y efímera fragilidad de la vida humana, sujeta a la muerte.

Esto es lo que constatamos cada día y que, por desgracia, nos hace tocar con la mano frecuentemente dolorosos episodios, entre los cuales bastará mencionar las dos graves catástrofes del domingo pasado. acaecidas, una en Turín y la otra en el Valle de Aosta. Ellas han sumido en el llanto a numerosas familias, a las cuales renuevo cordialmente la expresión de mi profundo pésame, mientras ruego por los difuntos y dirijo a los heridos mi estímulo y mis mejores votos.

La sugestiva ceremonia de la ceniza eleva nuestra mente a la realidad eterna que nunca pasa, a Dios que es principio y fin, alfa y omega de nuestra existencia. Efectivamente, la conversión no es más que retornar a Dios, valorando las realidades terrenas a la luz indefectible de su verdad. Es una valoración que nos lleva a una conciencia cada vez más clara del hecho de que estamos de paso en las fatigosas vicisitudes de esta tierra, y que nos impulsa y estimula a realizar cualquier esfuerzo para que el reino de Dios se instaure dentro de nosotros y triunfe su justicia.

2. Sinónimo de conversión es también la palabra penitencia; la Cuaresma nos invita a practicar el espíritu de penitencia, no en su acepción negativa de tristeza y frustración, sino en la de elevación del espíritu, de liberación del mal, de apartamiento del pecado y de todos los condicionamientos que pueden obstaculizar nuestro camino hacia la plenitud de la vida.

Penitencia como medicina, como reparación, como cambio de mentalidad, que predispone a la fe y a la gracia, pero que presupone voluntad, esfuerzo y perseverancia. Penitencia como expresión de libre y gozoso compromiso en el seguimiento de Cristo, que comporta la aceptación de las exigentes, pero fecundas palabras del Maestro: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mt 16, 24).

A estos pensamientos y a estos propósitos nos invita la Cuaresma.

3. El comienzo de este tiempo sagrado nos lleva también a pensar en el Año Jubilar de la Redención, que, como sabéis, quedará abierto al final del período cuaresmal, exactamente el próximo día 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación del Señor, en recuerdo del momento providencial en que el Verbo eterno de Dios se hizo hombre por nuestra salvación en el seno purísimo de la Virgen María.

La apertura de la Puerta Santa con su significativo simbolismo, evocará en nuestro espíritu este gran acontecimiento: el cielo se ha abierto sobre la tierra, el hombre ha

encontrado la puerta por la que puede entrar, en Cristo y con Cristo, en el "reino de los cielos" (cf. Mt 3, 2; 4, 17), es decir, en la amistad y en la paz de Dios.

Desde hoy deseo hablaros sobre la importancia y finalidades de la celebración de este acontecimiento decisivo para la historia de la humanidad y para la suerte de cada uno de nosotros: celebración que quiere provocar en todos los creyentes una nueva reflexión y adhesión de fe a nuestro misericordioso Señor y Redentor, Cristo crucificado, e invitar a todos los hombres de hoy, incluso a los no cristianos, a mirar con ojos nuevos a Él, como a la fuente de la salvación universal.

4. Si hablamos de Año "Santo" es porque en este tiempo de gracia estamos llamados a buscar con particular interés lo que pertenece a la esfera de Dios, porque está consagrado a Él ("sanctum"), no sólo bajo el aspecto ontológico, sino también ético, psicológico, espiritual, histórico. En realidad, todo el tiempo es de Dios, toda la historia desarrolla en el tiempo el designio divino de salvación, todos los años de la historia y todos los días del año discurren sobre una trama fijada por Dios, realizando ontológicamente su dominio, su realeza.

Pero la fe cristiana da al hombre una conciencia nueva de la sacralidad del tiempo, de la historia y de la vida, porque le hace descubrir el "misterio escondido desde los siglos" (Col 1, 26), esto es, el designio salvífico de Dios, que comenzó con la Encarnación, se realizó plenamente en la cruz y se ha desarrollado progresivamente en la historia, especialmente por medio de la obra de la Iglesia, desde la Ascensión hasta la Parusía, es decir, hasta el retorno de Cristo como Rey de eterna gloria.

Cristo, "Rey inmortal de los siglos" (1 Tim 1, 17), domina la historia y a través de Él, el tiempo vuelve a entrar en la eternidad, esto es, encuentra de nuevo su fuente y, en el fondo, su misma explicación y justificación.

El Año Santo quiere recordar esta verdad de fondo, mesiánica y escatológica, de la fe cristiana.

5. Como es sabido, la práctica del "Año Santo" se remonta ya al Antiguo Testamento. Fue Moisés mismo, el sumo legislador de Israel, quien la estableció: "y al mes séptimo, el día diez del mes, que es el tiempo de la fiesta de la Expiación, harás sonar la trompeta por toda vuestra tierra y santificarás el año quinquagésimo y anunciaras remisión o rescate general para todos los moradores de tu tierra; pues es el año del jubileo ....." (Lev 25, 9-10 s.).

Fue llamado así probablemente por el nombre de la trompeta que lo anunciaba, el jubileo estaba destinado inicialmente a garantizar estabilidad a una sociedad fundada sobre la familia y sobre los bienes familiares, y por eso a favorecer en Israel una reorganización en el ámbito social, económico e incluso ecológico: con la liberación de los esclavos, reintegración de cada uno en el propio clan, la remisión de las deudas el restablecimiento de los patrimonios, el reposo de la tierra.

Sucesivamente, con los Profetas se verificó la explícita transposición del jubileo a la era mesiánica, en la cual se realizó finalmente la idea del Año Santo, es decir, el reconocimiento y la aceptación de la soberanía absoluta de Dios sobre el hombre y sobre las cosas y, por tanto, verdaderamente su "reino".

Es cuanto se ha realizado con la venida de Jesús, Hijo eterno de Dios, que se hizo hombre por nuestra salvación, murió en la cruz y luego resucitó "según las Escrituras". Con Él tuvieron cumplimiento las figuras, las promesas y las esperanzas antiguas y se abrió en el mundo, para toda la humanidad, la fuente de la salvación. Con Él "se construyó un puente sobre el mundo" -como se expresaba Santa Catalina de Siena- para que a través de él todos puedan subir a Dios.

Nosotros, durante esta Cuaresma, queremos mirar a Cristo, nuestro Redentor, con renovado impulso de fe y de amor. Será el mejor modo de prepararnos a la celebración del Año Santo.

"Tened vuestra esperanza completamente puesta -os digo con el Apóstol Pedro- en la gracia... considerando que habéis sido rescatados de vuestro vano vivir según la tradición de vuestros padres, no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo..." (1 Pe 1, 13-19). Este es el significado más profundo del Jubileo que nos invita a estar unidos a Cristo como "hostia viva, santa, grata a Dios" (Rom 12, 1).

## (2) La Puerta Santa de la justicia y de la misericordia -1-3-1983

1. Dentro de pocas semanas comenzará el Jubileo de la Redención, con la apertura de la Puerta Santa: un rito en el que parecen confluír muchas nobles aspiraciones antiguas que encuentran quizá su mejor expresión en aquellos versículos del Salmo 117 (118), que cantaban los peregrinos israelitas cuando entraban en el templo de Jerusalén con ocasión de la Fiesta de los Tabernáculos: "Abridme las puertas del triunfo, y entraré para dar gracias al Señor. Esta es la puerta del Señor, los vencedores entrarán por ella" (vv. 19-20).

Pero al comienzo del Salmo hay un invitatorio, que sirve luego también como conclusión: "Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia" (vv. 1 y 29).

Justicia y misericordia son la síntesis inseparable de la misteriosa relación de Dios con el hombre, el cual es invitado a confiar en la bondad infinita de Aquel que por amor lo ha creado, por amor lo ha redimido, por amor lo ha llamado al Bautismo, a la Penitencia, a la Eucaristía, a la Iglesia, a la vida eterna. Y también por amor Dios nos hace sentir estos días su llamada a la conversión, simbolizada por la entrada a través de la Puerta Santa.

Se trata de la conversión íntima y profunda (metánoia) del que quiere adecuarse a las exigencias de la justicia divina con una confianza inquebrantable en la divina misericordia.

El Año Santo quiere ser este "tiempo favorable" (cf. 2 Cor 6, 2) de entrada y de conversión para aquellos que de cerca o de lejos miran a la Puerta Santa y con la luz de la fe descubren su significado: puerta de justicia, puerta de misericordia, abierta por la Iglesia que anuncia y quiere dar Cristo al mundo.

2. Cristo es la verdadera Puerta: Él mismo lo ha dicho de Sí (Jn 10, 7), igual que se ha definido camino hacia el Padre (Jn 14, 6).

Es una puerta y un camino de justicia, porque pasando a través de Él, se entra en el orden de relaciones con Dios, orden que responde a las exigencias de la santidad de Dios y de la naturaleza misma del hombre: orden de rectitud, de subordinación a la voluntad divina, de obediencia a la ley divina; orden que está determinado por la Palabra de Dios contenida en las Sagradas Escrituras, pero que ya se delinea en la intimidad de la conciencia libre y pura y se refleja en las convicciones éticas de los hombres no corrompidos, orden que en la conciencia cristiana está más claramente iluminado y más incisivamente grabado por el magisterio interior del Espíritu Santo.

Ahora el pecado del hombre trastorna el orden en su esencia ética, incluso con repercusiones de naturaleza síquica, somática, y hasta cósmica, como intuyó San Pablo (cf. Rom 8, 20) y como la experiencia humana atestigua en el contacto cotidiano con los males y dolores del mundo.

Con frecuencia, hoy, en los momentos de más cruda constatación de las miserias humanas que se encuentran a todo nivel de la vida personal, familiar, social, se levantan voces alarmantes y alarmadas que presagian la hora de la catástrofe.

En las horas de mayor sinceridad, muchos acaso sienten pasar por su corazón las mismas consideraciones melancólicas de San Pablo sobre la condición del hombre decaído y como desquiciado por el pecado (cf. Rom 1, 18 es.). Pero con San Pablo el creyente sabe que el orden de la divina justicia ha sido restaurado por Cristo, el cual "ha

venido a seros, de parte de Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención..." (1 Cor 1, 30).

El creyente sabe que Cristo es la Puerta de la nueva justicia, porque con el sacrificio de su vida, Él ha restablecido el orden de las relaciones entre la humanidad y Dios, venciendo al pecado e introduciendo en el mundo las fuerzas de la redención, mucho más potentes que las del pecado y de la muerte.

3. No sería posible esta entrada en el nuevo orden de la justicia, si sobre toda la economía de la salvación no se extendiese el rayo de la infinita misericordia de Dios, que es por esencia amor, clemencia, bondad generosa y pronta a ayudar. Porque Dios nos ha amado, "no perdonó a su propio Hijo, antes lo entregó por todos nosotros", como dice San Pablo (Rom 8, 32), y aceptó su sacrificio. Cristo crucificado es el signo irrefutable del amor de Dios por nosotros y la revelación definitiva de su misericordia.

La Puerta Santa simboliza, pues, y sobre todo, la puerta de la misericordia, que también el hombre de hoy puede encontrar en Cristo.

Quizá muchos hombres de nuestro tiempo tienen necesidad, sobre todo, de sentirse alentados en la esperanza que se funda en la revelación de la misericordia divina. Por esto he querido dedicar a tal tema fascinante y fundamental del cristianismo mi segunda Encíclica (1981), que presenta a Dios, con las palabras de San Pablo, precisamente como "Dives in misericordia" (Ef 2, 4). Deseo, espero y pido que el Año Santo sea una ocasión providencial para una evangelización y catequesis de la misericordia a nivel universal.

4. La entrada a través de la Puerta de la justicia y de la misericordia tiene también el significado de una nueva y más decisiva conversión nuestra, que se concreta en la práctica de la penitencia como virtud y como sacramento.

También la conversión es un don de misericordia, una gracia de Dios, un fruto de la redención realizada por Cristo, pero incluye y exige un acto de nuestra voluntad que libremente, bajo la acción del Espíritu Santo, acepta el don, responde al amor, entra de nuevo en el orden de la eterna ley y justicia, cede, pues, al atractivo de la divina misericordia.

El año 1983 será verdaderamente Santo para aquellos que en él se dejarán reconciliar con Dios (cf. 2 Cor 5, 20), arrepintiéndose y haciendo penitencia; para los que aquí en Roma, o en cualquier lugar, incluso en los más aislados yermos donde ha llegado el mensaje de la cruz, ganarán el Jubileo, y por lo tanto tomarán el camino del altar para profesar su fe e invocar al Padre celestial, pero también el del confesionario, para declararse pecadores y pedir humildemente perdón a Dios, renovando así la propia conciencia en la Sangre de Cristo (cf. Heb 9, 14).

En ellos se realizará así la obra de la divina misericordia, que les hará partícipes de la justicia de Cristo, de quien se deriva todo nuestro bien, toda nuestra posibilidad de esperanza y de salvación.

## (3) El comienzo solemne del Año Jubilar de la Redención -23-3-1983

1. Dentro de dos días, esto es, el próximo viernes, hermanos y hermanas queridísimos, celebraremos la solemnidad de la Anunciación del Señor. Se trata de una fiesta que ha tenido siempre especial relieve en el calendario litúrgico, a causa del gran misterio de misericordia y amor que contiene en sí y que de por sí expresa: el misterio del Hijo mismo de Dios, que se hace hijo del hombre, asumiendo la carne en el seno purísimo de la Virgen María.

Pero este año es totalmente especial el relieve por la coincidencia de tal fiesta con la apertura de la Puerta Santa: precisamente el día destinado a la conmemoración del misterio de la Encarnación tendrá lugar el comienzo solemne del Año Jubilar de la Redención. Se trata de dos celebraciones que tienen un nexo íntimo: la Encarnación, en efecto, es el comienzo de la Redención, y en ambos misterios el protagonista es uno solo, es el mismo (*unus idemque*), es decir, "Cristo según la carne, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos" (Rom 9, 5).

2. Jesucristo -conviene ponerlo de relieve- es el protagonista, es siempre el único y verdadero protagonista en toda la obra de la Redención humana. Él lo es desde el primer momento, que es precisamente el de la Encarnación, puesto que, inmediatamente después del anuncio que trajo el Ángel a María Santísima y, a consecuencia de la adhesión que Ella dio al mismo anuncio, "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1, 14).

La Encarnación, pues, es primicia de la Redención: el Verbo encarnado ya está dispuesto para la obra. Efectivamente, Él, al entrar en el mundo, puede decir con toda verdad a Dios Padre: "No quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo... Entonces yo dije: Heme aquí que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad" (Heb 10, 5-7; cf. Sal 39, 7-9). Y lo mismo que puede nacer verdadero hombre en Belén. así también puede morir verdadero hombre en el Calvario. La Redención del Señor está preparada por la Anunciación del Señor.

Allá en la tierra de Galilea, dentro de la humilde casa de Nazaret, junto al Arcángel Gabriel que trae el anuncio (sujeto) y Junto a María que recibe el anuncio (término), está Él a quien hay que entrever con los ojos atentos de la fe: Él es precisamente el contenido del anuncio (objeto). Nosotros invocaremos, pues, y bendeciremos al Ángel de la Anunciación invocaremos en particular, y bendeciremos a María, llamándola y venerándola con el hermoso apelativo de la "Anunciata", tan entrañable a la piedad popular; pero en el centro de estos dos personajes, como huésped augustísimo ya presente y operante, deberemos percibir siempre, invocar, bendecir, más aún, adorar al anunciado Hijo de Dios. "No temas, María... Concebirás y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo..." (Lc 1 30-31). Esto es, en síntesis, en la sobria sencillez del lenguaje evangélico, el anuncio: concepción y parto virginal del Hijo mismo de Dios.

Este anuncio, traído primariamente por el Ángel a la Virgen María, es comunicado luego a su esposo José (cf. Mt 1, 20-21) y transmitido también a los pastores y a los magos (cf. Lc 2, 10-11; Mt 2, 2 ss): el que es anunciado o está para nacer, o ha nacido hace poco, es el "Salvador", y precisamente de acuerdo con lo que su nombre significa, "porque salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1, 21).

Por lo tanto, el mismo anuncio, en la perspectiva teológica de la salvación, está dirigido a toda la humanidad, a lo largo de todo el curso de los siglos, como anuncio de inefable

gozo, donde se concentra y se realiza a la letra la "bondad" del mismo Evangelio (= buen anuncio).

3. El misterio de la Anunciación ha llamado siempre la atención de los artistas y ha inspirado frecuentemente páginas célebres. Es sugestiva -me limito a este solo caso- la tabla del Beato Angélico que reproduce el arcano encuentro entre Gabriel y María. Parece como que el cielo y la tierra están en espera de esta respuesta en la sublimidad inenarrable de una comunicación trascendente. Y, sin embargo, allí no está visiblemente Jesús: está, sí, su Espíritu, que va a realizar el gran milagro fecundando el seno virginal de María; está, sí, la potencia del Altísimo, para la que nada es imposible (cf. Lc 1, 35-37). Pero Jesús, al menos en el plano de las apariencias no está todavía. Se diría que, lo mismo que el cielo y la tierra esperan la respuesta de María, así también el Verbo la espera oculta y trémulamente para realizar enseguida el eterno designio del Padre.

De este modo, el esperado mismo, Aquel a quien la Ley y los Profetas habían presentado como "el esperado de las gentes" (cf. Gén 49, 10; Is 9, 5; Jn 1, 45), está en espera: de Él hablan ya los dos augustos interlocutores, y apenas venga la respuesta, esto es, cuando resuene el fiat en los labios de la Virgen, vendrá inmediatamente Él mismo.

4. Misterio grande, hermanos queridísimos, misterio sublime es el de la Encarnación, cuya comprensión no alcanza ciertamente la debilidad de nuestra mente, incapaz como es de entender las razones de la actuación de Dios.

En él debemos ver siempre, en posición de evidencia primaria, a Jesucristo, como al Hijo de Dios que se encarna, y junto a Él a Ella que coopera en la Encarnación dándole con amor de Madre su misma carne. La Anunciación del Señor, de este modo, nada quita a la función y al mérito de María, que precisamente por su maternidad será bendita por los siglos juntamente con su Hijo divino.

Pero debemos contemplar siempre este mismo misterio no ya separado. sino más bien coordinado y unido con todos los varios misterios de la vida oculta y pública de Jesús, hasta el otro y sublime misterio de la Redención. De Nazaret al Calvario hay, en efecto, una línea de ordenado desarrollo, en la continuidad de un indiviso e indivisible designio de amor. Por esto, en el Calvario volveremos a encontrar también a María, que allí se afirma precisamente como Madre, vigilando y orando junto a la cruz del Hijo que muere, y al mismo tiempo, como "socia", esto es, como colaboradora de su obra salvífica, "sirviendo con diligencia al misterio de la redención con Él y bajo Él, con la gracia de Dios omnipotente" (cf. Lumen gentium, 56).

Al comenzar en el nombre de Dios el Año Santo de la Redención, deseo ardientemente para vosotros que me escucháis aquí, como para todos los hermanos cristianos esparcidos por el mundo, que os resulte espontánea y natural a todos el paso de la escena tan dulce y recogida de Nazaret a la brillante y dramática del Calvario, a fin de que aparezca inseparable y sólida la relación entre todos los misterios de la vida del Hijo de Dios hecho hombre. Él nos ha salvado a todos por el misterio de su Encarnación y, sobre todo, por el misterio de la Redención. Nuestro deber, pues, durante el ya inminente año de gracia y de perdón será aprovechar esta obra, aplicando su divina virtud a nuestras almas.

## (4) Tiempo de Cruz -30-3-1983

*Lectura: Isaías 50, 5-9; Salmo 68; evangelio de san Mateo, capítulo 26, versículos 47-50*

1. Año Santo, Puerta Santa, Lugares Santos, Semana Santa...: esta atribución tradicional de la "santidad" a realidades del espacio y del tiempo atestigua que en ellas el alma popular, o incluso la Iglesia, descubren y reconocen un vínculo especial con Dios y, por lo tanto, un título de "consagración".

A nosotros, cristianos, el valor sacro de estos días santos nos viene de la memoria de la pasión y muerte de Cristo, que en ellos celebramos, con una fe más viva, con una piedad más tierna y, a la vez, austera y consciente, con la propia identificación litúrgica y espiritual en ese misterio de la redención expresado en el Credo de cada día: Crucifixus etiam pro nobis..., passus et sepultus est.

Estos son, pues, los días de la cruz, los días en que sube espontáneamente a los labios de los cristianos el antiguo himno litúrgico, transmitido de generación en generación, y repetido por millones de creyentes en todos los tiempos, incluida la época del primer Año Santo, convocado por el Papa Bonifacio VIII el año 1300: Vexilla Regis prodeunt / fulget Crucis mysterium...

La cruz es la enseña de Cristo a la que nosotros veneramos y cantamos. Más aún, por su función de instrumento de nuestra redención estrechamente unido, según el designio del Padre, con el que fue suspendido en ella como en un patíbulo, nosotros la adoramos como por una extensión del culto que reservamos al Hombre-Dios. En realidad adorar la cruz (como, haremos litúrgicamente el Viernes Santo) es adorar a Cristo mismo: Adoramus Te, Christe, et benedicimus Tibi, quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum!

2. En realidad la cruz pertenece a nuestra condición existencial, como nos demuestra la experiencia de cada día. Más aún, se diría que tiene sus raíces en la misma esencia de las cosas creadas.

El hombre es consciente de los valores, pero también de los límites. De aquí el problema del mal que, en determinadas condiciones de desconcierto físico, psicológico, espiritual, es dolor, sufrimiento, o incluso pecado. ¿Por qué el mal, por qué el dolor, por qué esta cruz humana que parece coesencial con nuestra naturaleza, y sin embargo, en muchos casos, tan absurda?

Se trata de preguntas que atormentan desde siempre la mente y el corazón del hombre, y a las cuales, quizá, se pueden dar respuestas parciales de orden teórico, pero que continúan planteándose de nuevo en la realidad de la vida, a veces de modo dramático, sobre todo cuando se trata del dolor de los inocentes, de los niños, incluso de grupos humanos y de pueblos enteros subyugados por fuerzas prepotentes que parecen señalar en el mundo el triunfo de la maldad. ¿Quién de nosotros no siente una herida en el corazón ante tantos hechos dolorosos, ante tantas cruces?

Es verdad que la experiencia universal enseña también los benéficos efectos que en muchos hombres produce el dolor, como generador de madurez, de sabiduría, de bondad. de comprensión, de solidaridad, de tal manera que se ha podido hablar de la fecundidad del dolor. Pero esta constatación deja sin resolver el problema de fondo y no elimina la tentación de Job, que se asoma también al espíritu del cristiano, cuando se siente

impulsado a preguntar a Dios: ¿Por qué? Más aún, para muchos el problema del mal y del dolor es una objeción contra la Providencia de Dios, e incluso a veces contra su existencia. La realidad de la cruz se convierte entonces en un escándalo, porque se trata de una cruz sin Cristo: ¡La más pesada e insoportable, a veces terrible hasta la tragedia!

3. La cruz con Cristo es la gran revelación del significado del dolor y del valor que tiene en la vida y en la historia. Él que comprende la cruz, el que la abraza, comienza un camino muy distinto del camino del proceso y de la contestación a Dios: encuentra, más bien, en la cruz el motivo de una nueva ascensión a Él por la senda de Cristo, que es precisamente el Vía Crucis, el camino de la cruz.

La cruz es la prueba de un amor infinito que, precisamente en esa hostia de expiación y pacificación ha colocado el principio de la restauración universal y sobre todo de la redención humana: redención del pecado y, al menos en raíz, del mal, del dolor y de la muerte.

Pero la cruz nos invita a responder al amor con el amor. A Dios, que nos amó primero, nosotros podemos darle, a nuestra vez, el signo de nuestra íntima participación en su designio de salvación. No siempre logramos descubrir en este designio el porqué de los dolores que marcan el camino de nuestra vida. Sin embargo, sostenidos por la fe, podemos llegar a la certeza de que se trata de un designio de amor, en el cual toda la inmensa gama de las cruces, grandes y pequeñas, tiende a fundirse en la única cruz.

La cruz es, pues, para nosotros una garantía de vida, de resurrección y de salvación, porque contiene en sí y comunica a los creyentes la fuerza renovadora de la redención de Cristo.

Según San Pablo, en ella es una realidad ya adquirida incluso la futura resurrección y glorificación celeste, que será en la eternidad la manifestación gloriosa de la victoria que Cristo nos ha traído con su pasión y su muerte. Y nosotros, con la experiencia de nuestro dolor cotidiano, estamos llamados a participar en este misterio que es ciertamente de pasión, pero también de gloria.

4. En estos días de Semana Santa y del Año Santo estamos invitados a mirar a Cristo que nos ha amado hasta morir en la cruz por nosotros. Estamos invitados a unirnos a la Iglesia, la cual, especialmente con la celebración de los misterios conclusivos de la vida terrena de Cristo, quiere infundirnos una conciencia más viva del misterio de la redención; y ésta es la razón fundamental del Jubileo.

Saludamos en la cruz, signo e instrumento de Cristo Redentor, al fundamento de nuestra esperanza, porque reconocemos en ella la prueba experimental del amor omnipotente y misericordioso que Dios tiene por el hombre.

Nos dirigimos a la cruz y a Cristo crucificado en este "tiempo de pasión": tiempo no sólo litúrgico, sino histórico, social y espiritual, en el que vemos agolparse sobre el mundo tantos dolores, tantas "pasiones" y, por desgracia ¡tantas cruces sin Cristo!

Pidamos al Redentor, en nombre de su cruz, que conceda a su Iglesia y a toda la humanidad la gracia del Año Santo, los dones de conversión y de santidad que tanto necesitamos.

Esto quiere el Año Santo, esto nos pide Jesús desde la cruz: una apertura mayor a su redención con el arrepentimiento de los pecados y la aspiración a la santidad.

## (5) Tiempo Pascual -6-4-1983

1. Nos encontramos todavía en el clima de la solemnidad pascual, en el que una inefable experiencia espiritual nos ha hecho gustar la profunda verdad de nuestra fe en Cristo resucitado, "nuestra Pascua" (1 Cor 5, 7), que se ha inmolido por nosotros, pero que no fue derrotado por la muerte, no agotó su misterio y su misión cuando, pendiente de la cruz pronunció las palabras: "Todo esta consumado" (Jn 19, 30). Efectivamente, en ese mismo instante el cumplimiento del designio salvífico de Dios abrió una nueva fase en la historia humana, que Cristo mismo habla consagrado con su resurrección de la muerte: el nuevo Kairós de la certeza de la vida, fundada sobre esa demostración de la omnipotencia divina.

Cristo resucitó, como había prometido, porque su Yo profundo se identifica con el principio eterno de la vida, Dios, de tal manera que pudo decir de Sí: "Yo soy la vida" (Jn 14, 6), como había proclamado otra vez: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11, 25). Con Él, pues, la fuerza omnipotente de la vida ha entrado en el mundo y, después del sacrificio de justicia y de amor ofrecido en la cruz, explotó en su humanidad y, a través de su humanidad, en el género humano y, de cierta manera, en todo el universo. Desde ese momento la creación encierra en sí el secreto de una juventud siempre nueva, y nosotros ya no somos más esclavos del "miedo de la muerte" (cf. Heb 2, 15). ¡Cristo nos ha liberado para siempre!

Con el Jubileo nosotros queremos celebrar también esta victoria de la vida y de la libertad, porque ella da plenitud de dimensión al misterio de la redención y revela la potencia de la cruz. Justamente, pues, con la liturgia de la Iglesia, podemos saludar a la cruz como "esperanza única" y fuente de "gracia" y de "perdón", no sólo hoc passionis tempore, como hicimos el Viernes Santo, sino también in hac triumphi gloria, como cantaremos en la fiesta de su Exaltación (14 de septiembre), casi haciendo eco al alleluia pascual.

2. De este misterio de gloria que fulgura en la cruz (fulget crucis mysterium) nos habla San Pedro en su primera Carta a las comunidades cristianas de Asia Menor, documento fundamental de la reflexión sencilla y lineal, pero densa de significado cristológico, de los Apóstoles y de las primeras comunidades cristianas: "Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo -escribe él-, que por su gran misericordia nos reengendró a una viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible" (1 Pe 1, 3 s.).

Cristo resucitado domina, pues, la escena de la historia y da una fuerza generadora de eterna esperanza a la vida cristiana, en este Kairós, en esta edad escatológica que ha comenzado ya con la victoria sobre la muerte por parte de Aquel que fue "ya conocido antes de la creación del mundo y manifestado al fin de los tiempos por amor vuestro" (1 Pe 1, 20).

Esta es la certeza que necesitaba el mundo en que los Apóstoles predicaban el Evangelio de Cristo; ésta es la esperanza que necesita la humanidad de nuestro tiempo, a la que queremos comunicar el mensaje y el don del Año Santo: Cristo ha resucitado y, al resucitar, ha interrumpido lo que parecía, y todavía parece a muchos, un inexorable vórtice de decadencia, degradación y corrupción en la historia. Cristo resucitado nos da la garantía de una vida que no acaba, de una "herencia incorruptible", de una "custodia", por parte de Dios, en favor de los justos, quienes, liberados y renovados por el Redentor, pertenecen ya en la fe y en la esperanza al reino de la vida eterna.

3. La historia terrena y el movimiento cósmico continúan sin duda, su curso, que no se identifica con los ritmos de desarrollo del reino de Cristo. De hecho, el dolor, el mal, el pecado, la muerte cobran todavía sus víctimas, a pesar de la resurrección de Cristo. El ciclo de la sucesión y del devenir no se ha detenido en absoluto: ¡Se habría cerrado la historia! Y, más aún, se repiten continuamente hechos y acontecimientos que hacen pensar en un conflicto insanable, aquí en la tierra, entre los dos reinos o, como decía San Agustín, entre las dos "ciudades". Pensad, por ejemplo, en el contraste que este Año Santo presenta entre la celebración de la redención, por una parte, y por otra, las ofensas a Dios, los crímenes contra el hombre y, en el fondo, los desafíos a Cristo que simultáneamente continúan cometándose.

Se trata del aspecto más impresionante, la dimensión más misteriosa de la dialéctica histórica entre las fuerzas del bien y las del mal: esto es, el hecho de que se interpongan obstáculos y se haga gala de indiferencia ante las fuerzas de la redención introducidas en el mundo por Cristo con su resurrección como principio resolutivo del contraste entre la muerte y la vida.

Pero he aquí otra verdad que San Pedro ofrece a la reflexión de los cristianos y que se deriva del sermón de las bienaventuranzas: en medio de los sufrimientos y dificultades del tiempo que pasa, los cristianos, todos los cristianos, están llamados a ser como él, los justos que sufren manteniéndose en la certeza de la fe y de la esperanza, y precisamente por este camino están en su puesto, cumplen su misión en la gran dialéctica histórica: son, con Cristo y por Cristo, fuerza de regeneración, fermento de vida nueva.

De aquí la exhortación: "No os conforméis a las concupiscencias que primero teníais en vuestra ignorancia, antes, conforme a la santidad del que os llamó, sed santos en todo vuestro proceder, porque escrito está: Sed santos, porque santo soy yo..." (1 Pe 1, 14-16; cf. Mt 10, 17).

Hoy como ayer y más que ayer, entre las vicisitudes, los conflictos, las variaciones de los tiempos que llevan con frecuencia a situaciones tan escabrosas, a veces incluso dramáticas, el mundo tiene necesidad de que permanezca en medio de él el "pueblo nuevo", que con humildad, valentía y perseverancia se dedique al servicio de la redención y concrete en la buena conducta cristiana la fuerza regeneradora de la resurrección de Cristo.

Esta es la función de los cristianos como evangelizadores y testigos de la redención en la historia; ésta es la misión histórica y escatológica, a la que nos llama el Año Santo-

*En esta primera Audiencia general del Año Santo, saludo con afecto a todos los presentes .*

*El principio del Año Santo y la celebración de la Semana Santa que conmemora los misterios centrales de la Redención, son para nosotros una fuerte llamada a buscar la gracia que nos salva, a unirnos con espíritu de fe al dolor redentor de Cristo que es también esperanza de resurrección, a purificarnos de nuestros pecados y vivir cada día más intensamente el misterio de salvación en Cristo. Esta es la finalidad del Año Jubilar.*

(6) Con el Jubileo nosotros queremos también esta victoria de la vida y de la libertad  
Miércoles 6 de abril de 1983

1. Nos encontramos todavía en el clima de la solemnidad pascual, en el que una inefable experiencia espiritual nos ha hecho gustar la profunda verdad de nuestra fe en Cristo resucitado, "nuestra Pascua" (1 Cor 5, 7), que se ha inmolido por nosotros, pero que no fue derrotado por la muerte, no agotó su misterio y su misión cuando, pendiente de la cruz pronunció las palabras: "Todo esta consumado" (Jn 19, 30). Efectivamente, en ese mismo instante el cumplimiento del designio salvífico de Dios abrió una nueva fase en la historia humana, que Cristo mismo habla consagrado con su resurrección de la muerte: el nuevo Kairós de la certeza de la vida, fundada sobre esa demostración de la omnipotencia divina. Cristo resucitó, como había prometido, porque su Yo profundo se identifica con el principio eterno de la vida, Dios, de tal manera que pudo decir de Sí: "Yo soy la vida" (Jn 14, 6), como había proclamado otra vez: "Yo soy la resurrección y la vida" (Jn 11, 25). Con Él, pues, la fuerza omnipotente de la vida ha entrado en el mundo y, después del sacrificio de justicia y de amor ofrecido en la cruz, explotó en su humanidad y, a través de su humanidad, en el género humano y, de cierta manera, en todo el universo. Desde ese momento la creación encierra en sí el secreto de una juventud siempre nueva, y nosotros ya no somos más esclavos del "miedo de la muerte" (cf. Heb 2, 15). ¡Cristo nos ha liberado para siempre!

Con el Jubileo nosotros queremos celebrar también esta victoria de la vida y de la libertad, porque ella da plenitud de dimensión al misterio de la redención y revela la potencia de la cruz. Justamente, pues, con la liturgia de la Iglesia, podemos saludar a la cruz como "esperanza única" y fuente de "gracia" y de "perdón", no sólo hoc passionis tempore, como hicimos el Viernes Santo, sino también in hac triumphi gloria, como cantaremos en la fiesta de su Exaltación (14 de septiembre), casi haciendo eco al alleluia pascual.

2. De este misterio de gloria que fulgura en la cruz (fulget crucis mysterium) nos habla San Pedro en su primera Carta a las comunidades cristianas de Asia Menor, documento fundamental de la reflexión sencilla y lineal, pero densa de significado cristológico, de los Apóstoles y de las primeras comunidades cristianas: "Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo —escribe él—, que por su gran misericordia nos reengendró a una viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible" (1 Pe 1, 3 s.).

Cristo resucitado domina, pues, la escena de la historia y da una fuerza generadora de eterna esperanza a la vida cristiana, en este Kairós, en esta edad escatológica que ha comenzado ya con la victoria sobre la muerte por parte de Aquel que fue "ya conocido antes de la creación del mundo y manifestado al fin de los tiempos por amor vuestro" (1 Pe 1, 20).

Esta es la certeza que necesitaba el mundo en que los Apóstoles predicaban el Evangelio de Cristo; ésta es la esperanza que necesita la humanidad de nuestro tiempo, a la que queremos comunicar el mensaje y el don del Año Santo: Cristo ha resucitado y, al resucitar, ha interrumpido lo que parecía, y todavía parece a muchos, un inexorable vórtice de decadencia, degradación y corrupción en la historia. Cristo resucitado nos da la garantía de una vida que no acaba, de una "herencia incorruptible", de una "custodia", por parte de Dios, en favor de los justos, quienes, liberados y renovados por el Redentor, pertenecen ya en la fe y en la esperanza al reino de la vida eterna.

3. La historia terrena y el movimiento cósmico continúan sin duda, su curso, que no se identifica con los ritmos de desarrollo del reino de Cristo. De hecho, el dolor, el mal, el pecado, la muerte cobran todavía sus víctimas, a pesar de la resurrección de Cristo. El ciclo de la sucesión y del devenir no se ha detenido en absoluto: ¡Se habría cerrado la historia! Y, más aún, se repiten continuamente hechos y acontecimientos que hacen pensar en un conflicto insanable, aquí en la tierra, entre los dos reinos o, como decía San Agustín, entre las dos "ciudades". Pensad, por ejemplo, en el contraste que este Año Santo presenta entre la celebración de la redención, por una parte, y por otra, las ofensas a Dios, los crímenes contra el hombre y, en el fondo, los desafíos a Cristo que simultáneamente continúan cometándose. Se trata del aspecto más impresionante, la dimensión más misteriosa de la dialéctica histórica entre las fuerzas del bien y las del mal: esto es, el hecho de que se interpongan obstáculos y se haga gala de indiferencia ante las fuerzas de la redención introducidas en el mundo por Cristo con su resurrección como principio resolutivo del contraste entre la muerte y la vida.

Pero he aquí otra verdad que San Pedro ofrece a la reflexión de los cristianos y que se deriva del sermón de las bienaventuranzas: en medio de los sufrimientos y dificultades del tiempo que pasa, los cristianos, todos los cristianos, están llamados a ser como él, los justos que sufren manteniéndose en la certeza de la fe y de la esperanza, y precisamente por este camino están en su puesto, cumplen su misión en la gran dialéctica histórica: son, con Cristo y por Cristo, fuerza de regeneración, fermento de vida nueva.

De aquí la exhortación: "No os conforméis a las concupiscencias que primero teníais en vuestra ignorancia, antes, conforme a la santidad del que os llamó, sed santos en todo vuestro proceder, porque escrito está: Sed santos, porque santo soy yo..." (1 Pe 1, 14-16; cf. Mt 10, 17).

Hoy como ayer y más que ayer, entre las vicisitudes, los conflictos, las variaciones de los tiempos que llevan con frecuencia a situaciones tan escabrosas, a veces incluso dramáticas, el mundo tiene necesidad de que permanezca en medio de él el "pueblo nuevo", que con humildad, valentía y perseverancia se dedique al servicio de la redención y concrete en la buena conducta cristiana la fuerza regeneradora de la resurrección de Cristo.

Esta es la función de los cristianos como evangelizadores y testigos de la redención en la historia; ésta es la misión histórica y escatológica, a la que nos llama el Año Santo.

*Con Cristo resucitado la fuerza omnipotente de la vida ha entrado en el mundo, y después del sacrificio de justicia y amor ofrecido en la Cruz, ha invadido su humanidad y por medio de él al género humano. Con el Jubileo queremos celebrar también esta victoria de la vida y de la libertad, porque ésta da su plena dimensión al misterio de la Redención y revela la fuerza de la Cruz.*

*A todos vosotros os invito a ser evangelizadores y testigos de la Redención en medio de la sociedad: así realizaréis la misión a la que nos llama el Año Santo. A todos os doy con afecto mi Bendición.*

## (7) La redención, obra del amor del Padre -13-4-1983

## 1. "Dios por medio de Cristo nos reconcilió consigo" (2 Cor 5, 18).

Queridísimos hermanos y hermanas: ¡El hombre necesita de reconciliación! Con el pecado quebrantó la amistad con Dios, y se encontró solo y desesperado, porque su destino no puede cumplirse fuera de esta amistad. Por esto aspira a la reconciliación, aún siendo incapaz de realizarla por sí. Efectivamente, con solas sus fuerzas no puede purificar el propio corazón, librarse del peso del pecado, abrirse al calor vivificante del amor de Dios.

El "alegre anuncio" que la fe nos trae es precisamente éste: Dios, en su bondad, ha salido al encuentro del hombre. Ha obrado, de una vez para siempre, la reconciliación de la humanidad consigo mismo, perdonando las culpas y creando en Cristo un hombre nuevo, puro y santo.

San Pablo subraya la soberanía de esta acción divina cuando, al hablar de la nueva creación, declara: "Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo" (2 Cor 5, 18). Y añade: "Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados" (5, 19). Por lo cual, el Apóstol, con la conciencia de haber recibido de Dios el ministerio de la reconciliación, concluye con la exhortación apasionada: "Dejaos reconciliar con Dios" (5, 20).

Sólo Dios es el Salvador: la convicción de que el hombre no puede salvarse mediante sus esfuerzos humanos y de que toda la salvación viene de Dios, estaba inculcada por la revelación del Antiguo Testamento. Yavé decía a su pueblo: "No hay Dios justo ni salvador fuera de mí" (Is 45, 21). Sin embargo, con esta afirmación Dios aseguraba además que no había abandonado al hombre a su propio destino. Él lo salvaría. Y efectivamente, el que se habla definido como Dios Salvador, manifestó, con la venida de Cristo a la tierra, que Él lo era realmente.

2. Y más aún, el cumplimiento ha superado la promesa: efectivamente, en Cristo el misterio de salvación se ha revelado como misterio de Dios Padre que entrega a su Hijo en sacrificio para la redención de la humanidad. Mientras el pueblo judío esperaba un Mesías humano, el Hijo de Dios en persona vino en medio de los hombres y, en su calidad de verdadero Dios y verdadero hombre, desempeñó la misión de Salvador. Es Él quien con su sacrificio ha realizado la reconciliación de los hombres con Dios. Nosotros no podemos menos de admirar esta maravillosa invención del plan divino de salvación: el Hijo encarnado ha actuado entre nosotros con su vida, muerte y resurrección, como Dios Salvador.

Siendo el Hijo, cumplió a la perfección la obra que le había confiado el Padre. Él considera esta obra tanto del Padre como suya. Ante todo, es la obra del Padre, porque tuvo la iniciativa y continúa guiándola. El Padre puso esta obra en las manos de su Hijo, pero es Él quien la domina y la lleva a término.

Jesús reconoce en el Padre a Aquel que ha trazado el camino del sacrificio como vía de salvación. Él no quiere negar la responsabilidad de los hombres en su condena a muerte. Pero, en el drama que se prepara, discierne la acción soberana del Padre que, aún respetando la libertad humana, guía los acontecimientos según un designio superior.

En Getsemaní Él acepta la voluntad del Padre, y en el momento del arresto, al ordenar a Pedro que meta la espada en la vaina, indica el motivo de su docilidad: "El cáliz que me dio mi Padre, ¿no he de beberlo?" (Jn 18, 11).

Toda explicación del acontecimiento del Calvario, mediante causas simplemente históricas, sería insuficiente. El sacrificio redentor no es debido a los que condenaron a Jesús, sino al Padre que tomó la decisión de procurar la salvación a la humanidad mediante este camino.

3. Este misterio siempre nos sorprende, porque los hombres que escuchan la buena nueva no pueden dejar de preguntar: ¿Por qué el Padre eligió el sacrificio como medio de liberación de la humanidad?

¿No adquiere Él un rostro cruel, mandando al Hijo al sacrificio? ¿No hay en esto una manifestación de excesivo rigor?

La respuesta de la revelación es precisa: lejos de ser un acto de crueldad o de severidad rigurosa, el gesto del Padre, que ofrece al Hijo en sacrificio, es la cumbre del amor: "Tanto amó Dios al mundo que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna" San Juan, que refiere estas palabras en el Evangelio (3, 16), las comenta en su primera Carta: "En esto está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10).

El Padre ha querido un sacrificio de reparación por las culpas de la humanidad, pero Él mismo ha pagado el precio de este sacrificio, entregando a su Hijo. Con este don ha mostrado en qué medida Él era Salvador y hasta qué punto amaba a los hombres. Su gesto es el gesto definitivo del amor. Por lo cual, el misterio pascual es "el culmen de la revelación y actuación de la misericordia" de Dios (Dives in misericordia, 7).

Nunca debemos olvidar que nuestra reconciliación ha costado al Padre un precio tan alto. ¿Y cómo no darle gracias por este amor que nos ha traído, con la salvación, la paz y la alegría?

*Estando en el Año Santo, os invito a todos –de acuerdo con las palabras de la lectura que hemos escuchado antes– a reconciliaros con Dios, a romper las cadenas del pecado y vivir en la amistad con El. Cristo pagó por nuestras culpas mediante el sacrificio de su vida. Ello debe impulsarnos a amar profundamente a Dios, que antes nos amó en Cristo y nos rescató con su sangre. A todos os bendigo, así como a vuestras familias.*

## (8) El sacrificio expiatorio -20-4-1983

1. Durante este tiempo pascual vivimos en plenitud la alegría de la reconciliación con Dios, que Cristo resucitado nos anuncia con el saludo lleno de buenos deseos: "La paz sea con vosotros" (Jn 20, 21). Nos lo anuncia "mostrando las manos y el costado" (ib., 20), esto es, invitándonos a mirar hacia el sacrificio que nos ha proporcionado esta reconciliación.

Sufriendo y muriendo por nosotros, Cristo mereció el perdón de nuestros pecados y restableció la alianza entre Dios y la humanidad.

Su sacrificio ha sido un sacrificio expiatorio, o sea, un sacrificio que presenta una reparación para obtener la remisión de las culpas. En el culto de la Antigua Alianza se practicaban estos sacrificios de reparación; en el libro de Isaías, el personaje ideal del "Siervo de Dios" se nos describe en una prueba terrible, en la que él ofrece su vida como sacrificio expiatorio (cf. Is 53, 10). Jesús alude a esta figura del Siervo cuando define el sentido de su misión terrena: "El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos" (Mc 10, 45; Mt 20, 28).

Él sabe perfectamente que va a la muerte: su sacrificio es el precio, el rescate por la liberación de la humanidad. Cuando instituye la Eucaristía, ofrece para beber la sangre destinada a ser derramada por muchos, en remisión de los pecados (cf. Mt 26, 28). Jesús es, pues, consciente de ofrecer un sacrificio expiatorio, sacrificio diverso de los del culto judío, porque consiste en el don de la propia vida y obtiene, de una vez para siempre, la remisión de los pecados de toda la humanidad.

Este sacrificio ha sido expresado más tarde, en la reflexión teológica, mediante los conceptos de satisfacción y de mérito. Cristo ofreció una satisfacción por los pecados y con esto nos mereció la salvación. El Concilio de Trento declara que "Nuestro Señor Jesucristo, mediante su santísima pasión, en el madero de la cruz, nos ha merecido la justificación y ha satisfecho por nosotros a Dios Padre" (DS 1529).

2. El sacrificio expiatorio de la cruz nos hace comprender la gravedad del pecado. A los ojos de Dios el pecado nunca es un hecho sin importancia. El Padre ama a los hombres y le ofenden profundamente sus transgresiones o rebeliones. Aunque está dispuesto a perdonar, Él, por el bien y el honor del hombre mismo, pide una reparación. Pero precisamente en esto la generosidad divina se demuestra del modo más sorprendente. El Padre dona a la humanidad el propio Hijo, para que ofrezca esta reparación. Con esto muestra la abismal gravedad del pecado, puesto que reclama la reparación más alta posible, la que viene de su mismo Hijo. A la vez, revela la grandeza infinita de su amor, ya que Él es el primero que lleva el peso de la reparación con el don del Hijo.

Entonces, ¿Dios castiga al Hijo inocente? ¿No hay en esto una violación manifiesta de la justicia? Tratemos de entender. Es verdad que Cristo sustituye, en cierto modo, a la humanidad pecadora: efectivamente, Él toma sobre sí las consecuencias del pecado, que son el sufrimiento y la muerte. Pero lo que hubiera sido castigo, si este sufrimiento y esta muerte se hubieran infligido a los culpables, adquiere un significado distinto cuando son asumidas libremente por el Hijo de Dios: se convierten en una ofrenda expiatoria por los pecados del mundo. Cristo, inocente, ocupa el lugar de los culpables. La mirada que el Padre le dirige cuando sufre en la cruz, no es una mirada de cólera, ni de justicia punitiva; es una mirada de perfecta complacencia, que acoge su sacrificio heroico.

3. ¿Cómo no admirar la conmovedora solidaridad con la que Cristo ha querido llevar el peso de nuestras culpas? Incluso hoy, cuando nos detenemos a considerar el mal que se manifiesta en el mundo, podemos apreciar el peso inmenso que ha caído sobre los hombros del Salvador.

Como Hijo de Dios hecho hombre, Él estaba en disposición de cargar con los pecados de todos los hombres, en todos los tiempos de su historia. Al aceptar esta carga ante el Padre y al ofrecer una reparación perfecta, Él ha transformado el rostro de la humanidad y ha liberado al corazón humano de la esclavitud del pecado.

¿Cómo no estarle agradecidos? Jesús cuenta con nuestra gratitud. Efectivamente, si en el sacrificio expiatorio Él ha ocupado el lugar de todos nosotros, su intención no era la de dispensarnos de toda reparación. Más aún, espera nuestra colaboración activa en su obra redentora.

Esta colaboración reviste una forma litúrgica en la celebración eucarística, donde el sacrificio expiatorio de Cristo se hace presente para comprometer a la comunidad y a los fieles en la ofrenda. Se extiende luego al conjunto de la vida cristiana, que está marcada necesariamente con el signo de la cruz. El cristiano, a lo largo de toda su existencia, está invitado a ofrecerse a sí mismo en oblación espiritual, que se debe presentar al Padre en unión con la de Cristo.

Felices por haber sido reconciliados con Dios por Cristo, sintamos el honor de compartir con Él el sacrificio admirable que nos ha proporcionado la salvación, y aportemos también nuestra parte en la aplicación de los frutos de la reconciliación al universo de hoy.

*Las palabras con las que el Maestro invitó un día a Pedro a seguirlo, nos las dirige, a cada uno de nosotros. Nos pide fidelidad y perseverancia como cristianos. Nos lo pide de manera especial en este Año Santo, en el que conmemoramos su amor infinito, que le llevó hasta la muerte por nosotros. A todos os bendigo de corazón.*

### (9) Sufrimiento de la cruz -27-4-1983

1. La alegría pascual, que es la actitud habitual del cristiano y que, en este tiempo litúrgico, sentimos de una manera especial, no puede hacernos olvidar, queridísimos hermanos y hermanas, la inmensidad de los sufrimientos del mundo. Por lo demás, ¿acaso no es cierto que la resurrección de Cristo, de la que brota nuestra alegría, nos remite continuamente al misterio de su pasión? También la humanidad que, en la Pascua, ha sido introducida en el misterio de la pasión y de la resurrección del Salvador, está llamada a vivir continuamente el paso del sufrimiento a la alegría. Y más aún, según el designio divino, donde abundan más los sufrimientos, allí precisamente sobreabunda la alegría.

En su obra de reconciliación, el Hijo de Dios encarnado tomó voluntariamente sobre Sí el sufrimiento y la muerte, que los hombres habían merecido por sus pecados. Pero no nos ha exonerado de este sufrimiento y de esta muerte, porque quiere hacernos partícipes de su sacrificio redentor. Él ha cambiado el sentido del dolor: debería ser un castigo por las culpas cometidas; en cambio, ahora, en el Señor crucificado, se ha convertido en materia de una posible ofrenda al amor divino para la formación de una nueva humanidad.

Jesús corrigió la opinión que consideraba el sufrimiento únicamente como castigo por el pecado. Efectivamente, en la pregunta de los discípulos respecto al ciego de nacimiento, excluye que aquella enfermedad se derive del pecado, y afirma que tiene como motivo la manifestación de las obras de Dios, manifestación que tendrá lugar con el milagro de la curación y aún más con la adhesión del enfermo curado a la luz de la fe (cf. Jn 9, 3).

2. Para comprender el sentido del sufrimiento, no se debe mirar tanto al hombre pecador, cuanto más bien a Cristo Jesús, su Redentor. El Hijo de Dios que no había merecido el sufrimiento y que habría podido eximirse de él, en cambio, por amor nuestro, se comprometió a fondo en el camino del sufrimiento. Él soportó dolores de toda especie, tanto de orden físico como de orden moral. Entre los sufrimientos morales no están sólo los ultrajes, las acusaciones falsas y el desprecio de los enemigos, juntamente con la desilusión por la ruindad de los discípulos; estuvo también la misteriosa aflicción sufrida en lo íntimo del espíritu a causa del abandono del Padre. El sufrimiento invadió y envolvió todo el ser humano del Hijo encarnado.

La palabra "Aquí tenéis al hombre" (Jn 19, 5), que Pilato pronunció para apartar a los acusadores de su designio, mostrándoles el estado digno de conmiseración en que se hallaba Jesús, fue recogida y conservada por los cristianos como una invitación a descubrir un nuevo rostro del hombre. Jesús aparece como el hombre oprimido por el dolor, por el odio, por la violencia, por el escarnio, y reducido a la impotencia. En ese momento Él personificaba los sufrimientos más profundos de la humanidad. Jamás un hombre ha sufrido tan intensamente, tan completamente, y este hombre es el Hijo de Dios. En su rostro humano se transparenta una nobleza superior. Cristo realiza el ideal del hombre que, a través del dolor, lleva el valor de la existencia al nivel más alto.

3. Este valor no es únicamente el resultado del sufrimiento, sino del amor que en él se manifiesta. "Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (Jn 13, 1). En el misterio de la pasión el amor de Cristo por nosotros alcanza su cumbre. Y precisamente desde esa cumbre se difunde una luz que ilumina y da sentido a todos los sufrimientos humanos. En la intención divina los sufrimientos están destinados a favorecer el crecimiento del amor y, por esto, a ennoblecer y enriquecer la existencia humana. El sufrimiento nunca es enviado por Dios con la finalidad de aplastar, ni disminuir

a la persona humana, ni de impedir su desarrollo. Tiene siempre la finalidad de elevar la calidad de la vida, estimulándola a una generosidad mayor.

Ciertamente, siguiendo a Jesús, debemos esforzarnos por aliviar y, en cuanto sea posible, suprimir los sufrimientos de los que nos rodean. Durante su vida terrena, Jesús dio testimonio de su simpatía por todos los desdichados, y les prestó una ayuda eficaz, curando un gran número de enfermos y tullidos. Luego recomendó a sus discípulos que socorrieran a todos los desventurados reconociendo en cada uno de ellos su propio rostro.

Pero en los sufrimientos que nos afectan personalmente y que no podemos evitar, Cristo nos invita a captar la posibilidad de un amor más grande. Advierte a sus discípulos que estarán particularmente asociados a su pasión redentora: "En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará; vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se cambiará en gozo" (Jn 16, 20). Jesús no ha venido a instaurar un paraíso terrestre, de donde esté excluido el dolor. Los que están más íntimamente unidos a su destino, deben esperar el sufrimiento. Sin embargo, éste terminará en la alegría. Como el sufrimiento de la mujer que da a luz a su hijo (cf. Jn 16, 21).

El sufrimiento siempre es un breve paso hacia una alegría duradera (cf. Rom 8, 18), y esta alegría se funda en la admirable fecundidad del dolor. En el designio divino todo dolor es dolor de parto; contribuye al nacimiento de una nueva humanidad. Por tanto, podemos afirmar que Cristo, al reconciliar al hombre con Dios mediante su sacrificio, lo ha reconciliado con el sufrimiento, porque ha hecho de él un testimonio de amor y un acto fecundo para la creación de un mundo mejor.

*A todos dejo una breve reflexión espiritual, apropiada al tiempo de pascua en el que estamos y en la perspectiva del Año Santo. El Señor, cuando estaba para volver al Padre tras su resurrección, nos advirtió que tendríamos tristezas y dolor en nuestra vida terrena. Pero ese dolor no debe desalentarnos, sino ser un estímulo hacia el bien y la generosidad en favor de los demás, porque caminamos hacia un destino eterno, hacia una alegría perdurable que nadie podrá quitarnos. Que os aliente en el buen camino esa promesa del Maestro y la bendición que con afecto os imparto.*

## (10) La cooperación de María en la obra de la Redención -4-5-1983

*"Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer, y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza" (Gén 3, 15).*

Queridísimos hermanos y hermanas:

En este mes de mayo elevamos los ojos a María, la Mujer que fue asociada de manera única a la obra de reconciliación de la humanidad con Dios. Según los designios del Padre, Cristo debía realizar esta obra mediante su sacrificio; pero estaría asociada con Él una Mujer, la Virgen Inmaculada, que se presenta así ante nuestros ojos como el modelo más alto de la cooperación en la obra de la salvación.

El relato de la caída de Adán y Eva manifiesta la participación de la mujer en el pecado; pero recuerda también la intención de Dios de elegir a la mujer como aliada en la lucha contra el pecado y sus consecuencias. Una manifestación totalmente especial de esta intención se vio en el episodio de la Anunciación cuando Dios ofreció a la Virgen de Nazaret la maternidad más elevada, al pedirle su consentimiento para la venida del Salvador al mundo. Lo ha subrayado muy oportunamente el Concilio Vaticano II: "El Padre de las misericordias quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que de esta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyese a la vida" (Lumen gentium, 56).

¿Cómo no ver en esto una valoración singular de la personalidad femenina? En María se tiene la completa emancipación de la mujer: en nombre de toda la humanidad la Muchacha de Nazaret es invitada a pronunciar el "Sí" esperado por Dios. Ella se convierte en la colaboradora privilegiada de Dios en la Nueva Alianza.

2. María no defraudó al que solicitaba su cooperación. Su respuesta marcó un momento decisivo en la historia de la humanidad, y los cristianos justamente se complacen en repetirla, cuando oran, tratando de asimilar la disposición de ánimo que la inspiró: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38).

El Concilio Vaticano II comenta estas palabras, indicando su amplio alcance: "Así María, hija de Adán, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento de pecado alguno la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia al misterio de la redención con Él y bajo Él, con la gracia de Dios omnipotente" (Lumen gentium, 56).

El "Sí" de la Anunciación no constituyó solamente la aceptación de la maternidad que se le proponía. sino que significó, sobre todo, el compromiso de María en servicio del misterio de la redención. La redención fue obra del Hijo; María se asoció a ella en un nivel subordinado.

Sin embargo, su participación fue real y efectiva. Al dar su consentimiento al mensaje del ángel, María aceptó colaborar en toda la obra de reconciliación de la humanidad con Dios, tal como su Hijo la realizaría de hecho.

Una primera alusión clara a cuál sería el camino elegido por Jesús, la tuvo María en la presentación en el templo. Después de haber expuesto las contradicciones que el Niño encontraría en su misión, Simeón se dirigió a María para decirle: "Y una espada

atravesará tu alma" (Lc 2, 35). El Espíritu Santo había impulsado a Simeón a ir al templo precisamente en el momento en que María y José llegaban allí para presentar al Niño. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, Simeón pronunció las palabras proféticas que iluminaron a María acerca del destino doloroso del Mesías y acerca del gran drama en que su corazón materno quedaría envuelto. María comprendió entonces más claramente el significado del gesto de la presentación. Ofrecer a su Hijo, era exponerse voluntariamente a la espada. Comprometida por el "Sí" de la Anunciación, y dispuesta a llegar hasta el fondo en el don de Sí misma a la obra de la salvación, María no retrocedió ante la perspectiva de los grandes sufrimientos que se le anunciaban.

3. La orientación hacia el sacrificio redentor dominó toda la vida materna de María. A diferencia de las otras madres que no pueden conocer con anticipación los sufrimientos que les sobrevendrán a causa de sus hijos, María sabía ya desde esos primeros días que su maternidad la encaminaba hacia una prueba suprema.

Para Ella la participación en el drama redentor fue el término de un largo camino. Después de haber constatado que la predicción de las contradicciones que Jesús tenía que sufrir se iba realizando en los acontecimientos de la vida pública, Ella comprendió más vivamente, al pie de la cruz, lo que significaban aquellas palabras: "Una espada atravesará tu alma". La presencia en el Calvario, que le permitía unirse de todo corazón a los sufrimientos del Hijo, pertenecía al designio divino: el Padre quería que Ella, llamada a la más total cooperación en el misterio de la redención, quedase totalmente asociada al sacrificio y compartiese todos los dolores del Crucificado, uniendo la propia voluntad a la de Él, en el deseo de salvar al mundo.

Esta asociación de María al sacrificio de Jesús pone de manifiesto una verdad que se puede aplicar también a nuestra vida: los que viven profundamente unidos a Cristo están destinados a compartir en profundidad su sufrimiento redentor.

Al dar gracias a María por su cooperación en la obra redentora, no podemos dejar de pedir su ayuda materna para que, a nuestra vez, podamos seguir el camino de la cruz y obtener, por medio de la ofrenda de nuestros sufrimientos, una vida más fecunda.

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

Esta audiencia del Año Santo tiene lugar al principio del mes de mayo, que la piedad del pueblo fiel consagra de manera especial a la devoción a la Virgen María.

Tal circunstancia nos lleva a pensar en la presencia particular de la Madre de Cristo en toda la obra de la Redención, que conmemoramos en este Año Jubilar. En efecto la Virgen Santísima se asoció con libre y amorosa entrega a la tarea redentora de su Hijo mediante el sufrimiento. Y con ello se convirtió en el modelo acabado del cristiano, que es llamado a compartir en su vida el dolor redentor de Cristo.

En este mes, pidamos insistentemente a nuestra Madre del cielo que Ella nos ayude a mirar con sentido de fe nuestros sufrimientos, a fin de transformarlos en redención para nosotros mismos y para el mundo.

## (11) Maternidad de María obtenida a los pies de la cruz -11-5-1983

*I. "Jesús dijo a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. Luego dijo el discípulo: He ahí a tu Madre" (Jn 19, 26 s).*

En este Año Santo nos dirigimos con más fervor a María, porque un signo especialísimo de la reconciliación de la humanidad con Dios, ha sido la misión que a Ella se le confió en el Calvario, de ser la Madre de todos los redimidos.

Las circunstancias en las que fue proclamada esta maternidad de María muestran la importancia que el Redentor le atribuía. En el momento mismo en que consumaba su sacrificio, Jesús dijo a la Madre esas palabras fundamentales: "Mujer, he ahí a tu hijo", y al discípulo: "He ahí a tu Madre" (Jn 19, 26-27). Y anota el Evangelista que, después de pronunciarlas, Jesús era consciente de que todo estaba cumplido. El don de la Madre era el don final que Él concedía a la humanidad como fruto de su sacrificio.

Se trata, pues, de un gesto que quiere coronar la obra redentora. Al pedir a María que trate al discípulo predilecto como a su hijo, Jesús le invita a aceptar el sacrificio de su muerte y, como precio de esta aceptación, le invita a asumir una nueva maternidad. Como Salvador de toda la humanidad, quiere dar a la maternidad de María la amplitud más grande. Por esto, elige a Juan como símbolo de todos los discípulos a los que Él ama, y hace comprender que el don de su Madre es el signo de una especial intención de amor, con la que abraza a todos los que desee atraer a Sí como discípulos, o sea, a todos los cristianos y a todos los hombres. Además, al dar a esta maternidad una forma individual, Jesús manifiesta la voluntad de hacer de María no simplemente la madre del conjunto de sus discípulos, sino de cada uno de ellos en particular, como si fuese su hijo único, que ocupa el puesto de su Único Hijo.

2. Esta maternidad universal, de orden espiritual, era la última consecuencia de la cooperación de María a la obra del Hijo divino, una cooperación que comienza en la trémula alegría de la Anunciación y se desarrolla hasta el dolor sin límites del Calvario. Esto es lo que el Concilio Vaticano II ha subrayado, al mostrar la misión a la que María ha sido destinada en la Iglesia: "Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó de forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia" (Lumen gentium, 61).

La maternidad de María en el orden de la gracia "continúa sin interrupción" hasta el fin del mundo, afirma el Concilio, que pone de relieve en particular la ayuda aportada por la Santísima Virgen a los hermanos de su Hijo en sus peligros y afanes (cf. Lumen gentium, 62).

La mediación de María constituye una participación singular en la mediación única de Cristo, que, por lo mismo, no queda ofuscada ni en lo más mínimo, sino más bien queda como hecho central en toda la obra de la salvación.

Por esto, la devoción a la Virgen no está en contraste con la devoción a su Hijo. Más aún, se puede decir que, al pedir al discípulo predilecto que tratara a María como a su Madre, Jesús fundó el culto mariano. Juan se dio prisa en cumplir la voluntad del Maestro: Desde aquel momento recibió en su casa a María, dándole muestras de un cariño filial, que correspondía al afecto materno de Ella, inaugurando así una relación de intimidad

espiritual que contribuía a profundizar la relación con el Maestro, cuyos rasgos inconfundibles encontraba de nuevo en el rostro de la Madre. En el Calvario, pues, comenzó el movimiento de devoción mariana que luego no ha cesado de crecer en la comunidad cristiana.

3. Las palabras que Cristo crucificado dirigió a su Madre y al discípulo predilecto, han dado una nueva dimensión a la condición religiosa de los hombres. La presencia de una Madre en la vida de la gracia es fuente de consuelo y alegría. En el rostro materno de María los cristianos reconocen una expresión particularísima del amor misericordioso de Dios, que, con la mediación de una presencia materna, hace comprender mejor su propia solicitud y bondad de Padre. María aparece como Aquella que atrae a los pecadores y les revela, con su simpatía e indulgencia, el don divino de reconciliación.

La maternidad de María no es solo individual. Tiene un valor colectivo que se manifiesta en el título de Madre de la Iglesia. Efectivamente, en el Calvario Ella se unió al sacrificio del Hijo que tendía a la formación de la Iglesia; su corazón materno compartió hasta el fondo la voluntad de Cristo de "reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11, 52). Habiendo sufrido por la Iglesia, María mereció convertirse en la Madre de todos los discípulos de su Hijo, la Madre de su unidad. Por esto, el Concilio afirma que "la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, la venera, como a Madre amantísima, con afecto de piedad filial" (Lumen gentium, 53).

La Iglesia reconoce en Ella una Madre que vela por su desarrollo y que no cesa de interceder ante el Hijo para obtener a los cristianos disposiciones más profundas de fe, esperanza y amor.

María trata de favorecer lo más posible la unidad de los cristianos, porque una madre se esfuerza por asegurar el acuerdo entre sus hijos. No hay un corazón ecuménico más grande, ni más ardiente, que el de María.

La Iglesia recurre a esta Madre perfecta en todas sus dificultades; le confía sus proyectos, porque, al rezarle y amarla, sabe que responde al deseo manifestado por el Salvador en la cruz, y está segura de no quedar defraudada en sus invocaciones.

*Estamos en el mes de mayo del Año Santo de la Redención. Desde la cruz, Jesús nos dio a su Madre como Madre nuestra y Madre de la Iglesia. Era una invitación a amar e imitar a Aquella, que con su ejemplo nos impulsa hacia metas cada vez más altas de fe, de esperanza y de amor. Un amor mutuo que es vínculo de unión entre todos sus hijos, y que debe conducirlos hacia la plena fidelidad a Cristo*

## SEGUNDA PARTE:

# LA CELEBRACIÓN DE LA REDENCIÓN EN LA LITRUGIA DE LA IGLESIA

## (12) Reconciliación con Dios y reconciliación entre los hombres -18-5-1983

(Lectura: Carta de san Pablo a los Efesios 2, 13-18)

1. Cristo es "nuestra paz"; el que nos ha reconciliado "con Dios en un solo cuerpo por medio de la cruz" (cf. Ef 2, 14. 16).

Queridísimos: Es el mes de mayo, el mes de la Virgen: a la luz de María comprendemos mejor la profundidad de la reconciliación que Cristo ha realizado entre nosotros y Dios. El amor de la Madre de Jesús, al manifestarse hacia cada uno de nosotros, nos trae el signo de la benevolencia y ternura del Padre. Además, este amor nos ayuda a comprender mejor que la reconciliación afecta también a las relaciones de los hombres entre sí, porque, al ser Madre de la Iglesia, María es Madre de la unidad y se empeña en facilitar todo lo que une a sus hijos, todo lo que los acerca.

Cuando consideramos los frutos de la obra redentora de Cristo, constatamos el íntimo vínculo que hay entre las dos reconciliaciones: del hombre con Dios y de los hombres entre sí. Por el hecho de que todos los hombres son reconciliados con Dios, ellos quedan también reconciliados entre sí.

Debemos recordar que, según la revelación bíblica, el pecado que separa al hombre de Dios tiene por efecto colateral e inevitable dividir a los hombres entre sí. Cuando la hostilidad abre una distancia entre el hombre y Dios, hace también que el hombre se levante contra sus semejantes. En la Torre de Babel, la Biblia nos ha puesto ante los ojos una imagen impresionante de esta dinámica perversa. Cuando los hombres, impulsados por su orgullo, deciden construir una torre que llegue al cielo, permitiéndoles disponer de una potencia capaz de rivalizar con la de Dios, se encuentran de nuevo con la experiencia fallida de la desunión que se establece entre ellos a causa de la diversidad de las lenguas (cf. Gén 11, 1-9). Oponerse a Dios y quererse medir con Él, no aceptando su soberanía, significa introducir en las relaciones sociales tensiones demoledoras e irreductibles.

Al contrario, la reconciliación del pecador con Dios suscita en él el impulso hacia la reconciliación con los hermanos. San Pablo ha subrayado esta verdad, afirmando que en Cristo las dos partes de la humanidad, los judíos y los paganos, habían sido reconciliadas con Dios para formar un solo cuerpo, un solo Hombre nuevo. Con su sacrificio Cristo borró en su carne el odio que dividía a los hombres; al ofrecer a todos la misma posibilidad de acceso al Padre en un solo Espíritu, suprimió las barreras que los separaban, y estableció entre ellos la paz. Por esto, Cristo es "nuestra paz" (2 Cor 3, 14).

2. San Pablo sabía por experiencia personal lo que significaba esta reconciliación universal.

Antes de la conversión había vivido con actitudes hostiles hacia los que no se adherían al culto judaico. Pero cuando su corazón se convirtió a Cristo, se obró un cambio sorprendente en tales actitudes, hasta el punto de que se convirtió en el Apóstol de los gentiles. Desde ese momento no admitió ya barrera alguna en el universalismo. Lo mismo que en el judaísmo había sido un perseguidor encarnizado de los cristianos, con idéntico ardor fue luego un mensajero de corazón inmenso y sin fronteras en la difusión de la fe cristiana. ¿Quién no recuerda sus fuertes palabras: "No hay ya judío o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o mujer, porque todos sois uno en Cristo Jesús" (Gál 3. 28)?

Evidentemente Pablo no niega que subsistan diferencias entre los hombres. Lo que quiere afirmar es que estas diferencias no pueden ser ya motivo de división, porque Cristo ha unificado todo en su persona.

La postura del Apóstol refleja perfectamente el pensamiento de Jesús. Para convencerse de ello, basta volver a aquella página extraordinariamente densa, en la que Juan recogió la "oración sacerdotal" del Maestro divino. Pidiendo al Padre que todos sean uno como el Padre y Él son uno (cf. Jn 17, 21-22), Jesús indica el modelo perfecto de la unión que quiere establecer. La reconciliación que su sacrificio deberá conseguir para la humanidad, no es una simple supresión de las divisiones existentes y la restauración de un acuerdo; tiende a instaurar una unidad de orden superior, con la comunicación de la unidad de las personas divinas en la comunidad de las personas humanas. La reconciliación es, pues, más que una reparación de la unidad perdida; eleva el acuerdo entre los hombres al nivel de una participación en el acuerdo perfecto que reina en la comunidad divina. No por casualidad subraya la Escritura el papel fundamental que tiene en esto el Espíritu Santo: siendo el amor personal del Padre y del Hijo, es Él quien actúa en la humanidad para realizar una unidad, de la que es el fundamento y el modelo la unidad divina.

3. No hay que sorprenderse, pues, de que en su enseñanza el Maestro haya llamado, en varias ocasiones, la atención de sus discípulos sobre el urgente deber de buscar la reconciliación dondequiera que haya discordia. La voluntad de reconciliación es condición ineludible para una oración que agrade a Dios: el que va a poner una ofrenda sobre el altar, debe, ante todo, reconciliarse con su hermano (cf. Mt 5, 23-24). Sea cual fuere la ofensa cometida, y aún cuando se haya repetido con frecuencia, el esfuerzo de reconciliación no debe abandonarse jamás, porque el discípulo no puede poner límites a su perdón, según la prescripción que hizo a Pedro: "No hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Mt 18, 22).

Al decir: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen, y orad por los que os calumnian" (Lc 6, 27), Jesús muestra que la reconciliación debe manifestarse inmediatamente con disposiciones íntimas: aún cuando una reconciliación efectiva no sea todavía posible, a causa de la actitud hostil del otro, el cristiano debe estar animado por un amor auténtico, sincero. Para él está el deber de la reconciliación de corazón, reconciliación personal mediante sentimientos de benevolencia.

Cristo conoce bien las dificultades que experimentan los hombres para reconciliarse entre sí.

Con su sacrificio redentor ha obtenido para todos la fuerza necesaria a fin de superarlas.

Ningún hombre, pues, puede decir que es incapaz de reconciliarse con el prójimo, como no puede decir que es incapaz de reconciliarse con Dios. La cruz ha hecho caer todas las barreras que cierran los unos a los otros los corazones de los hombres.

En el mundo se advierte una necesidad inmensa de reconciliación. Las luchas embisten a veces todos los campos de la vida individual, familiar, social, nacional e internacional. Si Cristo no hubiese sufrido para establecer la unidad de la comunidad humana, se podría pensar que estos conflictos eran irremediables. Pero el Salvador impulsa eficazmente a todos los hombres a la unión y a la reconciliación; mediante el Espíritu Santo los reúne cada vez más en su amor.

Renovemos, pues, nuestra fe en esta divina energía que actúa en el mundo, y comprometámonos a colaborar con ella para contribuir de este modo a la venida de la paz entre los hombres y a la extensión de la alegría que se deriva de ella.

*A todos os aliento, en este Año Santo de la Redención a buscar de veras vuestra reconciliación con Dios y con los hermanos. Destruyendo el pecado que rompe nuestra comunión de amor con el Señor y que daña a todos los miembros de la Iglesia.*

*Vivir la Redención en este Año Santo, significa empeñarse en hacer nuestra vida mejor, reforzando nuestra unión interior con Cristo mediante la gracia. A esa unión renovada nos invita, especialmente en este mes de mayo, la Virgen Santísima, hija fiel del Padre y Madre común de cuantos creemos en Cristo.*

## (13) Don del Espíritu Santo -25-5-1983

(Lectura: Hechos de los Apóstoles 2, 14. 32-33. 36-38. 41)

*1. "Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo derramó" (Act 2, 33)*

Queridísimos: El domingo pasado se celebró la solemnidad de Pentecostés. Como es sabido, tuve la alegría de vivir esta importante festividad eclesial con la población de Milán, a donde fui para clausurar las celebraciones del Congreso Eucarístico Nacional. Ha sido una experiencia muy rica, sobre la cual volveré en otra ocasión.

Esta mañana querría llamar vuestra atención sobre el significado fundamental de Pentecostés en la vida de la Iglesia, la cual reconoce en ese acontecimiento su nacimiento oficial y el comienzo de su expansión en el mundo. Como consecuencia de la efusión del Espíritu los discípulos fueron transformados interiormente y comenzaron a proclamar las maravillas de Dios. Esa efusión se extendió después a personas de toda raza y toda lengua, atraídas a aquel lugar por el fragor que había acompañado la venida del Espíritu.

Cuando Pedro explicó el sentido del acontecimiento, que ponía de relieve el poder soberano de Aquel que poco antes había sido crucificado a petición del pueblo, los oyentes "quedaron compungidos de corazón". El Espíritu había movido en profundidad el alma de los que habían gritado ante Pilato: "Crucifícalo", y los había dispuesto a la conversión. A la invitación de Pedro: "Arrepentíos", respondieron en número de tres mil, haciéndose bautizar (Act 2, 37-41).

Ante esta maravillosa cosecha de conversiones, somos llevados a reconocer en el Espíritu Santo a Aquel que realiza en los corazones humanos la reconciliación con Cristo y con Dios.

Es Él quien "traspasa los corazones", para utilizar la expresión que emplean los Hechos de los Apóstoles, y los hace pasar de la hostilidad hacia Cristo a una adhesión de fe y de amor a su persona y a su mensaje. Es Él quien inspira las palabras de Pedro cuando exhorta a los oyentes al arrepentimiento y hace que produzcan un efecto admirable.

En estas primeras conversiones se inaugura un movimiento que no se detendrá ya con el paso de los años y de los siglos. En Pentecostés el Espíritu Santo encauza la gran empresa de la regeneración de la humanidad. Desde ese día, Él continúa atrayendo a los hombres a Cristo, suscitando en ellos el deseo de la conversión y de la remisión de los pecados y reconciliando de este modo siempre nuevos corazones humanos con Dios.

2. El Espíritu Santo actúa, pues, como luz interior que lleva al pecador a reconocer el propio pecado. Mientras el hombre cierra los ojos a la propia culpabilidad, no puede convertirse: el Espíritu Santo introduce en su alma la mirada de Dios, para que ilumine la mirada de la conciencia y así el pecador sea liberado de los prejuicios que ocultan a sus ojos las culpas cometidas. Por esto, los que habían tomado parte en la condena de Jesús pidiendo su muerte, descubrieron de repente, bajo la acción de su luz, que su conducta era inadmisibile.

Al mismo tiempo que suscita el arrepentimiento y la confesión, el Espíritu Santo hace comprender que el perdón divino está a disposición de los pecadores, gracias al sacrificio

de Cristo. Este perdón es accesible a todos. Los que escucharon el sermón de Pedro, preguntan: "Hermanos ¿qué hemos de hacer?". ¿Cómo puede el pecador salir de su estado? ¡Le sería absolutamente imposible si encontrara cerrado el camino del perdón! Pero este camino está ampliamente abierto; basta recorrerlo. El Espíritu Santo desarrolla sentimientos de confianza en el amor divino que perdona y en la eficacia de la redención realizada por el Salvador.

Hay, luego, otro aspecto de la acción reconciliadora del Espíritu que no puede ser pasada en silencio. En Pentecostés Él inaugura la obra de la reconciliación de los hombres entre sí.

Efectivamente, con su venida el Espíritu suscita una reunión de personas de proveniencia diversa, "varones piadosos de cuantas naciones hay bajo el cielo", dice el libro de los Hechos (Act 2, 5). Manifiesta así su intención de reunir todas las naciones en una misma fe, abriendo su corazón a la comprensión del mensaje de la salvación.

Especialmente quiere reunir a los pueblos, haciéndoles superar la barrera que constituye la división de las lenguas. El testimonio de los discípulos, que proclaman las maravillas de Dios, es comprendido por cada uno de los oyentes en su propia lengua materna (cf. Act 2, 8). La diversidad de lenguaje ya no es un impedimento para la acogida unánime del mensaje de Cristo, porque el Espíritu se encarga de hacer penetrar en cada uno el anuncio de la Buena noticia.

A partir de Pentecostés, la reconciliación de todos los pueblos ya no es un sueño confiado a un futuro lejano. Se ha convertido en una realidad, destinada a crecer incesantemente con la expansión universal de la Iglesia. El Espíritu Santo, que es Espíritu de amor y de unidad, realiza concretamente la finalidad del sacrificio redentor de Cristo, la reunión de los hijos de Dios en un tiempo dispersos.

3. Se pueden distinguir dos aspectos de esta acción unificadora. El Espíritu Santo, haciendo que los hombres se adhieran a Cristo, los une en la unidad de un solo cuerpo, la Iglesia, y reconcilia de este modo en una misma amistad a personas lejanísimas entre sí por situación geográfica y cultural. Él hace de la Iglesia un centro perpetuo de reunión y de reconciliación.

Además, se puede decir que el Espíritu Santo ejerce, en cierto modo, una acción reconciliadora incluso en los que permanecen fuera de la Iglesia, inspirándoles el deseo de una mayor unidad de todas las naciones y de todos los hombres, y estimulando los esfuerzos dirigidos a superar los numerosos conflictos que continúan dividiendo el mundo.

Quiero terminar pensando que el Espíritu Santo realiza esta reconciliación de la humanidad con el concurso de María, Madre universal de los hombres. En los comienzos de la Iglesia, Ella, unida en oración con los Apóstoles y los primeros discípulos, contribuyó a conseguir una abundante efusión de los dones del Espíritu. También hoy María continúa colaborando con el Espíritu divino en la reunificación de los hombres, porque su amor de Madre, dirigiéndose a todos y a cada uno, reclama la unidad. Que el Espíritu Santo se complazca en secundar este anhelo suyo profundo, haciendo a la humanidad cada vez más disponible a acoger sus invitaciones maternas a la fraternidad y a la solidaridad.

Muy queridos hermanos y hermanas:

*El domingo pasado, solemnidad de Pentecostés, hemos celebrado con renovado gozo espiritual el aniversario del nacimiento oficial de la Iglesia y el comienzo de su misión evangelizadora en la tierra. El Espíritu dio comienzo a la regeneración de la humanidad: reconciliar al ser humano con Cristo y Dios Padre. Pedro y los Once quedaron transformados por el Espíritu y desde aquel día proclamaron las maravillas del Reino de Dios.*

*El Espíritu actúa como una luz interior en cada; persona bautizada y nos hace comprender que el perdón divino está al alcance de todos los hombres, mediante el sacrificio de Jesucristo. Esta obra reconciliadora de la humanidad se lleva también a cabo, por medio de la cooperación de María Santísima, Madre universal de los hombres.*

*Que el Espíritu Santo, en el transcurso de este Año Santo, secunde este profundo deseo de la Madre de nuestro Salvador para que la humanidad esté cada vez más dispuesta a acoger sus llamadas amorosas a la fraternidad y a la solidaridad.*

## (14) La Eucaristía sacrificio -1-6-1983

1. Queridísimos hermanos y hermanas: Mañana celebramos la solemnidad del "Cuerpo y la Sangre de Cristo".

Este Año Jubilar, en que el misterio de la redención está presente de manera totalmente especial en nuestra plegaria y reflexión, la fiesta de la Eucaristía adquiere un valor particularmente significativo. En efecto, en la Eucaristía la redención se revive de manera actual: el sacrificio de Cristo, hecho sacrificio de la Iglesia, produce en la humanidad de hoy sus frutos de reconciliación y salvación.

Cuando el sacerdote pronuncia, en nombre y en la persona de Cristo, las palabras: "Esto es mi cuerpo que será entregado por vosotros", no afirma solamente la presencia del Cuerpo de Cristo; expresa además el sacrificio con el que Jesús dio su vida por la salvación de todos.

Efectivamente, Cristo intentó esto al instituir la Eucaristía. Ya en el sermón de Cafarnaún, después de la multiplicación de los panes, para hacer comprender la excelencia del Pan que quería proporcionar a las multitudes hambrientas, declaró: "El pan que yo os daré es mi carne para la vida del mundo" (Jn 6, 51). El don del alimento eucarístico costaría a Jesús la inmolación de su misma carne. Gracias al sacrificio, esta carne podría comunicar la vida.

Las palabras consagratorias sobre el vino son aún más explícitas: "Este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados". La sangre entregada como bebida es la sangre que fue derramada en el Calvario para constituir la Nueva Alianza. La primera alianza había sido quebrantada por el pecado; Cristo establece una nueva Alianza, que ya no podrá ser rota, porque se realiza en su misma persona, en la cual la humanidad ha sido reconciliada definitivamente con Dios.

2. Así, en la consagración del pan y del vino, el sacrificio redentor se hace presente. Con la mediación del sacerdote, Cristo se ofrece de modo misterioso, presentando al Padre el don de la propia vida, hecho a su tiempo en la cruz. En la Eucaristía no hay sólo un recuerdo del sacrificio ofrecido de una vez para siempre en el Calvario. Ese sacrificio se hace actual, renovándose sacramentalmente en cada una de las comunidades que lo ofrecen por manos del Ministro consagrado.

Es verdad que el sacrificio del Calvario bastó para obtener a la humanidad todas las gracias de la salvación: el sacrificio eucarístico no hace sino recoger sus frutos. Pero Cristo quiso que su ofrenda se hiciera continuamente presente para asociar a ella la comunidad cristiana. En cada Eucaristía la Iglesia queda comprometida en el sacrificio de su Señor, y los cristianos son llamados a unir a él su ofrenda personal. La Eucaristía es simultáneamente sacrificio de Cristo y sacrificio de la Iglesia, porque en ella Cristo asocia a la Iglesia a su obra redentora, haciéndola participar en su ofrenda.

Es muy importante, pues, que los fieles, al tomar parte en la Eucaristía, adopten una actitud personal de ofrenda. No es suficiente que escuchen la Palabra de Dios, ni que oren en comunidad; es preciso que hagan propia la ofrenda de Cristo, ofreciendo con Él y en Él sus penas, sus dificultades, sus pruebas, y mucho más, a sí mismos para hacer subir este don suyo, con el que Cristo hace de Sí mismo, hasta el Padre.

Al entrar en la ofrenda sacrificial del Salvador, participan en la victoria que Él consiguió sobre el mal del mundo. Cuando nos sintamos sacudidos por la contemplación del mal que se difunde por el universo, con todas las devastaciones que produce, no debemos olvidar que el desencadenamiento de las fuerzas del pecado está dominado por la potencia salvadora de Cristo. Cada vez que en la Misa se pronuncian las palabras de la consagración y el Cuerpo y la Sangre del Señor se hacen presentes en el acto del sacrificio, está presente también el triunfo del amor sobre el odio y de la santidad sobre el pecado. Cada celebración eucarística es más fuerte que todo el mal del universo; significa una realización real, concreta, de la redención, y una reconciliación cada vez mas profunda de la humanidad pecadora con Dios, en la perspectiva de un mundo mejor.

3. Al extender la aplicación de la obra redentora a la humanidad, el sacrificio eucarístico contribuye a la edificación de la Iglesia. En el Calvario Cristo mereció la salvación no solo para cada uno de los hombres, sino para el conjunto de la comunidad; su ofrenda obtuvo la gracia de la reunificación de los hombres en el Cuerpo de la Iglesia. La Eucaristía tiende a realizar concretamente este objetivo, construyendo cada día la comunidad eclesial. El sacrificio del altar tiene como efecto robustecer la santidad de la Iglesia y favorecer su expansión por el mundo. En este sentido, se puede decir que la celebración eucarística es siempre un acto misionero; obtiene invisiblemente una fuerza mayor de penetración de la Iglesia en todos los ambientes humanos.

Pero edificar la Iglesia significa consolidar cada vez más su unidad. No fue por casualidad que Jesús oró en la última Cena por la unidad de sus discípulos. Por tanto, se comprende que la Iglesia siga, en cada celebración eucarística, el ejemplo del Maestro, orando a fin de que la unidad sea cada vez más real y más perfecta.

De este modo la Eucaristía hace progresar el acercamiento ecuménico de todos los cristianos y, en la Iglesia católica, la Eucaristía tiende a estrechar los vínculos que unen a los fieles por encima de las legítimas diferencias que hay entre ellos. Cooperando responsablemente a esta dinámica unificadora, los cristianos demostrarán ante el mundo que su Maestro no sufrió en vano por la unidad de los hombres.

*Queridos hermanos y hermanas:*

*Mañana es la solemnidad del Corpus Christi que tiene, en este Año Santo, de la Redención, un significado particular.*

*En efecto, la Eucaristía revive de manera actual la Redención, ya que el sacrificio eucarístico repite el sacrificio de Cristo en el calvario. Un sacrificio que continúa siendo ofrecido cada día, para santificar a la Iglesia y para que también nosotros nos ofrezcamos al Padre, poniendo junto a la oblación de Jesús nuestras propias penas, dificultades y sufrimientos.*

*Que esta festividad y el Año Santo que conmemora la Redención, aumente en todos nosotros el amor a la Santísima Eucaristía y la estima por esa admirable presencia de Dios entre nosotros.*

## (15) El Pan Eucarístico -8-6-1983

1. "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna" (Jn 6, 54). Al instituir la Eucaristía, la víspera de su muerte, Cristo quiso dar a la Iglesia un alimento que la nutriese continuamente y la hiciera vivir de su misma vida de Resucitado.

Mucho tiempo antes de la institución, Jesús había anunciado esta comida, única en su género.

En el culto judaico no faltaban comidas sagradas, que se consumían en la presencia de Dios y que manifestaban la alegría del favor divino. Jesús supera todo esto: Ahora es Él, en su carne y en su sangre, quien se convierte en comida y bebida de la humanidad. En el banquete eucarístico el hombre se alimenta de Dios.

Cuando Jesús anunció, por primera vez, esta comida, suscitó el estupor de sus oyentes, que no llegaron a captar un proyecto divino tan elevado. Pero Jesús subraya vigorosamente la verdad objetiva de sus palabras, afirmando la necesidad del alimento eucarístico: "En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros" (Jn 6, 53). No se trata de una comida puramente espiritual, en que las expresiones "comer la carne" de Cristo y "beber su sangre", tendrían un sentido metafórico. Es una verdadera comida, como precisa Jesús con fuerza: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida" (Jn 6, 55).

Además, esta comida no es menos necesaria para el desarrollo de la vida divina en los fieles, que los alimentos materiales para el mantenimiento y desarrollo de la vida corporal. La Eucaristía no es un lujo ofrecido a los que quieran vivir más íntimamente unidos a Cristo: es una exigencia de la vida cristiana. Esta exigencia la comprendieron los discípulos, porque, según el testimonio de los Hechos de los Apóstoles, en los primeros tiempos de la Iglesia, la "fracción del pan", o sea, la comida eucarística, se practicaba cada día en las casas de los fieles "con alegría y sencillez de corazón" (Act 2, 46).

2. En la promesa de la Eucaristía Jesús explica por qué es necesario este alimento: "Yo soy el pan de vida", declara (Jn 6, 48). "Así como me envió mi Padre vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí" (6, 57). El Padre es la fuente primera de la vida: Él ha dado esta vida al Hijo, el cual, a su vez, se la comunica a la humanidad. Él que se alimenta de Cristo en la Eucaristía no debe esperar al más allá para recibir la vida eterna: la posee ya sobre la tierra, y en ella posee también la garantía de la resurrección corporal al fin del mundo: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día" (Jn 6, 54).

Esta garantía de resurrección proviene del hecho de que la carne del Hijo del hombre, dada en alimento es su cuerpo en el estado glorioso de resucitado. Los oyentes de la promesa de la Eucaristía no captaron esta verdad: pensaban que Jesús quería hablar de su carne en el estado de su vida terrena, y manifestaban, por lo mismo, gran repugnancia ante la comida anunciada. ç

El Maestro corrigió su modo de pensar, precisando que se trata de la carne del Hijo del hombre "subido donde estaba antes" (Jn 6, 62), o sea, en el estado triunfante de la ascensión al cielo. Este cuerpo glorioso está colmado de la vida del Espíritu Santo, y así puede santificar a los hombres que se alimentan de él, y darles la prenda de la gloria eterna.

En la Eucaristía recibimos, pues, la vida de Cristo resucitado. Efectivamente, cuando el sacrificio se realiza sacramentalmente en el altar, en él se hace presente no sólo el misterio de la pasión y de la muerte del Salvador, sino también el misterio de la resurrección, en el que encuentra su coronamiento el sacrificio. La celebración eucarística nos hace participar en la ofrenda redentora, pero también en la vida triunfante de Cristo resucitado. Esto explica el clima de alegría que caracteriza a toda liturgia eucarística. Aún conmemorando el drama del calvario, marcado en su momento por un inmenso dolor, el sacerdote y los fieles se alegran al unir su ofrenda con la de Cristo, porque saben que están viviendo a la vez el misterio de la resurrección, inseparable de esta ofrenda.

3. La vida de Cristo resucitado se distingue por su potencia y su riqueza. El que comulga recibe la fuerza espiritual necesaria para afrontar todos los obstáculos y todas las pruebas, permaneciendo fiel a sus compromisos de cristiano. Saca, además del sacramento, como de una fuente abundantísima, continuas oleadas de energía para el desarrollo de todos sus recursos y cualidades, con un ardor jubiloso que estimula la generosidad.

Especialmente saca la energía vivificante de la caridad. En la tradición de la Iglesia, la Eucaristía ha sido siempre considerada y vivida como sacramento por excelencia de la unidad y del amor. Ya San Pablo lo declara: "Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan" (1 Cor 10, 17).

La celebración eucarística reúne a todos los cristianos, sean cuales fueren sus diferencias, en una ofrenda unánime y en una comida en la que participan todos. Reúne a todos en la igual dignidad de hermanos de Cristo y de hijos del Padre; los invita al respeto, a la recíproca estima, al servicio mutuo. Además, la comunión da a cada uno la fuerza moral necesaria para colocarse por encima de los motivos de división y de oposición, para perdonar las ofensas recibidas, para hacer un nuevo esfuerzo en el sentido de la reconciliación y de la inteligencia fraterna.

Por lo demás, ¿no resulta especialmente significativo que el precepto del amor mutuo lo haya formulado Cristo, en su expresión más elevada, durante la última Cena, con ocasión de la institución de la Eucaristía? Que lo recuerde cada uno de los fieles en el momento de acercarse a la mesa eucarística y que se comprometa a no desmentir con la vida lo que celebra en el misterio.

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

*En la lectura del Evangelio de San Juan que hemos escuchado antes, Jesús nos enseña que quien come su carne y bebe su sangre, tiene la vida eterna.*

*Esto se realiza porque en el banquete eucarístico el hombre recibe de verdad a Dios, se alimenta de El, participando de la vida que brota del Padre y que nos comunica a través de Cristo. Una vida divina que nos hace poseer, ya en la tierra, la garantía de nuestra futura resurrección corporal.*

*Al recibir a Cristo muerto y resucitado, participamos de su gracia, que nos ayuda a superar las pruebas de la vida presente y que nos da fuerza para abrirnos al amor a Dios y a la entrega generosa a los hermanos.*

## (16) La Eucaristía y el Sacramento de la Reconciliación -15-6-1983

Muy queridos hermanos y hermanas:

1. Al renovar sacramentalmente el sacrificio redentor, la Eucaristía se propone aplicar a los hombres de hoy la reconciliación que Cristo ha obtenido, una vez por todas, para la humanidad de todos los tiempos. Las palabras que pronuncia el sacerdote en el momento de la consagración del vino expresan más directamente esta eficacia al afirmar que la Sangre de Cristo, hecha presente en el altar, ha sido derramada por todos los hombres "para el perdón de los pecados". Son palabras eficaces; toda consagración eucarística tiene por efecto la remisión de los pecados para el mundo y de este modo contribuye a la reconciliación de la humanidad pecadora con Dios. Porque, en efecto, el sacrificio ofrecido en la Eucaristía no es meramente sacramento de alabanza; es sacrificio expiatorio o "propiciatorio", como ha declarado el Concilio de Trento (DS 1753), pues en él se renueva el mismo sacrificio de la cruz en que Cristo expió por todos y mereció el perdón de las culpas de la humanidad.

En consecuencia, quienes toman parte en el sacrificio eucarístico reciben una gracia especial de perdón y reconciliación. Uniéndose al ofrecimiento de Cristo pueden recibir con mayor abundancia el fruto de la inmolación que Él hizo de Sí mismo en la cruz.

Sin embargo, el fruto principal de la Eucaristía-Sacramento no es la remisión de los pecados en quienes asisten a él. Para este fin fue instituido expresamente por Jesucristo otro sacramento. Después de la resurrección, el Salvador resucitado dijo a sus discípulos: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retuviereis, les serán retenidos" (Jn 20, 22-23). A aquellos a quienes les confía el ministerio sacerdotal les da poder de perdonar todos los pecados: en la Iglesia el perdón divino lo otorgarán los ministros de la Iglesia. La Eucaristía no puede sustituir a este sacramento del perdón y de la reconciliación que mantiene este valor suyo propio a la vez que sigue estando en estrecha relación con el sacrificio del altar.

2. En la Eucaristía hay una exigencia especial de pureza, que Jesús subrayó expresamente en la última Cena. Cuando se puso a lavar los pies a los discípulos, Él, sin duda, quería darles una lección de servicio humilde y responder así a la discusión surgida entre ellos sobre quién era el mayor (cf. Lc 22, 24). Pero al mismo tiempo que les daba luz sobre el camino de la humildad y con su ejemplo les invitaba a emprenderlo con valentía, también se proponía darles a entender que para el alimento eucarístico se necesitaba una pureza de corazón que sólo Él, el Salvador, era capaz de dar. Y entonces Él reconoció que existía esta pureza en los Doce, a excepción de uno: "Vosotros estáis limpios, pero no todos" (Jn 13, 10). El que estaba a punto de traicionarle no podía participar en el banquete, si no era con sentimientos hipócritas. Nos dice el Evangelista que cuando Judas recibió el bocado que le dio Jesús, "entró en él Satanás" (Jn 13, 27). Para recibir la gracia del alimento eucarístico se requieren determinadas disposiciones de alma y, si éstas faltan, hay peligro de que nutrirse de él se convierta en traición.

San Pablo, testigo de ciertas divisiones que se manifestaban de modo escandaloso durante el banquete eucarístico en Corinto, saltó con esta advertencia que iba a dar que pensar no sólo a aquellos fieles, sino a muchos otros cristianos: "Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; pues el que come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propia condenación" (1 Cor 11, 27-29).

Se invita, pues, al cristiano a que antes de acercarse a la mesa eucarística se examine para saber si sus disposiciones le permiten recibir dignamente la comunión. ¡Entendámonos! En cierto sentido nadie es digno de recibir el alimento del Cuerpo de Cristo y en el momento de comulgar, los participantes a la Eucaristía confiesan que no son dignos de recibir al Señor.

Pero la indignidad de que habla San Pablo significa otra cosa: se refiere a disposiciones interiores incompatibles con el banquete eucarístico por ser contrarias a la acogida de Cristo.

3. Para dar mejor seguridad a los fieles de que no tienen esas disposiciones negativas, la liturgia ha previsto una preparación penitencial al comienzo de la celebración eucarística: los participantes se reconocen pecadores e imploran el perdón divino. Aunque vivan habitualmente en la amistad del Señor, vuelven a tomar conciencia de sus culpas e imperfecciones y de que necesitan la misericordia divina. Quieren presentarse a la Eucaristía con la mayor pureza posible.

Pero esta preparación penitencial sería insuficiente para quienes tuviesen un pecado mortal sobre la conciencia. Entonces es preciso recurrir al Sacramento de la reconciliación para acercarse dignamente a la comunión eucarística.

Pero, además, la Iglesia desea que los cristianos, también aparte de este caso de necesidad, recurran al sacramento del perdón con una frecuencia razonable para conseguir que sus disposiciones sean cada vez mejores. Por consiguiente, la preparación penitencial al comienzo de cada celebración no debe inducir a pensar que sea inútil el sacramento del perdón, sino muy al contrario, a reavivar en los asistentes la conciencia de la necesidad creciente de pureza y llevarles, con ello, a captar cada vez mejor el valor de la gracia del sacramento. El sacramento de la reconciliación no está reservado exclusivamente a quienes cometen culpas graves. Ha sido instituido para la remisión de todos los pecados y la gracia que brota de él tiene especial eficacia de purificación y ayuda en el esfuerzo por enmendarse y progresar. Es un sacramento insustituible en la vida cristiana; no puede despreciarse ni dejarse de lado si se quiere que el germen de la vida divina crezca en el cristiano y dé los frutos deseados.

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

*Os dejo una breve reflexión espiritual, que brota de la lectura de la Primera Carta a los Corintios, que hemos escuchado al principio de este encuentro.*

*Estando en el Año de la Redención, hemos de pensar necesariamente en la Eucaristía, que aplica hoy a los hombres los frutos de la reconciliación que un día Cristo ganó para la humanidad.*

*Con la Eucaristía ofrecemos a Dios el sacrificio que expía nuestros pecados. Pero ello no excluye que quien tiene conciencia de pecado grave no deba acercarse a recibir el sacramento de la Penitencia, instituido para perdonar todos los pecados y que dispone a recibir dignamente la Eucaristía. Así podremos crecer siempre en nuestro progresivo acercamiento al Señor.*

## TERCERA PARTE:

# EL “ETHOS” DE LA REDENCIÓN

## (17) La redención es una nueva creación -6-7-1983

1. "Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdaderas" (Ef 4, 23-24).

Las palabras del Apóstol Pablo, queridísimos hermanos y hermanas, nos remiten al acontecimiento gozoso de la redención, que ha hecho de nosotros "criaturas nuevas". En Cristo, por el don del Espíritu, hemos sido como creados de nuevo.

Para captar a fondo el alcance de este acontecimiento es necesario retornar con el pensamiento a la "primera creación" descrita en las páginas iniciales del libro del Génesis. Es necesario volver a ese estado en el que la persona humana se encuentra recién salida de las manos creadoras de Dios: el estado de "justicia original". Consistía en la plena y amorosa sumisión del hombre al Creador: su ser estaba en la verdad, en el orden, ante todo por lo que se refería a su relación con Dios.

De esta "justicia" hacia el Creador derivaba en el hombre una profunda unidad interior, una integración entre todos los elementos que constituyen su ser personal, entre el elemento somático, síquico y espiritual. Al estar en paz con Dios, el hombre estaba en paz consigo mismo. Y también la relación con la otra persona humana, la mujer, se vivía en la verdad y en la justicia: era una relación de profunda comunión interpersonal edificada sobre el don de sí mismo al otro. Un "sí mismo" del que el hombre podía decidir con plena libertad, ya que la unidad interna de su ser personal todavía no estaba rota.

El acto creador de Dios se colocaba ya en el "misterio escondido" de Cristo (cf. Ef 1, 9), era su primera y originaria revelación y realización. Este acto creador daba comienzo a la realización de la voluntad divina que nos había elegido "antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él en caridad, y nos predestinó a la adopción de hijos suyos por Jesucristo" (ib., 1, 4-5). La creación del hombre, por así decirlo, estaba ya inserta en la elección eterna en Cristo. Por esta razón, la persona humana se hacía ya desde el principio, partícipe del don de la filiación divina, gracias a Aquel que, desde la eternidad, era amado como Hijo.

Al final de su obra creadora "vio Dios ser muy bueno cuanto había hecho" (Gén 1, 31). La bondad de las cosas es su ser. La bondad del hombre, esto es, su valor está en su ser: en su ser "creado según Dios en justicia y santidad verdaderas" (Ef 4, 24).

2. El fruto de la redención es la "nueva criatura"; la redención es una "nueva creación". ¿Por qué "nueva"? Porque a causa del pecado el hombre cayó de su "justicia original". Rompió la Alianza con Dios, sacando como consecuencia de ello, por una parte, la desintegración interior y, por otra, la incapacidad de construir la comunión con los otros en la verdad del don de sí mismo. Nunca se reflexionará suficientemente sobre esta destrucción realizada por el pecado. Nosotros celebramos este Año Santo extraordinario para profundizar en nuestra conciencia del pecado, punto de partida indispensable para participar personalmente en el misterio de la redención.

La redención hecha por Cristo ha devuelto al hombre "a la dignidad de su primer origen", como dice la liturgia. Dios, en Cristo, ha re-creado al hombre, de tal manera que Cristo se ha convertido en el segundo y verdadero Adán, de quien toma origen la nueva humanidad. "El que es de Cristo se ha hecho criatura nueva, y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo" (2 Cor 5, 17).

Se trata de un cambio en el ser mismo de la persona humana que ha sido redimida.

"Despojaos del hombre viejo con todas sus obras y vestíos del nuevo, que sin cesar se renueva para lograr el perfecto conocimiento según la imagen de su Creador" (Cor 3, 9-10). Estas últimas palabras de San Pablo -se advierte fácilmente- evocan el texto del Génesis según el cual el hombre fue creado a imagen de Dios. La nueva creación que es la redención, renueva al hombre devolviéndolo a la plenitud de su ser más profundo, reintegrándolo en su verdad: esto es, ser imagen de Dios.

El primer acto de la nueva creación -primero no sólo cronológicamente, sino porque en él está situado el nuevo "principio"- es el acto el que Dios resucitó a su Hijo, muerto por nuestros pecados. La Pascua es el primer día de la nueva semana de la redención, que concluirá en el sábado de la vida eterna, cuando también nuestros cuerpos serán resucitados y al Vencedor se le permitirá comer de nuevo del árbol de la vida, que está en el paraíso de Dios (cf. Ap 2, 7). Y la nueva creación, que comenzó la mañana de Pascua, quedará terminada.

Demos gracias al Padre de Nuestro Señor Jesucristo que nos creó maravillosamente y nos recreó más maravillosamente todavía. En el origen del acto creador y del acto redentor está su amor: para el hombre la única respuesta adecuada a él es la adoración plena de gratitud, en la cual la persona se entrega a sí misma al amor creador y redentor de Dios.

*Todos habéis venido como peregrinos del Año Santo de la Redención. Os invito, por ello, a reflexionar sobre las palabras antes escuchadas de la Carta a los Efesios, las cuales nos recuerdan que, como redimidos por Cristo, hemos de ser nuevas creaturas; es decir, hombres nuevos que se renuevan interiormente, para destruir el pecado en la propia vida y vivir en la verdad, en la justicia y santidad que corresponden a los hijos de Dios. A vivir – en una palabra– agradeciendo a Dios el amor que ha tenido por nosotros, y correspondiendo al amor divino que nos creó y redimió.*



## (18) El "ethos de la redención" -13-7-1983

1. "Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras, que Dios de antemano preparó, para que en ellas anduviésemos" (Ef 2, 10).

La redención, queridos hermanos y hermanas, ha renovado al hombre re-creándolo en Cristo.

A este nuevo ser debe seguir ahora un nuevo obrar. Y sobre este nuevo ethos de la redención vamos a reflexionar hoy, para cogerlo en su misma fuente.

Hablar de "ethos" significa evocar una experiencia que todo hombre, y no sólo el cristiano, vive diariamente: es, al mismo tiempo, simple y compleja, profunda y elemental. Tal experiencia está siempre vinculada con la de la propia libertad, o sea, con el hecho por el que cada uno de nosotros es verdadera y realmente causa de sus propios actos. Pero la experiencia ética nos hace sentirnos libres de un modo absolutamente singular: es una libertad obligada la que nosotros experimentamos. Obligada no desde "fuera" -no es una coacción o constricción exterior-, sino desde "dentro": es la libertad como tal, que debe actuar de una forma antes que de otra.

Esta misteriosa y admirable "necesidad", que habita dentro de la libertad sin destruirla, radica en la fuerza propia del valor moral, que el hombre conoce con su inteligencia: es la expresión de la fuerza normativa de la verdad del bien. Al comprometerse a "realizar" esta verdad, la libertad se sitúa en el orden, que ha sido inscrito por la sabiduría creadora de Dios en el universo del ser.

En la experiencia ética, por tanto, se establece una conexión entre la verdad y la libertad, gracias a la cual la persona se hace cada vez más ella misma, en obediencia a la sabiduría creadora de Dios.

2. "No pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco...; no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero" (Rom. 7, 15 y 20). Estas palabras de San Pablo describen el ethos del hombre caído en el pecado, y por tanto privado de la "justicia original". En la nueva situación el hombre advierte un contraste entre la voluntad y la acción -"no pongo por obra lo que quiero"-, aunque continúe manteniendo en sí mismo la percepción del bien y la tendencia hacia él.

La armonía entre la verdad y la libertad se ha roto, en el sentido de que la libertad escoge lo que es contrario a la verdad de la persona humana, y la verdad es aprisionada con la injusticia (cf. Rom 1, 18). ¿De dónde deriva en su origen esta escisión interior del hombre? Él comienza su historia de pecado cuando no reconoce ya al Señor como a su Creador, y quiere ser él quien decida, con absoluta autonomía e independencia, lo que está bien y lo que está mal: "Seréis como Dios, concedores del bien y del mal", dice la primera tentación (cf. Gén 3, 5). El hombre no quiere ya que la "medida" de su existencia sea la ley de Dios, no se recibe a sí mismo de las manos creadoras de Dios, sino que decide ser la medida y el principio de sí mismo. La verdad de su ser creado es negada por una libertad que se ha desvinculado de la ley de Dios, única verdadera medida del hombre.

A primera vista podría parecer que la libertad verdadera es la del pecador, en cuanto no está ya subordinada a la verdad. Realmente, sin embargo, es sólo la verdad la que nos hace libres.

El hombre es libre cuando se somete a la verdad. Por lo demás, ¿no nos brinda un testimonio de ello nuestra misma experiencia de cada día? "El amor a la verdad es de tal condición -observaba ya San Agustín-, que cuantos aman un objeto diverso pretenden que el objeto de su amor sea la verdad, y puesto que detestan ser engañados, detestan verse convencidos de que se engañan. Por eso odian la verdad, por amor de lo que creen verdad. La aman cuando luce, la odian cuando reprende. No quieren ser engañados y quieren engañar, por tanto la aman cuando se revela, y la odian cuando los revela... Y sin embargo, aun en esta condición infeliz, (el hombre) prefiere el goce de la verdad al goce de la mentira. Por tanto será feliz cuando, sin obstáculos ni turbaciones, pueda gozar de la única Verdad; gracias a la cual son verdaderas todas las cosas" (San Agustín. Confesiones 10, 23, 34)

3. La redención es una nueva creación, porque devuelve al hombre desde la situación descrita por San Pablo en el pasaje citado de la Carta a los Romanos. a su verdad y libertad.

El hombre, creado "a imagen y semejanza" de Dios, estaba llamado a realizarse en la verdad de esa "imagen y semejanza". En la nueva creación, que es la redención, el hombre se asimila a la imagen del Hijo Unigénito, liberado del pecado que afeaba la belleza de su ser originario.

El ethos de la redención ahonda sus raíces en este acto redentor y de él extrae continuamente su fuerza: fuerza por la cual el hombre esta en disposición de conocer y de acoger la verdad de su propia relación con Dios y con las creaturas. Él se siente así libre para realizar "las obras buenas que Dios de antemano preparó, para que en ellas anduviésemos" (Ef 2, 10).

El ethos de la redención es el encuentro, en el hombre, de la verdad con la libertad. "La felicidad de la vida es el goce de la verdad, es decir, el goce de Ti, que eres la Verdad", ha escrito San Agustín (confesiones, 12, 23, 33): el ethos de la redención es esta felicidad.

*Junto con mi palabra de aliento para todos en vuestra vida cristiana, os dejo una breve reflexión espiritual, derivada de la lectura bíblica que hemos escuchado en esta Audiencia del Año Santo de la Redención.*

*Como redimidos por Cristo, somos llamadas a vencer el desorden provocado por el pecado y a vivir una vida de rectitud moral. Dios nos ha hecho libres, pero nuestra libertad no puede prescindir de la recta norma ética que nos marca el camino hacia la verdad. Dado que somos imagen de Dios, nuestras obras han de corresponder con lo que El quiere de nosotros. Así viviremos en la Verdad plena, que esta en Dios.*

## (19) Libertad de la persona y moralidad del acto humano -20-7-1983

1. "Somos hechura suya, creados en Cristo Jesús, para hacer las buenas obras que Dios de antemano preparó para que en ellas anduviésemos" (Ef 2, 10). Nuestra redención en Cristo -este gran misterio que de modo extraordinario celebramos durante este Año Santo- nos capacita para realizar, en la plenitud del amor, esas buenas obras; "que Dios de antemano preparó para que en ellas anduviésemos". La bondad de nuestra conducta es el fruto de la redención. Por eso San Pablo enseña que, por el hecho de haber sido redimidos, hemos venido a ser "siervos de la justicia", (Rom 6, 18). Ser "siervos de la justicia" es nuestra verdadera libertad.

2. ¿En qué consiste la bondad de la conducta humana? Si prestamos atención a nuestra experiencia cotidiana, vemos que, entre las diversas actividades en que se expresa nuestra persona, algunas se verifican en nosotros, pero no son plenamente nuestras, mientras que otras no sólo se verifican en nosotros, sino que son plenamente nuestras. Son aquellas actividades que nacen de nuestra libertad: actos de los que cada uno de nosotros es autor en sentido propio y verdadero. Son, en una palabra, los actos libres. Cuando el Apóstol nos enseña que somos hechura de Dios, "creados en Cristo Jesús para hacer buenas obras", estas buenas obras son los actos que la persona humana, con la ayuda de Dios, realiza libremente: la bondad es una cualidad de nuestra actuación libre. Es decir, de esa actuación cuyo principio y causa es la persona; de la cual, por tanto, es responsable.

Mediante su actuación libre, la persona humana se expresa a sí misma y al mismo tiempo se realiza a sí misma. La fe de la Iglesia, fundada sobre la Revelación divina nos enseña que cada uno de nosotros será juzgado según sus obras. Nótese: es nuestra persona la que será juzgada de acuerdo con sus obras. Por ello se comprende que en nuestras obras es la persona la que se expresa, se realiza y -por así decirlo- se plasma. Cada uno es responsable no sólo de sus acciones libres, sino que, mediante tales acciones, se hace responsable de sí mismo.

A la luz de esta profunda relación entre la persona y su actuación libre podemos comprender en qué consiste la bondad de nuestros actos, es decir, cuáles son esas obras buenas "que Dios de antemano preparó para que en ellas anduviésemos". La persona humana no es dueña absoluta de sí misma. Ha sido creada por Dios. Su ser es un don: lo que ella es y el hecho mismo de su ser son un don de Dios. "Somos hechura suya", nos enseña el Apóstol, "creados en Cristo Jesús" (Ef 2, 10). Sintiendo recibido constantemente de las manos creadoras de Dios, el hombre es responsable ante Él de lo que hace. Cuando el acto realizado libremente es conforme al ser de la persona, es bueno. Es necesario subrayar esta relación fundamental entre el acto realizado y la persona que lo realiza.

La persona humana está dotada de una verdad propia, de un orden intrínseco propio, de una constitución propia. Cuando sus obras concuerdan con este orden, con la constitución propia de persona humana creada por Dios, son obras buenas "que Dios preparó de antemano para que en ellas anduviésemos". La bondad de nuestra actuación dimana de una armonía profunda entre la persona y sus actos, mientras, por el contrario, el mal moral denota una ruptura, una profunda división entre la persona que actúa y sus acciones. El orden inscrito en su ser, ese orden en que consiste su propio bien, no es ya respetado en y por sus acciones. La persona humana no está ya en su verdad. El mal moral es precisamente el mal de la persona como tal; el bien moral es el bien de la persona como tal.

4. Celebramos este Año Santo de la Redención para comprender cada vez más profundamente el misterio de nuestra salvación, para participar cada vez más profundamente en el poder redentor de la gracia de Dios en Cristo.

A la luz de cuanto hemos dicho, comprendemos por qué el fruto de la redención en nosotros son precisamente las buenas obras "que Dios de antemano preparó para que en ellas anduviésemos". La gracia de la redención genera un ethos de la redención.

La salvación renueva realmente a la persona humana, que resulta como creada de nuevo "en la justicia y en la santidad". La gracia de la redención cura y eleva la inteligencia y la voluntad de la persona, de tal forma que la libertad de ésta es capacitada, por la misma gracia, para actuar con rectitud.

La persona humana se salva así plenamente en su vida terrena. Porque, como he dicho antes, la persona humana realiza la verdad de su ser en la acción recta, mientras que, cuando actúa no rectamente, causa su propio mal, destruyendo el orden de su propio ser. La verdadera y más profunda alienación del hombre consiste en la acción moralmente mala: en ella la persona no pierde lo que tiene, sino lo que es, es decir, se pierde a sí misma. "¿Qué le importa al hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo?", nos dice el Señor. El único verdadero mal, absolutamente mal, para la persona humana es el mal moral.

La redención nos re-crea "en la justicia y en la santidad" y nos permite actuar coherentemente con nuestro estado de justicia y de santidad. Ella restituye el hombre a sí mismo, le hace retornar de la tierra del exilio a su patria: en su verdad y en su libertad de creatura de Dios. Y el signo, el fruto de este retorno, son las obras buenas.

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

*En la lectura bíblica que hemos escuchado en la primera parte de esta Audiencia, San Pablo nos recordaba que somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús, para hacer obras buenas.*

*La bondad de nuestras acciones depende de que, al ejercitar nuestra libertad, actuemos de tal modo que nuestras obras estén conformes con nuestro ser como personas. Si hay armonía entre las exigencias verdaderas de nuestra persona y nuestras acciones, obramos con rectitud moral; si se rompe esa armonía, obramos mal.*

*Pero no hemos de actuar sólo de acuerdo con nuestra persona. Mediante la Redención llevada a cabo por Cristo, hemos sido creados de nuevo en la justicia y la santidad. Por ello hemos de actuar con esa coherencia moral que exige nuestro nuevo estado de redimidos. Así viviremos de acuerdo con nosotros mismos, en la verdad y libertad de los hijos de Dios, que manifiestan el fruto de su ser íntimo en las obras buenas.*

## (20) La ley moral, como ley de Dios y ley del hombre -27-7-1983

1. "La noche va ya muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz" (Rom 13, 12). La redención, misterio que durante este Año Santo queremos meditar y vivir de un modo extraordinario, ha colocado al hombre en un nuevo estado de vida, lo ha transformado interiormente. Él, por tanto, debe despojarse de las "obras de las tinieblas", es decir, debe "comportarse decentemente" caminando en la luz.

¿Cuál es la luz en que debe vivir el que ha sido redimido? Es la ley de Dios: esa ley que Jesús no ha venido a abolir, sino a llevar a su definitivo cumplimiento (cf. Mt 5, 17).

Cuando el hombre oye hablar de ley moral, piensa casi instintivamente en algo que se opone a su libertad y la mortifica. Pero, por otra parte, cada uno de nosotros se encuentra plenamente en las palabras del Apóstol, que escribe: "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior" (Rom 7, 22). Hay una profunda consonancia entre la parte más verdadera de nosotros mismos y lo que la ley de Dios nos manda, a pesar de que, para usar todavía las palabras del Apóstol, "en mis miembros siento otra ley que repugna a la ley de mi mente" (ib., 23). El fruto de la redención es la liberación del hombre de esta situación dramática y su capacitación para un comportamiento honrado, digno de un hijo de la luz.

2. Obsérvese que el Apóstol llama a la ley de Dios "ley de mi mente". La ley moral es, al mismo tiempo, ley de Dios y ley del hombre. Para comprender esta verdad, debemos volver continuamente, en el fondo de nuestro corazón, a la primera verdad del Credo: "Creo en Dios Padre... creador". Dios crea al hombre, y éste, como toda creatura, se encuentra sostenido por la Providencia de Dios, porque el Señor no abandona ninguna de las obras de sus manos creadoras. Esto significa que Él se cuida de su creatura, conduciéndola -con fuerza y suavidad- a su fin propio, en que ella alcanza la plenitud de su ser. Porque Dios no se muestra envidioso de la felicidad de sus creaturas, sino que desea que vivan en plenitud. También el hombre, y sobre todo el hombre, es objeto de la Providencia divina: es guiado por la Providencia divina a su fin último, a la comunión con Dios y con las demás personas humanas en la vida eterna. En esta comunión el hombre alcanza la plenitud de su ser personal.

Es la misma e idéntica la lluvia que fecunda la tierra; es la misma e idéntica la luz del sol que genera la vida de la naturaleza. Sin embargo, una y otra no impiden la variedad de los seres vivientes: cada uno de ellos crece según su propia especie, aunque sean idénticas la lluvia y la luz. Esto es una pálida imagen de la Sabiduría providente de Dios: ella conduce a toda creatura según el modo conveniente a la naturaleza que es propia de cada una. El hombre está sujeto a la Providencia de Dios en cuanto hombre, es decir, en cuanto sujeto inteligente y libre. Como tal, está en disposición de participar en el proyecto providencial descubriendo sus líneas esenciales inscritas en su mismo ser humano. Este proyecto creador de Dios, en cuanto es conocido y participado por el hombre, es lo que llamamos ley moral. La ley moral es, pues, la expresión de las exigencias de la persona humana, que ha sido pensada y querida por la Sabiduría creadora de Dios, como destinada a la comunión con Él.

3. Esta ley es la ley del hombre ("la ley de mi mente", dice el Apóstol), o sea, una ley que es propia del hombre: sólo el hombre está sujeto a la ley moral, y en ello está su dignidad verdadera. En efecto, sólo el hombre, en cuanto sujeto personal -inteligente y libre- es partícipe de la Providencia de Dios, está aliado conscientemente con la Sabiduría

creadora. El código de esta alianza no está escrito primariamente en los libros, sino en la mente del hombre ("la ley de mi mente"), es decir, en esa parte de su ser gracias a la cual él es constituido a "imagen y semejanza de Dios".

"Vosotros, hermanos -dice el Apóstol Pablo- habéis sido llamados a la libertad; pero cuidado con tomar la libertad por pretexto para servir a la carne, antes servíais unos a otros por la caridad... Pero si mutuamente os mordéis y os devoráis, mirad no acabéis por consumiros unos a otros" (Gál 5, 13 y 15).

La libertad, vivida como poder desvinculado de la ley moral, se revela como poder destructor del hombre: de sí mismo y de los demás. "Mirad no acabéis por consumiros unos a otros", nos advierte el Apóstol. Este es el resultado final del ejercicio de la libertad contra la ley moral: la destrucción recíproca. Por tanto, más que contraponerse a la libertad, la ley moral es la que garantiza la libertad, la que hace que sea verdadera, no una máscara de libertad: el poder de realizar el propio ser personal según la verdad.

Esta subordinación de la libertad a la verdad de la ley moral no debe, por otra parte, reducirse sólo a las intenciones de nuestro obrar. No es suficiente tener la intención de obrar rectamente para que nuestra acción sea objetivamente recta, es decir, conforme a la ley moral. Se puede obrar con la intención de realizarse uno a sí mismo y de hacer crecer a los demás en humanidad: pero la intención no es suficiente para que en realidad nuestra persona o la de otro se reconozca en su obrar. La verdad expresada por la ley moral es la verdad del ser, tal como es pensado y querido no por nosotros, sino por Dios que nos ha creado. La ley moral es la ley del hombre, porque es la ley de Dios.

La redención, restituyendo plenamente al hombre a su verdad y a su libertad, le devuelve la plena dignidad de persona. La redención reconstruye así la Alianza de la persona humana con la Sabiduría creadora.

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

*En la lectura bíblica de esta Audiencia, tomada de la Carta a los Romanos, San Pablo nos exhortaba a abandonar las obras del mal y a vivir honestamente, como hijos de la luz.*

*Esto significa que el cristiano, criatura de Dios y redimido por Cristo, ha de ajustar sus acciones a la norma moral que Dios nos da. Lo cual no es contrario a nuestra libertad, sino que nos procura la verdadera libertad interior, que no puede prescindir de las exigencias de nuestro ser íntimo ni de la ley de Dios. Por ello, nuestro obrar será bueno cuando no sólo las intenciones, sino las acciones estén de acuerdo con la ley moral de Dios, que es a la vez la ley de la plena dignidad del hombre redimido por Cristo.*

## (21) El Espíritu Santo es la ley del hombre redimido -3-8-1983

1. "La ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me libró de la ley del pecado y de la muerte... para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el Espíritu" (Rom 8, 2 y 4). Andar según el Espíritu y vivir nuestra vida de manera conforme a la voluntad de Dios es el fruto de la redención, el gran misterio que celebramos este Año Santo extraordinario. El Espíritu Santo es el don por excelencia que hace el Redentor a quien se acerca a Él con fe; el Espíritu, como nos enseña el Apóstol, es la ley del hombre redimido.

¿Qué significa que "la ley del hombre redimido es el Espíritu Santo?" Significa que en la "nueva creatura", fruto de la redención, el Espíritu Santo ha puesto su morada, realizando una presencia de Dios mucho más íntima que la que se deriva del acto creador. Efectivamente, no se trata sólo del don de la existencia, sino del don de la misma vida de Dios, de la vida vivida por las tres Personas de la Trinidad.

La persona humana, en cuyas profundidades espirituales ha puesto su morada el Espíritu, queda iluminada en su inteligencia y movida en su voluntad, para que comprenda y cumpla "la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta" (Rom 12, 2). De este modo se realiza la profecía antigua: "Pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (Jer 31, 33), y también: "Pondré mi espíritu dentro de vosotros y os haré ir por mis mandamientos y observar mis preceptos y ponerlos por obra" (Ez 36, 27).

2. Con el acto mismo con que Dios crea al hombre, graba su ley en el corazón del hombre. El ser personal del hombre queda dotado de un orden propio, y con la finalidad de tender a la comunión con Dios y con las otras personas humanas. En una palabra: queda dotado de una verdad propia, a la que está subordinada la libertad. En el estado de "justicia original" esta subordinación se realizaba plenamente. El hombre gozaba de una perfecta libertad porque quería el bien: lo quería no por una imposición externa, sino por una especie de "coincidencia interior" de su voluntad con la verdad de su ser, creado por Dios.

Como consecuencia de la rebelión contra Dios, se rompió en la persona humana el vínculo de la libertad con la verdad, y la ley de Dios se sintió como una coacción, como una constricción de y contra la propia libertad. El "corazón" mismo de la persona está dividido. Efectivamente, por una parte, la persona es llevada e impulsada, en su libre subjetividad, a realizar el mal, a construir una existencia -como individuo y como comunidad- contra la Sabiduría creadora de Dios. Sin embargo, por otra parte, puesto que el pecado nos ha destruido completamente esa verdad y esa bondad del ser, que es patrimonio recibido en el acto de la creación, el hombre siente nostalgia de permanecer en armonía con las raíces profundas del propio ser. Cada uno de nosotros experimenta este estado de división, que se manifiesta en nuestro corazón como lucha entre el bien y el mal. Y el resultado es que, en esta condición, si el hombre sigue las inclinaciones malas, se convierte en esclavo del mal; en cambio, si sigue la ley de Dios, experimenta esta obediencia como una sumisión a una imposición extrínseca y, por lo mismo, no como acto de libertad total.

3. El don del Espíritu es el que nos hace libres con la verdadera libertad, convirtiéndose Él mismo en nuestra ley. La persona humana actúa libremente cuando sus acciones nacen verdadera y totalmente de su yo: son acciones de la persona y no sólo acciones que suceden en la persona. El Espíritu, que habita en el corazón del hombre redimido,

transforma la subjetividad de la persona, haciéndola consentir interiormente a la ley de Dios y a su proyecto salvífico.

Es decir, la acción del Espíritu hace que la ley de Dios, las exigencias inmutables de la verdad de nuestro ser creado y salvado penetren profundamente en nuestra subjetividad personal, de tal modo que ésta, cuando se expresa y se realiza en su actuar, no pueda menos de expresarse y realizarse en la verdad. El Espíritu es el Espíritu de verdad. Nos lleva a la verdad, o mejor, introduce cada vez más íntimamente la verdad en nuestro ser: la verdad se hace cada vez más íntima a nuestra persona, de manera que nuestra libertad se subordine a ella, con alegría profunda, espontáneamente.

4. En última instancia, ¿qué es lo que hace al hombre, en el que habita el Espíritu, tan íntimamente vinculado al bien y, por lo mismo, tan profundamente libre? Es el hecho de que el Espíritu difunde en nuestros corazones la caridad. Se ha de tener en cuenta que la caridad no es un amor cualquiera. La caridad se refiere a Dios presente en nosotros como amigo, como nuestro eterno comensal. Ninguna acción es más libre que la realizada por amor, y, al mismo tiempo, nada coacciona más que el amor. Escribe Santo Tomás: "Es propio de la amistad agradar a la persona amada en lo que ella quiere... Por tanto, ya que nosotros hemos sido hechos por el Espíritu amigos de Dios, el mismo Espíritu nos impulsa a cumplir sus mandamientos" (Summa contra Gentes, IV, 22).

Esta es, pues, la definición del ethos de la redención y de la libertad: se trata del ethos que nace del don del Espíritu que habita en nosotros; se trata de la libertad del que hace lo que quiere, haciendo lo que debe.

*Como recuerdo de esta Audiencia del Año Santo de la Redención, os confío el siguiente mensaje espiritual, entresacado de la Palabra de Dios que hace unos instantes hemos escuchado.*

*El ethos de la Redención tiene su origen en el don del Espíritu que mora en nosotros. El Espíritu Santo es el don por excelencia que el Salvador otorga al que se acerca a él con fe. El Espíritu, que habita en el corazón del hombre redimido, transforma la subjetividad de la persona, haciéndola interiormente sumisa a la ley de Dios y a su proyecto salvador.*

*Amadísimos: Que sepáis caminar según la orientación del Espíritu y vivir conforme a la voluntad de Dios. En su nombre os bendigo de corazón.*

## (22) Amor y libertad -10-8-1983

1. "Vosotros... hermanos, habéis sido llamados a la libertad" (Gál 5, 13).

La redención nos pone en un estado de libertad que es fruto de la presencia del Espíritu Santo en nosotros, porque "donde está el Espíritu del Señor está la libertad" (2 Cor 3, 17).

Esta libertad es, a la vez, un don y una tarea; una gracia y un imperativo.

De hecho, en el momento mismo en que el Apóstol nos recuerda que estamos llamados a la libertad, nos advierte también sobre el peligro que corremos si hacemos mal uso de ella: "Pero cuidado con tomar la libertad por pretexto para servir a la carne" (Gál 5, 13). Y la "carne", en el vocabulario paulino, no significa "cuerpo humano", sino toda la persona humana en cuanto sometida y encerrada en esos falsos valores que la atraen con la promesa seductora de una vida aparentemente más plena (cf. Gal 5, 13-6, 10)

2. El criterio para discernir si el uso que hacemos de nuestra libertad está conforme con nuestra llamada a ser libres o es en realidad una recaída en la esclavitud es nuestra subordinación o insubordinación a la caridad, es decir, a las exigencias que se derivan de ella.

Resulta de fundamental importancia poner de relieve que este criterio de discernimiento lo encontramos en la vida de Cristo: la libertad de Cristo es la auténtica libertad y nuestra llamada a la libertad es llamada a participar en la libertad misma de Cristo. Cristo vivió en la plena libertad porque en la radical obediencia al Padre "se entregó a Sí mismo para redención de todos" (I Tim 2, 6). Este es el mensaje de la salvación. Cristo es totalmente libre precisamente en el momento de su suprema subordinación y obediencia a las exigencias del amor salvífico del Padre: en el momento de su muerte.

"Habéis sido llamados a la libertad", dice el Apóstol. Habéis sido hechos partícipes de la misma libertad de Cristo: la libertad de donarse a Sí mismo. La expresión perfecta de la libertad es la comunión en el verdadero amor. Ante cada una de las personas humanas, después de esta llamada, se ha abierto el espacio de una decisiva y dramática alternativa: la opción entre una (pseudo) libertad de auto-afirmación, personal o colectiva, contra Dios y contra los demás, y una libertad de auto-dominación a Dios y a los demás. Quien escoge la auto-afirmación, permanece bajo la esclavitud de la carne, extraño a Dios; quien opta por la auto-dominación, vive ya la vida eterna.

3. La auténtica libertad es la que está subordinada al amor, pues -como enseña el Apóstol- "el amor es la plenitud de la ley" (Rom 13, 10). De esta enseñanza podemos deducir, una vez más, que según el Apóstol, en el hombre justificado no hay una contraposición entre libertad y ley moral, y esto precisamente porque la plenitud de la ley es la caridad. El sentido último de toda norma moral no hace más que expresar una exigencia de la verdad del hombre.

Es éste un punto muy importante del ethos de la redención, más aún, del ethos simplemente humano, que conviene estudiar a fondo enseguida. No todos, sea cual fuere la cultura a la que pertenezcamos, definimos el amor como "querer el bien de la persona amada". Atención: de la persona amada por sí misma y no solo del que ama. De hecho, en este segundo caso, el amor sería en realidad la máscara de una relación de carácter utilitario y hedonístico con el otro. El bien de la persona es lo que ella es: su ser. Querer el bien es querer que el otro alcance la plenitud de su ser. Por eso, el acto más puro de

amor que se puede imaginar es el acto creador de Dios: el cual hace que cada uno de nosotros sencillamente sea.

4. Hay, pues, una conexión inseparable entre el amor hacia una persona y el reconocimiento de la verdad de su ser: la verdad es el fundamento del amor. Se puede tener la intención de amar a otro, pero no se le ama realmente si no se reconoce la verdad de su ser. Así se amaría de hecho no al otro, sino a esa imagen del otro que nosotros nos hemos formado y se correría el riesgo de cometer las más graves injusticias en nombre del amor al hombre; ya que, "este hombre" no sería el real, en la verdad de su ser, sino el imaginado por nosotros prescindiendo del fundamento de su verdad objetiva.

Las normas morales son las exigencias inmutables que emergen de la bondad de cada ser. Todo ser exige que se le reconozca, es decir, que se le ame de forma adecuada a su verdad: Dios como Dios, el hombre como hombre, las cosas como cosas. ;"La plenitud de la ley es el amor", nos enseña el Apóstol. ¡Cómo es verdadera esta afirmación! El amor es la realización plena de toda norma moral, ya que el amor busca el bien de todo ser en su verdad: esa verdad cuya fuerza normativa en relación con la libertad se expresa mediante las normas morales.

## (23) La conciencia moral -17-8-1983

1. Las palabras del Apóstol que acabamos de escuchar nos describen la tarea a que está llamada la conciencia moral del hombre: discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, le complace a Él y perfecto". Nuestra reflexión sobre el ethos de la redención se detiene hoy a considerar "el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se encuentra a solas con Dios", como el Concilio Vaticano II define la conciencia moral (Gaudium et spes, 16).

¿Qué quiere decir el Apóstol cuando habla de "discernimiento" en este campo? Si prestamos atención a nuestra experiencia interior, constatamos la presencia dentro de nosotros de una actividad espiritual que podemos llamar actividad valorativa. ¿Acaso no es verdad que con frecuencia nos sorprendemos diciendo: "esto es recto, esto no es recto?". Es que existe en cada uno de nosotros una especie de "sentido moral" que nos lleva a discernir lo que está bien y lo que está mal. del mismo modo que existe una especie de "sentido estético" que nos lleva a discernir lo que es hermoso de lo que es feo. Es como un ojo interior, una capacidad visual del espíritu en condiciones de guiar nuestros pasos por el camino del bien.

Pero las palabras del Apóstol tienen un significado más hondo. La actividad de la conciencia moral no se refiere sólo sobre lo que está bien o está mal en general. Su discernimiento recae en particular sobre la determinada y concreta acción libre que vamos a realizar o que hemos realizado. De ésta precisamente nos habla la conciencia, de ésta hace una valoración la conciencia: esta acción -nos dice la conciencia- que tu con tu singularidad irrepitable estás realizando (o has llevado a cabo ya) es buena o es mala.

2. ¿De dónde saca la conciencia sus criterios de juicio? ¿Sobre qué base juzga nuestra conciencia moral las acciones que vamos a llevar a cabo o hemos realizado? Escuchemos con atención las enseñanzas del Concilio Vaticano II: "La norma suprema de la vida humana es la propia ley divina, eterna, objetiva y universal, por la que Dios ordena, dirige y gobierna el mundo universo y los caminos de la comunidad humana... El hombre percibe y reconoce por medio de su conciencia los dictámenes de la ley divina, conciencia que tiene obligación de seguir fielmente en toda su actividad para llegar a Dios, que es su fin" (Dignitatis humanae, 3).

Reflexionemos atentamente sobre estas palabras tan densas e iluminadoras. La conciencia moral no es un juez autónomo de nuestras acciones. Los criterios de sus juicios los saca de la "ley divina, eterna, objetiva y universal", de la "verdad inmutable", de que habla el texto conciliar, ley y verdad que la inteligencia del hombre puede descubrir en el orden del ser. Esta es la razón por la que el Concilio dice que el hombre en su conciencia "está solo con Dios".

Adviértase una cosa: el texto no se limita a afirmar que "está solo", sino añade "con Dios". La conciencia moral no encierra al hombre en una soledad infranqueable e impenetrable, sino que la abre a la llamada, a la voz de Dios.

En esto y no en otra cosa reside todo el misterio y dignidad de la conciencia moral: en ser el lugar, el espacio santo donde Dios habla al hombre. Por consiguiente, si el hombre no escucha a su conciencia, si consiente que en ella haga su morada el error, rompe el vínculo más fuerte que lo estrecha en alianza con su Creador.

3. Si la conciencia moral no es la instancia última que decide lo que está bien y lo que está mal, sino que ha de estar de acuerdo con la verdad inmutable de la ley moral, resulta de ello que no es juez infalible: puede errar.

Este punto merece hoy atención especial. "No os asimiléis -enseña el Apóstol a la mentalidad de este mundo, sino renovaos por la transformación de la mente" (Rom 12, 2). En los juicios de nuestra conciencia anida siempre la posibilidad de errar.

La consecuencia que se deduce de tal error es muy seria; cuando el hombre sigue la propia conciencia equivocada, su acción no es recta, no pone en acto objetivamente lo que esta bien para la persona hermana, y ello por el mero hecho de que el juicio de la conciencia no es la última instancia moral.

Claro está que "no rara vez sucede que yerra la conciencia por ignorancia invencible", como puntualiza enseguida el Concilio (Gaudium et spes, 16). En este caso "no pierde su dignidad" (cf. ib.), y el hombre que sigue dicho juicio no peca. Pero el mismo texto conciliar prosigue indicando "que esto no puede afirmarse cuando el hombre se despreocupa de buscar la verdad y el bien, y la conciencia se va entenebreciendo gradualmente por el hábito del pecado" (ib.).

Por tanto, no es suficiente decir al hombre: "sigue siempre tu conciencia". Es necesario añadir enseguida y siempre: "pregúntate si tu conciencia dice verdad o falsedad, y trata de conocer la verdad incansablemente". Si no se hiciera esta necesaria puntualización, el hombre correría peligro de encontrar en su conciencia una fuerza destructora de su verdadera humanidad, en vez de un lugar santo donde Dios le revela su bien verdadero.

Es necesario "formar" la propia conciencia. El cristiano sabe que en esta tarea dispone de una ayuda especial en la doctrina de la Iglesia. "Pues, por voluntad de Cristo, la Iglesia católica es la Maestra de la verdad, y su misión es exponer y enseñar auténticamente la Verdad, que es Cristo, y al mismo tiempo declarar y confirmar con su autoridad los principios del orden moral que fluyen de la misma naturaleza humana" (Dignitatis humanare, 14).

Pidamos insistentemente a Cristo nuestro redentor la gracia de saber "discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, le complace a Él y perfecto". Es decir, el don de estar en la verdad para poner por obra la verdad.

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

*Las palabras del Apóstol, que hemos escuchado, nos indican el deber de la conciencia moral del hombre: "Discernir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto". Nuestra reflexión de hoy sobre el ethos de la Redención se basa en el Concilio Vaticano II: "La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios". Es el espacio tanto en el cual Dios habla al hombre.*

*Supliquemos a Cristo nuestro Redentor la gracia de poder "discernir cuál es la voluntad de Dios", es decir, el don de estar en la verdad para realizar siempre la verdad.*

## (24) La conciencia moral de la persona crece y madura en la Iglesia -24-8-1983

1. "...Para que no seamos ya niños que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que emplean astutamente los artificios del error para engañar" (Ef 4, 14).

Amadísimos: El Apóstol Pablo nos recuerda con estas palabras la necesidad de ser personas adultas en la fe, maduras en los juicios y en posesión de una conciencia moral capaz de dirigir nuestras opciones en armonía con "la verdad en la caridad" (ib., 15).

"Formar" la conciencia propia es tarea fundamental. La razón es muy sencilla: nuestra conciencia puede errar. Y cuando sobre ella prevalece el error, ocasiona el daño más grave para la persona humana, que es el de impedir que el hombre se realice a sí mismo subordinando el ejercicio de la libertad a la verdad.

Sin embargo, el camino hacia una conciencia moral madura ni iniciarse puede si el espíritu no está libre de una enfermedad mortal hoy muy difundida: la indiferencia respecto de la verdad.

Porque, ¿cómo podremos preocuparnos de que la verdad habite en nuestra conciencia si entendemos que estar en la verdad no es un valor de importancia decisiva para el hombre?

2. Numerosos son los síntomas de esta enfermedad. La indiferencia respecto de la verdad se manifiesta, por ejemplo, en la opinión de que en ética verdad y falsedad son sólo una cuestión de gustos, decisiones personales o condicionamientos culturales y sociales; o también, que basta realizar lo que pensamos sin más preocupación de si lo que pensamos es verdadero o falso; o asimismo, que nuestro agradar a Dios no depende de la verdad de lo que pensamos de Él, sino de creer con sinceridad en lo que profesamos. Es igualmente indiferencia respecto de la verdad, considerar más importante para el hombre buscar la verdad que alcanzarla puesto que, en definitiva, ésta se le escapa irremediabilmente; y en consecuencia, confundir el respeto debido a toda persona, cualesquiera que sean las ideas que profesa, con la negación de que existe una verdad objetiva.

Si en el sentido arriba indicado una persona es indiferente respecto de la verdad, no se ocupará de formarse la conciencia y tarde o temprano terminará por confundir la fidelidad a su conciencia con la adhesión a cualquier opinión personal o a la opinión de la mayoría.

¿De dónde nace esta gravísima enfermedad espiritual? Su origen último es el orgullo en el que reside la raíz de cualquier mal, según dice toda la Tradición ética de la Iglesia. El orgullo lleva al hombre a atribuirse el poder de decidir, cual árbitro supremo, lo que es verdadero y lo que es falso, o sea, a negar la trascendencia de la verdad respecto de nuestra inteligencia creada y a contestar, en consecuencia, el deber de abrirse a ella y recibirla cual don que le ha hecho la luz increada y no cual invención propia.

Así que resulta claro que el origen de la indiferencia respecto de la verdad se halla en lo hondo del corazón humano. No se llega a encontrar la verdad si no se la ama; no se conoce la verdad si no se quiere conocerla.

3. A "vivir según la verdad en la caridad" nos invita precisamente el Apóstol. Hemos señalado el punto de partida de la formación de la conciencia moral: el amor a la verdad. Ahora podemos indicar algunos "momentos" significativos de éste.

Uno de los frutos positivos que se esperan de la celebración del Año Santo extraordinario es que vuelva a la Iglesia la práctica asidua del sacramento de la penitencia. En el contexto de nuestra reflexión de hoy, la interpelación sobre este sacramento asume importancia particular.

Pues la "conversión del corazón" es el don más precioso de este acontecimiento de gracia. El corazón convertido al Señor y al amor al bien es la fuente última de los juicios verdaderos de la conciencia moral. Y, no lo olvidemos, para discernir concretamente lo que esta bien de lo que está mal no basta conocer la ley moral universal, si bien ello sea necesario, sino que se precisa una especie de "connaturalidad" entre la persona humana y el bien verdadero (véase, por ejemplo, Santo Tomás, S. Th. 2, 2 q. 45, a. 2).

En fuerza de esta "connaturalidad", casi por una forma de instinto espiritual, la conciencia se hace capaz de percibir en qué parte está el bien y, por consiguiente, la opción que se impone en un caso concreto. Pues bien, la gracia del sacramento de la penitencia celebrado asidua y fervorosamente produce en la persona humana esta "connaturalización" progresiva y más honda gradualmente con la verdad y el bien.

En el texto paulino de donde ha partido esta reflexión nuestra se dice que Cristo "constituyó a unos en apóstoles, a otros en profetas... para la edificación del Cuerpo de Cristo".

Ahora bien, la conciencia moral de la persona crece y se madura precisamente en la Iglesia; la Iglesia le ayuda a "no dejarse llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres".

En efecto, la Iglesia es "columna y fundamento de la verdad" (1 Tim 3, 15). De modo que la fidelidad al Magisterio de la Iglesia impide que la conciencia moral se desvíe de la verdad sobre el bien del hombre.

No es justo, por tanto, concebir la conciencia moral individual y el Magisterio de la Iglesia como dos contendientes, como dos realidades en lucha. La autoridad que posee el Magisterio por voluntad de Cristo existe a fin de que la conciencia moral alcance la verdad con seguridad y permanezca en ella.

*Muy queridos hermanos y hermanas:*

*El apóstol Pablo en la carta dirigida a la Comunidad cristiana de Éfeso hace presente la necesidad de ser personas adultas en la fe y de estar en posesión de una conciencia moral capaz de guiar nuestras opciones, en armonía con la "verdad en la caridad". No se adquiere la verdad, si no se la ama; no se conoce la verdad, si no se quiere conocerla.*

*La Iglesia es "columna y fundamento de la verdad". La fidelidad al Magisterio de la Iglesia impide que la conciencia moral se desvíe de la verdad sobre el bien del hombre. La autoridad de la que, por voluntad de Cristo, goza el Magisterio, existe para que la conciencia humana alcance la verdad y la posea siempre.*

*Como recuerdo de este encuentro espiritual en el Año Santo de la Redención, os aliento a dedicar vuestras vidas a la causa del Reino de Dios y de la comunidad humana. Que, a través del trato diario con Cristo, consigáis transformar vuestros corazones y la sociedad según las exigencias del Evangelio y de la Iglesia. Con afecto os imparto mi Bendición.*

## (25) Revestirse de Cristo -31-8-1983

1. "Vestíos del Señor Jesucristo", (Rom 13, 14). Estas palabras, muy amados hermanos y hermanas, nos dan la definición completa del ethos de la redención. Renacido del agua y del Espíritu, renovado y re-creado, el hombre ha recibido la vocación y tarea de vestirse del Señor Jesucristo, es decir, de asemejarse cada vez más a Cristo en pensamientos, decisiones y praxis cotidiana.

La razón profunda de este deber-ser del hombre redimido es que el acto redentor ha mudado realmente el ser de la persona humana, y su actuación es la realización del ser. El acto redentor ha inserto a la persona humana en Cristo haciéndola compartir la misma filiación divina del Verbo: somos hijos en el Hijo unigénito del Padre. Reiterando una enseñanza constante de la Iglesia, Santo Tomás escribe: "Por haber recibido Cristo en su humanidad la plenitud suma de la gracia, desde el momento en que es el Unigénito del Padre la gracia fluye de Él sobre los otros, de manera que el Hijo de Dios hecho hombre constituye a los hombres en hijos de Dios" (Compendium theologiae, c. 214). Esta unión profunda entre Cristo y los justificados exige a éstos "vestirse del Señor Jesucristo" y "tener" los mismos sentimientos que abrigó Cristo" (cf. Flp 2, 5). La praxis del cristiano no puede estar en contradicción con su ser.

2. De este modo nuestra humanidad alcanza la plenitud de su verdad. En efecto, hemos sido creados para llegar a ser hijos en el Hijo (cf. Ef 1, 5), predestinados a adecuarnos a la imagen del Hijo (cf. Rom 8, 29). Es Cristo la verdad entera del hombre (cf. Gaudium et spes, 22) y, en consecuencia, es Cristo la ley de la vida del hombre (cf. 1 Cor 9, 21).

Esta relación entre el hombre redimido y Cristo no debe concebirse como si Cristo fuese sólo un "modelo" a imitar puesto ante nosotros y fuera de nosotros. Nos ha sido dado el Espíritu Santo para que nos mueva desde dentro a actuar en Cristo y como Cristo. La ley de Cristo está escrita en nuestro corazón mediante el Espíritu.

"Los secretos de Dios nadie los conoce sino el Espíritu de Dios", nos advierte San Pablo (1 Cor 2, 11). El Espíritu Santo, tercera Persona de la Santísima Trinidad, es interior a Dios, conoce desde dentro, por así decir, los designios del Padre, sus secretos, y por eso los puede descubrir. "Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido", nos asegura también el Apóstol (ib., 12). Interior a Dios y morando en el corazón del redimido, el Espíritu actúa para que conozcamos "los dones que nos ha concedido" el Padre y asumamos este don.

¿Cuál es el don del Padre? ¡Oh! todo es don en la vida del cristiano. Es don el Hijo unigénito del Padre (cf. Jn 3, 16) en el que hemos sido creados. Es don el Espíritu Santo, Donum Dei altissimi (cf. Lc 11, 13). El Espíritu nos empuja a realizar nuestro ser en su verdad más íntima, transformándonos a imagen de Cristo. Antes de ser concebidos bajo el corazón de nuestra madre, cada uno hemos sido concebidos y pensados, es decir, queridos en el Corazón de Dios.

El Espíritu conoce el proyecto de Dios sobre nuestra vida. Guía nuestra existencia a que ésta realice en el tiempo nuestro ser ideal tal y como ha sido pensado en la eternidad.

3. "La noche va muy avanzada y se acerca ya el día" (Rom 13, 12): éste es el tiempo en el que estamos llamados a vestirnos del Señor Jesucristo. Es el tiempo que media entre el final de una noche y el comienzo de un día. Pues si es verdad que cada uno de nosotros

ha sido ya redimido, es igualmente verdad que la redención todavía no está completada en nosotros; esto se realizará cuando entremos en el día pleno de la vida eterna.

La consecuencia necesaria e inmediata de esta situación existencial del creyente es que éste debe vestirse de Cristo combatiendo contra el mal a base de mortificación y negación de sí mismo. "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y me siga", nos dice el Señor (Mt 16, 24 y par.)

El ethos de la redención es un ethos caracterizado por una fuerte tensión ascética, es ethos de lucha y combate contra todo lo que impida al cristiano "vestirse del Señor Jesucristo". Dice el Apóstol: "¿No sabéis que los que corren en el estadio todos corren, pero uno solo alcanza el premio? Corred, pues, de modo que lo alcancéis. Y quien se prepara para la lucha, de todo se abstiene, y eso para alcanzar una corona corruptible; mas nosotros para alcanzar una incorruptible" (1 Cor 9, 24-25).

Sólo gracias a este combate espiritual, la "forma de Cristo" puede penetrar en todos los estratos de la persona humana redimida y salvaguardar su libertad de adhesión al bien. En efecto, la libertad del creyente está siempre en peligro de autodestruirse por separarse de la verdad plena de Cristo y orientarse hacia una realización de sí no conforme con su destino trascendente. Por la ascesis el vínculo de la libertad con la verdad se robustece y revigoriza con firmeza cada vez mayor.

*Amadísimos hermanos y hermanas:*

*San Pablo, en su carta a los Romanos, nos da la definición del ethos de la Redención: "Revestíos del Señor Jesucristo". El hombre, renovado por el agua y el Espíritu, ha recibido la vocación a imitar en su vida cotidiana a Cristo, ya que la redención ha cambiado realmente el ser de la persona humana haciéndola partícipe de la misma filiación divina. De este modo nuestra humanidad alcanzará la plenitud de su verdad.*

*A todos os exhorto a seguir los ejemplos de Cristo Jesús y a ser sus testigos en el mundo. De corazón os imparto mi Bendición Apostólica.*

## CUARTA PARTE:

# EL SACRIFICIO DE CRISTO

## (26) La muerte y resurrección de Jesús -7-9-1983

1. "En nombre de Jesús Nazareno, a quien vosotros habéis crucificado, a quien Dios resucitó de entre los muertos..." (Act 4, 10). Estas palabras del Apóstol Pedro nos ponen delante con fuerza y globalmente la realidad del misterio de la redención.

Nos remontan a lo que sucedió hace 1950 años en el calvario. Se trata de un acontecimiento misterioso; comprenderlo plenamente supera la capacidad de la inteligencia humana, que jamás conseguirá penetrar hasta el fondo en el corazón del designio de Dios, realizado de manera inescrutable en la cruz.

Los rasgos esenciales de dicho acontecimiento nos lo han conservado las páginas del Nuevo Testamento y nos son bien conocidos. Después del hecho doloroso e incomprensible de la muerte del Maestro -recordemos la amargura de los dos discípulos de Emaús: "Lo han condenado a muerte y crucificado, y nosotros esperábamos que sería Él quien rescataría a Israel" (cf. Lc 24, 2-21)- los discípulos disfrutaron de la experiencia de Cristo vivo y resucitado. Y luego Pedro llegará a decir ante el Sanedrín de Jerusalén en nombre de los demás Apóstoles: "El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros habéis dado muerte suspendiéndolo de un madero" (Act 5, 30).

Lo que parecía derrota de Jesús, resultó en cambio su victoria definitiva gracias a la potencia de Dios que en Él venció la muerte. En la cruz de Cristo, muerte y vida se enfrentaron (mors et vita duello confluxere mirando) y la vida prevaleció sobre la muerte, el Dios de la vida triunfó sobre quienes querían la muerte. Este grito glorioso de la fe ante el anuncio de la resurrección de Cristo fue la comprensión primera y fundamental del "absurdo" hecho de la muerte del Maestro, a que llegó la comunidad primitiva.

2. Pero en aquella comprensión se incluía otra. Si Dios había resucitado a Jesús de la muerte, ello demostraba que dicha muerte entraba en los designios misteriosos de Dios, formaba parte del designio divino de la salvación. Por esto comenzó a proclamarse que la muerte de Jesús había ocurrido "según las Escrituras", "debía" ocurrir y estaba incluida en un designio más grande que envolvía a toda la humanidad.

Jesús mismo había iniciado a los discípulos en esta comprensión cuando, por ejemplo, les había dicho hablando a los discípulos en el camino de Emaús: "¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?" (Lc 24, 25-26). Y San Lucas también escribía un poco más adelante al narrar la despedida de Jesús de los suyos: "Les dijo: 'Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los profetas y en los Salmos de mí'. Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, y les dijo que así estaba escrito que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos, y que se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones" (Lc 24, 44-47). Y así, poco a poco, se iba desvelando el misterio.

Si la muerte de Jesús había tenido lugar según el designio de Dios contenido en las Escrituras, era una muerte "por nosotros", "por nuestros pecados", "por nuestra justificación", puesto que "en ningún otro hay salvación" (Act 4, 12). La profesión de fe que recuerda San Pablo a los corintios, dice: "Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras" (1 Cor 15, 3). Esto se afirma con fuerza en el anuncio apostólico de la muerte de Jesús. "Siendo pecadores, murió Cristo por nosotros" dice vigorosamente San

Pablo (Rom 5, 8). Y en la Carta a los Gálatas "se entregó por nuestros pecados" (Gál 1, 4). Y asimismo "me amó y se entregó por mí" (Gál 2, 20). Y San Pedro recuerda: "Cristo padeció por nosotros... Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz, para que muertos al pecado viviéramos para la justicia" (1 Pe 2, 21-24).

3. En las fórmulas recordadas no se hace distinción entre las expresiones "por nosotros" y "por nuestros pecados", pues todos somos pecadores y la muerte de Cristo debía cancelar el pecado de todos y hacernos posible la victoria sobre el pecado.

Este es, pues, el "gozoso anuncio" que no ha cesado de resonar en el mundo desde la mañana de Pascua: la muerte de Jesús en la cruz no fue el final sino el principio, fue sólo un triunfo aparente de la muerte. En realidad en aquel momento se verificó la victoria de Dios sobre la muerte y el mal. Su muerte figura en el centro de un gran designio de salvación delineado en las Escrituras del Antiguo Testamento y del Nuevo. Un designio que abarca a toda la humanidad, a cada hombre y a cada mujer personalmente. Cristo "fue dado" para nosotros, "fue entregado" a la muerte en nuestro favor para que fuéramos liberados de la fuerza destructora del pecado y de la desesperación de la muerte. Por esto, para el cristiano la cruz representa el signo de la liberación y la esperanza, después de haber sido instrumento de la victoria del Señor. Con razón, pues, canta la Iglesia el mismo día de Viernes Santo: "Vexilla regis prodeunt, fulget crucis misterium". "Avanzan las banderas del rey, resplandece el misterio de la cruz".

La cruz nos recuerda la entrega y el amor personal de Cristo por cada uno de nosotros. Vienen al pensamiento las palabras que Pascal pone en labios de Cristo: "En ti pensaba en mi agonía, por ti derramé algunas gotas de sangre" (Pensamientos núm. 533). Jesús ha realizado enteramente su parte, en Él se nos ha dado Dios y se nos ha hecho cercano. Ahora toca a nosotros corresponder con la vida y la voluntad a Aquel que "aniquiló la muerte y sacó a luz la vida y la incorrupción por medio del Evangelio" (2 Tim 1, 10).

*La lectura bíblica escuchada durante la Audiencia nos recordaba que Jesús murió por nosotros y resucitó luego de entre los muertos. En Él encontramos nuestra salvación y el motivo de nuestra esperanza, ya que nos libró del pecado y nos precede en la felicidad del paraíso. Ese misterio de gracia y salvación en Cristo es el gran tema sobre el que hemos de reflexionar en este Año Santo, a fin de hacer realidad en nuestra vida ese plan salvador de Dios, que nos llama a superar el pecado y vivir en justicia y santidad nuevas.*

## (27) Cristo murió por los hombres -14-9-1983

1. "Tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos" (Mc 10, 45).

Muy amados hermanos y hermanas: Con estas palabras pronunciadas durante su vida terrena, Jesús reveló a sus discípulos el significado verdadero de su existencia y de su muerte. Hoy, 14 de septiembre, día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, queremos detenernos a meditar sobre el significado de la muerte redentora de Cristo. Surge espontáneamente en nuestro ánimo esta pregunta: ¿Previó Jesús su muerte y la entendió como muerte por los hombres? ¿La aceptó y la quiso como tal?

De los Evangelios resulta claro que Jesús fue al encuentro de la muerte voluntariamente.

"Tengo que recibir un bautismo y ¡cómo me siento angustiado hasta que se cumpla!" (Lc 12, 50; cf. Mc 10, 39; Mt 20, 23). Podía haberlo evitado huyendo como algunos profetas perseguidos, por ejemplo Elías y otros. Pero Jesús quiso "subir a Jerusalén", "entrar en Jerusalén", purificar el templo, celebrar la última Cena pascual con los suyos, acudir al huerto de los Olivos "para que el mundo supiera que amaba al Padre y hacía lo que el Padre le había mandado" (cf. Jn 14. 31).

Es también cierto e innegable que fueron los hombres los responsables de su muerte.

"Vosotros le entregasteis y negasteis en presencia de Pilato -declara Pedro ante el pueblo de Jerusalén- cuando éste juzgaba que debía soltarlo. Vosotros negasteis al Santo y al Justo y pedisteis que se os hiciera gracia de un homicida. Disteis muerte al príncipe de la vida" (Act 3, 13-14). Tuvieron responsabilidad los romanos y los jefes de los judíos y, realmente, lo pidió una masa astutamente manipulada.

2. Casi todas las manifestaciones del mal, del pecado y del sufrimiento se hicieron presentes en la pasión y muerte de Jesús: el cálculo, la envidia, la vileza, la traición, la avaricia, la sed de poder, la violencia, la ingratitud por una parte y abandono por otra, el dolor físico y moral, la soledad, la tristeza y el desaliento, el miedo y la angustia. Recordemos las lacerantes palabras de Getsemaní: "Triste está mi alma hasta la muerte" (Mc 14, 34); y "lleno de angustia, refiere San Lucas, oraba con más insistencia; y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta la tierra" (Lc 22, 44).

La muerte de Jesús fue ejemplo eximio de honradez, coherencia y fidelidad a la verdad hasta el supremo sacrificio de sí. Por ello, la pasión y muerte de Jesús son siempre el emblema mismo de la muerte del justo que padece heroicamente el martirio para no traicionar su conciencia ni las exigencias de la verdad y la ley moral. Ciertamente la pasión de Cristo no cesa de asombrarnos por los ejemplos que nos ha dado. Lo constataba ya la Carta de San Pedro (cf. 1 Pe 2, 20-23).

3. Jesús aceptó su muerte voluntariamente. De hecho sabemos que la predijo en repetidas ocasiones; la anunció tres veces mientras subía a Jerusalén al decir que iba a "sufrir mucho... y ser muerto y al tercer día resucitar" (Mt 16, 21; 17, 22, 20, 18; y paralelos); y luego, ya en Jerusalén refiriéndose claramente a sí mismo, expuso la parábola del padre de familia a quien los agricultores ingratos le mataron al hijo (cf. Mt, 21, 33-34).

Y, en fin, en el momento supremo y solemne de la última Cena, Jesús resumió el sentido de su vida y de su muerte dándole significado de ofrenda hecha por los demás, por la multitud de los hombres, cuando habla de su "cuerpo entregado por vosotros", de su "sangre derramada por vosotros" (Lc 22, 19-20 y par.).

Por tanto, la vida de Jesús es una existencia para los demás, una existencia que culmina en una muerte-por-los-otros, comprendiendo en los "otros" a la entera familia humana con todo el peso de la culpa que lleva consigo ya desde los orígenes.

4. Y si nos fijamos luego en la narración de su muerte, las últimas palabras de Jesús proyectan más luz sobre el significado que da Él a su vida terrena. Los evangelistas nos refieren algunas de estas palabras. Lucas menciona el grito "Padre, en tus manos entrego mi espíritu" (Lc 23, 46); es el acto supremo y definitivo de la donación humana de Jesús al Padre. Juan alude a la inclinación de la cabeza y a las palabras "Todo está cumplido" (Jn 19, 30); es el summum de la obediencia al designio de "Dios que no ha mandado a su Hijo al mundo para juzgarlo sino para que el mundo sea salvo por Él" (Jn 3, 17). En cambio los evangelistas Mateo y Marcos ponen de relieve la invocación "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27, 26; Mc 15, 35) situándonos frente al gran dolor de Cristo que afronta el tránsito con un grito humanísimo y paradójico, que encierra de modo dramático la seguridad de la presencia de Quien en aquel momento parecía ausente: "Dios mío, Dios mío".

No hay duda de que Jesús concibió su vida y su muerte como medio de rescate (lytron) de los hombres. Nos hallamos en el corazón del misterio de la vida de Cristo. Jesús quiso darse por nosotros. Como escribió San Pablo, "Me amó y se entregó por mí" (Gál 2, 20).

## (28) El sacrificio de Cristo -21-9-1983

1. "Cristo nos amó y se entregó por nosotros en sacrificio a Dios de suave olor" (Ef 5, 2). Con estas palabras el Apóstol Pablo nos pone ante los ojos la pasión y muerte de Cristo usando la imagen, clásica y bien conocida para sus contemporáneos, del sacrificio. Fue un sacrificio agradable y acepto a Dios.

Tratemos de profundizar en el significado de este término que era más familiar a los antiguos que a nosotros. En efecto, los judíos tenían la experiencia de los muchos sacrificios ofrecidos en el templo; también los griegos y los romanos, por no citar a otros pueblos de la antigüedad, frecuentemente ofrecían e inmolaban a sus divinidades sacrificios de agradecimiento y propiciación. No es de extrañar, pues, que los Apóstoles y primeros discípulos de Jesús hayan visto en la muerte de Cristo el verdadero y gran sacrificio ofrecido una vez por todas por la salvación de todos los hombres.

A decir verdad, en el postremo encuentro con los Doce que se desarrolló en la intimidad de la última Cena pascual, Jesús les había iniciado en la comprensión del significado de su muerte al preanunciarla como el sacrificio de la Nueva Alianza que iba a ser sellada con su sangre.

Conocemos con seguridad sus palabras, referidas por los Evangelistas y por San Pablo: "Este es mi cuerpo... ésta es mi sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos para la remisión de los pecados" (Mt 26, 26-28).

Ciertamente la interpretación de la muerte de Cristo como sacrificio domina en todo el Nuevo Testamento. En el pasaje de la última Cena citado ahora, es clara la alusión al ritual seguido por Moisés en el momento de celebrar la Alianza entre Dios y el pueblo judío en el Monte Sinaí. En dicha ocasión Moisés tomó la mitad de la sangre de las víctimas sacrificadas y la derramó sobre el altar que representaba a Dios; y, después de haber leído a los presentes el libro de la ley, con la otra mitad de la sangre "asperjó al pueblo diciendo: Esta es la sangre de la Alianza que Yavé hace con vosotros sobre la base de todos estos preceptos" (cf. Ex 24, 4-8). Con este rito, una misma sangre unía a Dios y al pueblo con un vínculo sagrado inquebrantable de fidelidad recíproca, la Antigua Alianza.

2. Pero también a otros sacrificios podían recurrir los discípulos de Jesús para comprender su muerte en favor de los hombres. Entre ellos, el sacrificio del cordero pascual. En la muerte de Jesús el Evangelista Juan vio claramente el cumplimiento de la figura del cordero pascual (cf. Jn 19, 36). En la misma línea de interpretación escribía el Apóstol Pablo a los corintios: "Nuestra pascua, Cristo, ya ha sido inmolada" (1 Cor 5, 7).

De modo que se nos manda de nuevo al libro del Exodo, donde fijó Moisés el ritual de la inmolación del cordero, signo del alejamiento del pueblo de la esclavitud de Egipto y del paso al estado de libertad. La sangre del cordero, puesta en los dinteles de las puertas, era garantía de liberación de la destrucción y la muerte (cf. Ex 12, 1-14) y signo de llamada a la libertad.

La relación entre este rito y la muerte de Cristo la sugería el hecho de que ocurriese en el momento en que se inmolaban en el templo los corderos para la cena pascual.

Y, en fin, hay un tercer tipo de sacrificio que se pone en relación con la muerte de Jesús en el Nuevo Testamento. Es el sacrificio del gran Día de la Expiación que, según cuanto está escrito en el libro del Levítico, iba destinado a expiar y cancelar todas las culpas e

impurezas contraídas por el pueblo a lo largo del año. De acuerdo con indicaciones rituales precisas (cf. Lev 16, 1-16) el Sumo Sacerdote entraba en la parte más sagrada del santuario, en el Santo de los Santos, se acercaba al Arca de la Alianza y con la sangre de las víctimas inmoladas asperjaba el propiciatorio (el Kapporet) colocado sobre el Arca entre las imágenes de los querubines, considerado lugar de la presencia de Dios. Esta sangre representaba la vida del pueblo y con la aspersión de la misma en ese santísimo lugar de la presencia de Dios, se expresaba la voluntad irrevocable de unirse a Él y entrar en comunión con Él, eliminando así la separación y distancia provocadas por el pecado.

Con la ayuda de este ritual sobre todo el autor de la Carta a los Hebreos interpretó la muerte de Jesús en la cruz, haciendo notar la eficacia sobrepujante del sacrificio de Cristo que "no por la sangre de machos cabríos y becerros, sino por su propia sangre entró una vez en el santuario, realizada la redención eterna" (Heb 9, 12).

3. Jesús hizo este sacrificio en representación nuestra, en nuestro nombre y para nosotros, en virtud de la solidaridad con nuestra naturaleza que se ganó gracias a la encarnación. Y lo hizo en un acto de amor y obediencia espontánea, cumpliendo así el designio de Dios que lo había constituido en "Nuevo Adán" y mediador de su justicia salvífica y su misericordia para todos los hombres.

Por esto no vacila San Pablo en señalar en la cruz de Cristo el nuevo Kapporet, el nuevo propiciatorio, en el que Cristo derramó por nosotros la sangre de la reconciliación y de la comunión recobrada de la humanidad con Dios. "Todos pecaron -escribe- y todos están privados de la gloria de Dios; y ahora son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre" (Rom 3, 23-25).

"Mediante la fe en su sangre"; esta es la gran frase, el gran medio personal para obtener plenamente los frutos de la acción salvadora de Cristo. Los tres aspectos complementarios de alianza santificadora, redención liberadora y expiación purificante se integran mutuamente para darnos a entender algo del acto global de amor con que Cristo nos salvó obedeciendo al designio amoroso del Padre. Por tanto, podemos decir que el sacrificio de Cristo nos ha abierto el paso del pecado a la gracia, de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la comunión y la vida.

(29) La reconciliación, realizada por Cristo -28-9-1983

1. "El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito para que nosotros vivamos por Él" (1 Jn 4, 9).

En el origen de todo, queridísimos hermanos y hermanas, está el amor de Dios que, después de habernos admirablemente creado y llamado a la existencia junto con todas las creaturas, nos ha liberado y purificado de las culpas por medio de Jesucristo; Él ha expiado y borrado nuestros pecados y nos ha reintegrado en la gracia y en la comunión con Dios.

Este acto de Dios realizado por medio de Jesucristo es tan grande y misterioso que no hay palabra humana capaz de expresarlo adecuadamente. Los autores del Nuevo Testamento lo han llamado sacrificio de la nueva Pascua, sacrificio de la Nueva Alianza, sacrificio de la gran Expiación; pero sabían bien que ninguno de estos términos puede expresar en su totalidad el acto redentor de Cristo, en el cual se ha manifestado el designio misericordioso de Dios, paternalmente preocupado de nuestra suerte. Por eso, además de las imágenes del sacrificio, han recurrido a palabras e imágenes sacadas de su experiencia tanto religiosa como profana.

Efectivamente, en el Nuevo Testamento leemos que Jesús ha expiado por nosotros; que Dios nos ha redimido en Cristo, que nos ha comprado, pacificado, liberado, purificado, lavado de nuestras culpas e impurezas.

2. Fijemos un momento nuestra atención en algunas de estas palabras. Ellas designan ante todo una condición de la cual hemos sido quitados, un dato negativo, oscuro de servidumbre, de corrupción, de peligro, de alienación, de ruina, de enemistad; y un estado nuevo de santidad, de libertad y de vida, en el que hemos sido colocados.

De un estado de muerte y de pecado hemos sido trasladados a un estado de liberación y de gracia.

Para comprender a fondo el don de la salvación, hay que comprender antes el mal inmenso que es el pecado, *quanti ponderis sit peccatum* (San Anselmo). El Concilio Vaticano II tras haber presentado en el número 27 de la Constitución *Gaudium et spes* un horrible elenco de pecados de nuestro tiempo, dice: "todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador". Las últimas palabras recuerdan la bien conocida definición del pecado, como ofensa a Dios desobedeciendo a su ley, que es ley de amor. Por nuestra parte, todos somos más o menos conscientes de esa desobediencia.

Todos pecamos de alguna manera, dañando la gloria y el honor de Dios (cf. Rom 3, 23).

Pues bien, la muerte de Cristo nos libra de nuestros pecados, ya que la redención es esencialmente la destrucción del pecado.

3. Ahora podemos comprender mejor el vocabulario de la redención, es decir, los términos con los cuales ha hablado de ella el Nuevo Testamento, testimoniando la fe de los Apóstoles y de la primera comunidad cristiana.

Una de las expresiones más comunes es la de la redención a *polytrosis*. Cuando decimos que Jesús nos ha "redimido" usamos una imagen que significa liberación de la esclavitud,

de la prisión, entiéndese, del pecado. Como Dios liberó a su pueblo de la servidumbre de Egipto, de la misma forma que se libera a un prisionero pagando el rescate, como se recupera una cosa estimada que ha pasado a ser posesión de otro, así Dios nos ha rescatado mediante la sangre de Cristo. Escribe San Pedro: "Considerando que habéis sido rescatados de vuestro vano vivir según la tradición de vuestros padres, no con plata y oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha" (1 Pe 1, 18-19).

Otro término clásico es el de expiación: Jesús ha expiado nuestros pecados.

Escribe por ejemplo San Juan: Dios nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados" (1 Jn 4, 10), "y no sólo por nuestros pecados, sino por los de todo el mundo" (1 Jn 2, 2). En el lenguaje bíblico "expiación" significa eliminación, purificación, destrucción de la culpa y de sus efectos ruinosos. Por medio de la muerte de Cristo y su ofrecimiento total al Padre, el pecado del hombre queda eliminado, destruido y el hombre se purifica haciéndose grato a Dios.

4. Pero para designar la obra de Cristo hay una forma que es la más clara e inteligible para nosotros, es la tomada de la experiencia de la reconciliación: por la muerte de Cristo nosotros hemos sido reconciliados con Dios. El autor de la reconciliación es Dios que la ha querido libremente, Jesucristo ha sido el agente y el mediador; el hombre es el destinatario.

Efectivamente, la reconciliación desciende de Dios al hombre y le transforma mediante Jesucristo, creando en él un ser nuevo, haciéndole pasar de un modo de existencia a otro; y abriéndole la posibilidad de reconciliación, con Dios, y además con los hermanos.

El Año Santo quiere ser sobre todo esto: una invitación consciente y apasionada a abrir el corazón al don divino de la reconciliación.

(30) La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia, tema del Sínodo Episcopal -5-10-1983

1. "Os lo pedimos por Cristo: dejaos reconciliar con Dios" (2 Cor 5, 20).

Queridísimos hermanos y hermanas: Estas palabras del Apóstol Pablo nos hacen pensar espontáneamente en uno de los acontecimientos más importantes de este Año Santo de la Redención, es decir, en la Asamblea General del Sínodo de los Obispos, que se está celebrando estos días en Roma. Más de 200 Pastores que han llegado aquí de todas las partes del mundo tratan sobre "la reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia". La Iglesia tiene la misión de llevar a todos los pueblos la redención, esto es, la reconciliación que el Padre ha ofrecido y sigue ofreciendo a cada uno de los hombres con la muerte y resurrección de su Hijo. El tema y la finalidad del Sínodo están, pues, en plena sintonía con el significado íntimo de la redención y del Año Santo.

Ya en sus documentos preparatorios el Sínodo invita al hombre a buscar las causas profundas de su drama, a tomar conciencia clara de su fragilidad, pero también de su aspiración al bien.

Porque -como ha puesto de relieve el Concilio Vaticano II,- "los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre (...). Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad" (Gaudium et spes, 10).

2. Pero el Sínodo no se detiene aquí. Indica además el camino de la liberación de las cadenas del pecado, a la que el hombre aspira interiormente, y remite a la grandeza de la misericordia divina.

Efectivamente, nosotros, pecadores, nos convertimos gracias a la iniciativa de Dios: "Porque, a la verdad, Dios estaba reconciliando al mundo consigo en Cristo" (2 Cor 5, 19). Lo reconocemos humildemente con las palabras de la cuarta plegaria eucarística del Misal Romano: "Cuando por su desobediencia el hombre perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca".

La iniciativa misericordiosa de Dios se renueva continuamente. La voz de Dios interpela a cada uno de los pecadores, como un día a Adán después del pecado: "¿Dónde estás?" (Gén 3, 9). Y el hombre es capaz de escuchar la propia conciencia; si el pecado original dejó en él heridas profundas, sin embargo no ha corrompido su fundamental capacidad de escuchar, con la ayuda de la gracia, y de seguir la voz de la conciencia, de elegir el bien en vez del mal, de decidir como el hijo pródigo: "Me levantaré e iré a mi padre y le diré: padre, he pecado contra el cielo y contra ti" (Lc 15, 18).

La iniciativa del amor misericordioso de Dios para con el hombre alienado por el pecado está pidiendo la respuesta del hombre, la conversión, el retorno a Dios, la prontitud para abrazar a los hermanos, para confesar los propios pecados, para reparar sus consecuencias y conformar la propia vida de acuerdo con la voluntad del Padre.

Así, en virtud de la muerte y resurrección de Cristo, por obra del Espíritu Santo, el hombre se convierte en "nueva criatura" (2 Cor 5, 17), hombre nuevo (cf. Gál 6, 15), y por medio de la obra de la reconciliación la humanidad misma se convierte en una nueva comunidad

humana (cf. Ef 2, 14-18) donde reina abundantemente la paz con Dios y con los hermanos.

3. El Sínodo está llamado a profundizar la importancia de la redención en la misión de la Iglesia y a estudiar los caminos para un cumplimiento cada vez mejor de esta misión. Nuestro Señor, antes de subir al cielo, confió a los Apóstoles y a sus sucesores la misión de anunciar a todas las gentes el Evangelio, que es esencialmente la "buena nueva" de la reconciliación con Dios; de bautizarles para el perdón de los pecados, y de desatar o atar, en nombre de Dios, los pecados: "Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos" (Jn 20, 23; cf. Mt 18, 28).

El Sínodo está estudiando cómo se entiende y se aplica en la Iglesia la fuerza renovadora del sacramento de la penitencia, don que brotó del corazón traspasado del Salvador, un don que ha sido durante siglos, y lo es también hoy, fuente de renovación y de paz interior y exterior, instrumento de maduración y de crecimiento, escuela de santidad, palestra de nuevas vocaciones. De la conversión, que es ratificada y consolidada en este sacramento, toma origen toda verdadera y profunda reforma de las costumbres, de la vida y de la sociedad; aquí se echan las bases para un nuevo orden moral en la familia, en el trabajo, en el sector económico, social y político. Si es verdad que "del corazón del hombre provienen las malas intenciones", también es verdad que este corazón es capaz de escuchar la voz del Padre, de pedir y obtener el perdón, de resurgir a vida nueva, de renovarse a sí mismo y el ambiente que le rodea.

Recemos, pues, todos al Espíritu Santo a fin de que corrobore a los Pastores reunidos en el Sínodo y los guíe en sus deliberaciones. Oremos para que el mismo Sínodo, celebrado este Año Jubilar de la Redención, ayude a todas las conciencias a reavivar el sentido de Dios y del pecado, a captar la grandeza de la misericordia de Dios y la importancia del sacramento de la penitencia para el crecimiento de los cristianos, la renovación espiritual de la Iglesia, la moralización de la sociedad.

## QUINTA PARTE:

# EL HOMBRE ANHELA LA REDENCIÓN

## (31) El hombre anhela la redención -12-10-1983

1. "Díjole la mujer: Señor, dame de esa agua para que no sienta más sed" (Jn 4, 15). La petición de la samaritana a Jesús manifiesta, en su significado más profundo, la necesidad insaciable y el deseo inagotable del hombre. Efectivamente, cada uno de los hombres digno de este nombre se da cuenta inevitablemente de una incapacidad congénita para responder al deseo de verdad, de bien y de belleza que brota de lo profundo de su ser. A medida que avanza en la vida, se descubre, exactamente igual que la samaritana, incapaz de satisfacer la sed de plenitud que lleva dentro de sí.

Desde hoy hasta Navidad, las reflexiones de este encuentro semanal versarán sobre cómo el hombre anhela la redención. El hombre tiene necesidad de Otro, vive, lo sepa o no, en espera de Otro, que redima su innata incapacidad de saciar las esperas y esperanzas.

Pero, ¿cómo podrá encontrarse con Él? Para este encuentro resolutivo es condición indispensable que el hombre tome conciencia de la sed existencial que lo aflige y de su impotencia radical para apagar su ardor. El camino para llegar a esta toma de conciencia es, para el hombre de hoy como para el de todos los tiempos, la reflexión sobre la propia experiencia. Ya lo había intuido la sabiduría antigua. ¿Quién no recuerda la inscripción que destacaba bien a la vista en el templo de Apolo en Delfos? Decía precisamente: "Hombre, concóctete a ti mismo". Este imperativo, expresado de modos y formas diversas incluso en las más antiguas áreas de la civilización, ha atravesado la historia y se lo vuelve a proponer con idéntica urgencia también el hombre contemporáneo.

El Evangelio de Juan en algunos episodios relevantes demuestra muy bien cómo Jesús mismo, al manifestarse como Enviado del Padre, hizo hincapié en esta capacidad que el hombre posee para captar su misterio reflexionando sobre la propia experiencia. Baste pensar en el citado encuentro con la samaritana, o también en los encuentros con Nicodemo, la adúltera o el ciego de nacimiento.

2. Pero, ¿cómo definir esta experiencia humana profunda que indica al hombre el camino de la auténtica comprensión de sí mismo? Es el cotejo continuo entre el yo y su destino. La verdadera experiencia humana tiene lugar solamente en la apertura genuina a la realidad que permite a la persona, entendida como ser singular y consciente, pleno de potencialidades y necesidades, capaz de aspiraciones y deseos, conocerse en la verdad de su ser.

¿Y cuáles son las características de tal experiencia, gracias a la cual el hombre puede afrontar con decisión y seriedad la tarea del "conóctete a ti mismo", sin perderse a lo largo del camino de esa búsqueda? Dos son las condiciones fundamentales que debe respetar.

Ante todo, deberá aceptar apasionadamente el complejo de exigencias, necesidades y deseos que caracterizan su yo. En segundo lugar, debe abrirse a un encuentro objetivo con toda la realidad.

San Pablo no cesa de evocar en los cristianos estas características fundamentales de toda experiencia humana cuando subraya con vigor: "Todo es vuestro; y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios" (1 Cor 3, 22-23), o cuando invita a los cristianos de Tesalónica a "probarlo todo y quedarse con lo bueno" (1 Tes 5, 21). En este continuo cotejo con la realidad en la búsqueda de lo que corresponde, o no, al propio destino, el hombre tiene la experiencia elemental de la verdad, aquella que los Escolásticos y Santo Tomás han

definido de modo admirable como "adecuación del entendimiento a la realidad" (Santo Tomás, *De veritate*, q. 1, a 1, corpus).

3. Si para que la experiencia sea verdadera, debe ser integral y abrir el hombre a la totalidad, se comprende bien dónde está para el hombre el riesgo del error: deberá guardarse de toda parcialidad. Tendrá que vencer la tentación de reducir la experiencia, por ejemplo, a meras cuestiones sociológicas o a elementos exclusivamente psicológicos. Así como habrá de temer el tomar por experiencia esquemas y "prejuicios" que le propone el ambiente donde normalmente vive y actúa: prejuicios tanto más frecuentes y peligrosos hoy porque eran encubiertos por el mito de la ciencia o por la presunta plenitud de la ideología.

¡Qué difícil resulta para el hombre en el mundo de hoy arribar a la playa segura de la experiencia genuina de sí, en la que puede entrever el verdadero sentido de su destino! Está continuamente asechado por el riesgo de ceder a los errores de perspectiva que, haciéndole olvidar su naturaleza de "ser" hecho a imagen de Dios, le dejan luego en la más desoladora de las desesperaciones o, lo que es peor aún, en el cinismo más inexpugnable.

A la luz de estas reflexiones, qué liberadora aparece la frase que pronunció la samaritana: "Señor..., dame de esa agua para que no sienta más sed"... Realmente vale para todo hombre, más aún, mirándolo bien, es una profunda descripción de su misma naturaleza.

En efecto, el hombre que afronta seriamente sus problemas y observa con ojos limpios su experiencia según los criterios que hemos expuesto, se descubre más o menos conscientemente como un ser a la vez lleno de necesidades, para las que no sabe encontrar respuesta, y traspasado por un deseo, por una sed de realización de sí mismo, que no es capaz él solo de satisfacer.

El hombre se descubre así colocado por su misma naturaleza en actitud de espera de Otro que complete su deficiencia. En todo momento impregna su existencia una inquietud, como sugiere Agustín al comienzo de sus Confesiones: "Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti" (Confesiones 1, 1). El hombre, al tomar en serio su humanidad, se da cuenta de estar en una situación de impotencia estructural!

Cristo es quien lo salva. Sólo Él puede sacarlo de esta situación en que se encuentra, colmando la sed existencial que le atormenta.

## (32) El sentido religioso en el hombre -19-10-1983

1. "¿Qué es el hombre y de qué sirve? ¿Qué tiene de bueno y qué de malo?" (Sir 18, 7).

Los interrogantes que plantea la página del libro del Sirácida, que acabamos de escuchar -interrogantes a los que hace eco toda la literatura bíblica sapiencial, la cual ha reflexionado igualmente sobre el sentido del nacimiento, de la muerte y de la fragilidad del hombre-, detectan un nivel de la experiencia humana absolutamente común a todos los hombres. Estos interrogantes están en el corazón de cada uno de los hombres, como lo demuestra muy bien el genio poético de todos los tiempos y de todos los pueblos, el cual, como profecía de la humanidad propone continuamente la "pregunta seria" que hace al hombre verdaderamente tal.

Esos interrogantes expresan la urgencia de encontrar un porqué a la existencia, a cada uno de sus instantes, a las etapas importantes y decisivas, así como a sus momentos más comunes.

En estas cuestiones aparece un testimonio de la razonabilidad profunda del existir humano, puesto que la inteligencia y la voluntad del hombre se ven solicitadas en ellas a buscar libremente la solución capaz de ofrecer un sentido pleno a la vida. Por tanto, estos interrogantes son la expresión más alta de la naturaleza del hombre: en consecuencia, la respuesta a ellos expresa la profundidad de su compromiso con la propia existencia.

2. Especialmente, cuando se indaga el "porqué de las cosas" con totalidad en la búsqueda de la respuesta última y más exhaustiva, entonces la razón humana toca su culmen y se abre a la religiosidad. En efecto, la religiosidad representa la expresión más elevada de la persona humana, porque es el culmen de su naturaleza racional. Brota de la aspiración profunda del hombre a la verdad y está en la base de la búsqueda libre y personal que el hombre realiza sobre lo divino.

En esta perspectiva se capta la importancia de la enseñanza conciliar que, a propósito de la libertad religiosa, afirma: "La exigencia de libertad en la sociedad humana mira sobre todo a los bienes del espíritu humano, principalmente a aquellos que se refieren al libre ejercicio de la religión en la sociedad" (Dignitatis humane, 1).

La actitud religiosa del espíritu humano es como una especie de capacidad connatural a nuestro mismo ser. Por lo cual, nunca se pueden borrar en el corazón del hombre las preguntas y respuestas sobre el significado último de las cosas.

Por mucho que nos obstinemos en refutarlas y contradecirlas en la propia existencia, no llegaremos a silenciarlas. Cada hombre -el más superficial o el más docto, el más acérrimo defensor o el más encarnizado opositor de la religión- para vivir, debe dar, y de hecho da, una respuesta a esta cuestión radical.

La existencia y la universalidad de la pregunta sobre el sentido de la vida encuentran su confirmación más clamorosa en el hecho de que quien la niega, está obligado a afirmarla en el instante mismo en que la niega. He aquí la contraprueba más sólida del fundamento metafísico del sentido religioso del hombre. Y esto se halla en perfecta armonía con todo lo que acabamos de decir sobre la religiosidad como culmen de la razonabilidad.

El sentido religioso en el hombre no depende en sí de su voluntad, sino que es iniciativa de quien lo ha creado. El descubrimiento del sentido religioso es, pues, el primer resultado

que consigue el hombre, si afronta seriamente la experiencia de impotencia estructural que lo caracteriza.

3. La tradición religiosa llama "Dios" a la respuesta cabal a la pregunta última y exhaustiva sobre la existencia. La Biblia, en la cual está probada de modos variadísimos y dramáticos la presencia universal del sentido religioso en el hombre, señala esta respuesta fundamental en el Dios vivo y verdadero. Sin embargo, en los momentos de la tentación y del pecado, Israel fabrica el ídolos, el dios falso e inerte.

Lo mismo le ocurre al hombre de todo tiempo, también del nuestro. A la pregunta sobre su destino último puede responder reconociendo la existencia de Dios, o sustituyéndolo con una caricatura de invención propia, con un ídolo, como por ejemplo, el dinero, lo útil, o el placer.

Por esto, San Pablo advierte duramente en la Carta a los Romanos: "Alardeando de sabios, se hicieron necios, y trocaron la gloria de Dios incorruptible por la semejanza del hombre corruptible, y de aves, cuadrúpedos y reptiles" (Rom I, 22-23). ¿Acaso no se encierra en este juicio de Pablo el sentido de lo ineludible que resulta la pregunta religiosa en el hombre?

La enérgica inclinación del sentido religioso, como voz de Dios, luz de su rostro impresa en nuestra mente, está alerta en el espíritu de cada hombre. Ya la actúe en el reconocimiento de Aquel de quien depende todo su ser, frágil y espléndido, o ya trate de huir de Él, siguiendo desvariados y parciales motivos para su existencia; la inclinación del sentido religioso estará siempre en la raíz del ser humano, creado por Dios a su imagen y semejanza. Efectivamente, sólo Dios puede apagar plenamente la sed del espíritu humano, que tiende instintivamente al Bien infinito.

Nosotros, que creemos en Cristo y que en este Año Santo extraordinario de la Redención queremos llevar con honor el glorioso nombre de cristianos, oremos a fin de que cada uno de los hombres acoja la opción fundamental a la que el sentido religioso inclina su mente.

## (33) Hombres nuevos -26-10-1983

1. El Apóstol Pablo, queridísimos hermanos y hermanas, nos ha hablado de "hombres que aprisionan la verdad con la injusticia" (cf. Rom 1, 18), acabando por equivocarse el camino que, a través de la experiencia del mundo creado, debería haberlos llevado a Dios. De ese modo queda frustrado el anhelo incontenible hacia lo Divino, que apremia en el corazón de cada uno de los hombres capaces de reflexionar seriamente sobre la propia experiencia de hombre.

¿Cuáles son los escollos en los que más frecuentemente se encalla la navecilla del hombre con rumbo hacia lo Infinito? En rápida síntesis podríamos clasificarlos en tres grandes categorías de errores.

En primer lugar está esa especie de arrogancia, de "hybris", que lleva al hombre a desconocer el hecho de ser criatura, estructuralmente dependiente, como tal, de Otro. Es una ilusión que se halla presente con particular pertinacia en el hombre de hoy. Hijo de las pretensiones modernas de autonomía, deslumbrado por el propio esplendor ("...me has hecho como un prodigio": Sal 139, 13), olvida que es criatura. Como nos enseña la Biblia sufre el atractivo de la tentación de erigirse contra Dios con el argumento insinuante de la serpiente en el Paraíso terrenal: "Seréis como Dios" (Gén 3, 5).

En realidad hay en el hombre algo divino. A partir de la Biblia, la gran tradición cristiana ha proclamado siempre esta verdad profunda con la doctrina de la Imago Dei. Dios ha creado al hombre a su imagen. Tomás y los grandes Escolásticos expresan esta verdad con las palabras del Salmo: "Brille sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor" (Sal 4, 7). Pero la fuente de esta luz no está en el hombre, está en Dios. Efectivamente, el hombre es criatura. En él se capta solamente el reflejo de la gloria del Creador.

Incluso el que no conoce a Jesucristo, pero afronta con seriedad la propia experiencia de hombre, no puede menos de darse cuenta de esta verdad, no puede dejar de percibir con cada una de las fibras de su ser, desde el interior de la misma existencia, esta presencia de Otro mayor que él, de quien dependen realmente el juicio y la medida del bien y del mal. San Pablo es categórico en este sentido: considera a los romanos responsables de sus pecados porque "...desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras..." (Rom 1, 20).

Cuando el hombre no se reconoce dependiente de Dios a quien la liturgia define como "Rerum... tenax vigor" (Breviario Romano, Himno de Nona), entonces inevitablemente acaba por extraviarse. Su corazón pretende ser medida de la realidad, reputando como inexistente lo que ella no puede medir. Análogamente su voluntad ya no se siente interpelada por la ley que el Creador ha puesto en su mente (cf. Rom 7, 23) y cesa de ir tras el bien porque se siente también atraída. Al juzgarse árbitro absoluto ante la verdad y el error, se los imagina, engañándose, como indiferentemente equidistantes. Así desaparece del horizonte de la experiencia humana la dimensión espiritual de la realidad y, consiguientemente, la capacidad de percibir el misterio.

¿Cómo podrá, en tal circunstancia, darse cuenta el hombre de esa tensión que lleva en sí entre su carga de necesidades y su incapacidad para resolverlas? ¿Cómo podrá percatarse de la punzante contradicción entre su deseo del Ser y Bien Infinito y su vivir limitado como ente entre los entes? ¿Cómo podrá tener experiencia auténtica de sí, captando en las raíces más profundas de su ser el anhelo por la redención?

2. El segundo tipo de error que impide una experiencia humana auténtica, es el que lleva al hombre a intentar apagar en sí toda pregunta y todo deseo que vayan más allá de su ser limitado, para encerrarse en lo que posee. Quizá es el más triste de los modos en que el hombre pueda olvidarse de sí mismo, porque implica una verdadera y propia alienación: se hace ajeno al propio ser más verdadero para difuminarse en los bienes que se poseen y que se pueden consumir.

Ciertamente no es despreciable el esfuerzo que realiza el hombre para dar una seguridad material y social a sí mismo y a los suyos. Resulta maravillosa la búsqueda de solidez y consistencia con que la naturaleza, por medio del complejo fenómeno del amor, lleva al hombre a la mujer y la mujer al hombre. Pero, ¡qué fácil es prácticamente que estas laudables seguridades humanas queden reducidas a parcialismos o desesperanzas capaces de encender en el hombre espejismos ilusorios y falsas esperanzas! Jesús en el Evangelio tiene expresiones terribles contra este pecado (cf. Lc 12, 16-21).

También en este caso el hombre se priva de una experiencia humana integral, porque no reconoce su verdadera naturaleza de criatura espiritual y deja como morir en su corazón todo anhelo a esa verdad sobre sí que lo abra al don admirable de la redención.

3. El tercer tipo de error, en que cae el hombre en la búsqueda de su genuina experiencia, se manifiesta cuando invierte todas sus energías -inteligencia, voluntad, sensibilidad- en una interminable y exasperante búsqueda dirigida sólo a su interioridad. De este modo se hace incapaz de darse cuenta de que toda experiencia psicológica exige, para realizarse, la aceptación de la realidad objetiva, alcanzada la cual, el sujeto puede retornar sobre sí de modo perfecto. El hombre que se cierra en esta soledad psicológica voluntaria se vuelve incapaz de cualquier comunicación objetiva con la realidad. Para este tipo humano, egoísta y patético, el otro termina siendo reducido a un fantasma al que se puede instrumentalizar fácilmente.

Pero el hombre que se opone a la necesidad innata de abrirse a la realidad como es en sí misma y a la vida con su dramática verdad, se yergue, en último análisis, contra su Autor, cerrándose la posibilidad de hallar en Él la respuesta que es la única que puede satisfacerle.

Queridísimos: La importancia de haber evocado estas dificultades del hombre, al vivir su integral experiencia humana, está en el hecho de que también nosotros en este Año Santo de la Redención nos sentimos llamados de nuevo a la necesidad apremiante de ser hombres nuevos por nuestra fe. También nosotros que hemos encontrado a Cristo, el Redentor, debemos estar siempre y de nuevo rectos ante Él, venciendo en nosotros la tentación del pecado, a fin de que "Él pueda llevar a cabo la obra que en nosotros comenzó" (Flp 1, 6)

## (34) Nuestros hermanos, los difuntos -2-11-1983

## 1. "Espero la resurrección de los muertos y la vida eterna".

Hoy, conmemoración litúrgica de los difuntos, nuestro pensamiento se dirige a la muchedumbre de los hermanos que nos han precedido en la gran meta de la eternidad.

Estamos invitados a reanudar con ellos, en lo íntimo del corazón, el diálogo que la muerte no debe interrumpir.

No hay persona que no tenga parientes, amigos, conocidos que recordar. No hay familia que no se remonte al tronco originario, con sentimientos de nostalgia, de piedad humana y cristiana.

Pero nuestro recuerdo quiere ir más allá de los legítimos y entrañables vínculos afectivos y extenderse al horizonte del mundo. De este modo llegamos a todos los muertos, dondequiera que estén sepultados, en cada uno de los ángulos de la tierra, desde los cementerios de las metrópolis a los de la aldea mas modesta. Elevemos por todos, con corazón fraterno, la piadosa invocación de sufragio al Señor de la vida y de la muerte.

## 2. El día de la conmemoración de todos los difuntos debe ser una jornada de reflexión, especialmente en la ocasión extraordinaria del Año Jubilar de la Redención que estamos celebrando.

Efectivamente, la conmemoración de los difuntos nos hace meditar ante todo sobre el mensaje escatológico del cristianismo: por la palabra reveladora de Cristo, el Redentor, nosotros estamos seguros de la inmortalidad del alma. En realidad, la vida no se cierra en el horizonte de este mundo: el alma, creada directamente por Dios, cuando llegue el fin fisiológico del cuerpo, seguirá siendo inmortal, y nuestros mismos cuerpos resucitarán transformados y espiritualizados. El significado profundo y decisivo de nuestra existencia humana y terrena está en nuestra inmortalidad "personal": Jesús vino a revelarnos esta verdad. El cristianismo es ciertamente también un "humanismo" y propugna con fuerza el desarrollo integral de cada uno de los hombres y de cada pueblo, asociándose a todos los movimientos que quieren el progreso individual y social; pero su mensaje es esencialmente ultraterreno, planteando todo el sentido de la existencia en la perspectiva de la inmortalidad y de la responsabilidad. Por lo tanto, las muchedumbres inmensas de los que, en los siglos pasados, han alcanzado ya el término de la propia vida, están todos vivos; nuestros queridos difuntos están aún vivos y también presentes, de algún modo, en nuestro caminar cotidiano. "La vida no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo" (Prefacio de Difuntos).

## 3. En segundo lugar, esta jornada nos hace pensar justamente en la fragilidad y en lo precario de nuestra vida, en la condición mortal de nuestra existencia. ¡Cuántas personas han pasado ya por esta tierra nuestra! ¡Cuántos, que un día estaban con nosotros con su cariño y su presencia, ya no están! Somos peregrinos en la tierra y no estamos seguros de la amplitud del tiempo que se nos ha concedido. El autor de la Carta a los Hebreos advierte reflexivamente: "Está establecido morir una vez, y después de esto, el juicio" (Heb 9, 27). El Año Santo de la Redención nos recuerda especialmente que Cristo vino a traer la "gracia" divina, a redimir a la humanidad del pecado, a perdonar las culpas. La realidad de nuestra muerte nos recuerda la advertencia apremiante del Divino Maestro: "Velad" (cf. Mt 24, 32; 25, 13; Mc 13, 25).

Debemos vivir, pues, en gracia de Dios, mediante la oración, la confesión frecuente, la Eucaristía; debemos vivir en paz con Dios, con nosotros mismos y con todos.

4. Toda la enseñanza y toda la actitud de Jesús se proyectan hacia las realidades eternas, con miras a las cuales el Divino Maestro no duda en pedir renunciaciones y sacrificios graves. La realidad de nuestra muerte no debe volver triste la vida ni bloquearla en sus actividades; sólo debe hacerla extremadamente seria. El autor de la Carta a los Hebreos nos advierte que "no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura" (Heb 13, 14), y San Pablo se hace eco con una expresión de vivo realismo: "Castigo mi cuerpo y lo esclavizo" (1 Cor 9, 27). Efectivamente, sabemos que "los padecimientos del tiempo presente son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros" (Rom 8, 18).

5. Queridísimos hermanos y hermanas: Las reflexiones que nos sugiere la conmemoración de los difuntos nos hacen entrar en el gran capítulo de los "Novísimos" - muerte, juicio, infierno y gloria-. Es la perspectiva que debemos tener ininterrumpidamente ante los ojos, es el secreto para que la vida tenga siempre plenitud de significado y se desenvuelva cada día con la fuerza de la esperanza.

Meditemos frecuentemente los Novísimos y comprenderemos cada vez mejor el sentido profundo de la vida.

*Hoy, día de difuntos, nuestro pensamiento se dirige a los hermanos que nos han precedido en el camino hacia la eternidad. La Conmemoración litúrgica evoca el mensaje escatológico del Cristianismo que nos confirma sobre la inmortalidad del alma. El significado profundo de la existencia humana y terrena está en nuestra inmortalidad "personal". Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios, ha venido al mundo para revelarnos esta verdad fundamental.*

*Unidos en la esperanza, elevamos nuestra plegaria por todos los difuntos.*

## (35) El hombre, ser limitado con ansia de eternidad -9-11-1983

1. El pasaje del Sirácida que acabamos de escuchar, queridísimos hermanos y hermanas, nos invita a reflexionar sobre el misterio del hombre: este ser "formado de la tierra", a la que está "destinado a volver de nuevo", y sin embargo, "creado a imagen de Dios" (cf. Sir 17, 1 y 3); esta criatura efímera, a la que "señaló un número contado de días" (ib., v. 2) y a la que, a pesar de esto, tiene ojos capaces de "contemplar la grandeza de la gloria de Dios" (ib. v. 11).

En este misterio originario del hombre radica la tensión existencial que siente en toda experiencia. El deseo de eternidad, presente en él por el reflejo divino que brilla en su rostro, se enfrenta con la incapacidad estructural para realizarlo, y mina todo su esfuerzo. Uno de los grandes pensadores cristianos de comienzos de siglo, Maurice Blondel, que dedicó gran parte de su vida a reflexionar sobre esta misteriosa aspiración del hombre a lo infinito, escribía: "Nos sentimos obligados a querer convertirnos en lo que por nosotros mismos no podemos ni alcanzar ni poseer... Porque tengo la ambición de ser infinitamente, siento mi impotencia: yo no me he hecho, no puedo lo que quiero, estoy obligado a superarme" (M. Blondel, *L'action*, París, 1982, pág. 354).

Cuando el hombre, en lo concreto de la existencia, percibe esta impotencia radical que lo caracteriza, se descubre solo, en una soledad profunda y que no puede llenarse. Se trata de una soledad originaria que le viene de la conciencia aguda, y a veces dramática, de que nadie, ni él, ni ninguno de sus semejantes, puede responder definitivamente a su necesidad y satisfacer su deseo.

2. Sin embargo, paradójicamente esta soledad originaria, para cuya superación la persona sabe que no puede contar con nada puramente humano, engendra la más profunda y genuina comunidad entre los hombres. Precisamente esta dolorosa experiencia de soledad está en el origen de una auténtica socialización, dispuesta a renunciar a la violencia de la ideología y al abuso del poder. Se trata de una paradoja: efectivamente, si no fuera por esta profunda "compasión" por el otro, que uno descubre únicamente si capta en sí esta soledad total, ¿quién impulsaría al hombre, consciente de este estado suyo, a la aventura de la socialización? Con semejantes premisas, ¿cómo no podría dejar de ser la sociedad el lugar del dominio del más fuerte, del "homo homini lupus" que la concepción moderna del Estado no sólo ha teorizado, sino que incluso ha puesto en marcha trágicamente?

La experiencia de la soledad se convierte así en el paso decisivo para el camino hacia el descubrimiento de la respuesta a la pregunta radical. Efectivamente, crea un vínculo profundo con los otros hombres, que están mancomunados por el mismo destino y animados por la misma esperanza. Así, de esta abismal soledad nace el esfuerzo serio del hombre hacia la propia humanidad, un esfuerzo que se convierte en pasión por el otro y en solidaridad con cada uno y con todos. Una sociedad auténtica, pues, es posible para el hombre, ya que no tiene su fundamento en cálculos egoístas, sino en la adhesión a todo lo que hay de más verdadero en él mismo y en todos los demás.

3. La solidaridad con el otro se convierte más propiamente en encuentro con el otro por medio de las diversas expresiones existenciales que caracterizan las relaciones humanas. Entre éstas, la relación afectiva entre hombre y mujer parece ser la principal, porque se apoya en un juicio de valor donde el hombre invierte de manera originalísima todos sus dinamismos vitales: la inteligencia, la voluntad y la sensibilidad. Entonces experimenta la intimidad radical, pero no libre de dolor, que el Creador ha puesto desde el principio en su

misma naturaleza: "De la costilla que del hombre tomara, formó Yavé Dios a la mujer y se la presentó al hombre. El hombre exclamó: 'Esto sí que es ya hueso de mis huesos y carne de mi carne' " (Gén 2, 22-23).

Con la guía de esta experiencia primaria de comunión, el hombre se aplica con los otros a la construcción de una "sociedad" entendida como convivencia ordenada. El sentido conquistado de solidaridad con toda la humanidad se concreta, ante todo, en una trama de relaciones, en las cuales el hombre es llamado primariamente a vivir y a expresarse, prestándoles su aportación y recibiendo de ellas, a su vez, un considerable influjo sobre el desarrollo de la propia personalidad. En los diversos ambientes en los que se realiza su crecimiento, el hombre se educa para percibir el valor de pertenecer a un pueblo, como condición ineludible para vivir las dimensiones del mundo.

4. Los binomios hombre-mujer, persona-sociedad y, más radicalmente, alma-cuerpo, son las dimensiones constitutivas del hombre. Bien mirado, a estas tres dimensiones se reduce toda la antropología "pre-cristiana", en el sentido de que ellas representan todo lo que el hombre puede decir de sí, al margen de Cristo.

Pero se caracterizan por su polaridad. Esto es, implican una inevitable tensión dialéctica.

Alma-cuerpo, varón-mujer, individuo-sociedad son tres binarios que expresan el destino y la vida de un ser incompleto. Son además un grito que se eleva desde el interior de la más íntima experiencia del hombre. Son súplica de unidad y de paz interior, son deseo de una respuesta al drama implícito en su mismo recíproco relacionarse. Se puede decir que son invocación a Otro que colme la sed de unidad, de verdad y de belleza, que emerge de su confrontación.

Incluso desde la intimidad del encuentro con el otro -podemos, pues, concluir-, se abre la urgencia de una intervención de lo Alto, que salve al hombre de un dramático, y por otra parte, inevitable, fracaso.

## (36) El encuentro del hombre con Dios -16-11-1983

1. Le dijo Nicodemo: "¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y volver a nacer?" (Jn 3, 4)

La pregunta de Nicodemo a Jesús manifiesta bien la preocupada admiración del hombre ante el misterio de Dios, un misterio que descubre en el encuentro con Cristo. Todo el diálogo entre Jesús y Nicodemo pone de relieve la extraordinaria riqueza de significado de todo encuentro, incluso del encuentro del hombre con otro hombre. Efectivamente, el encuentro es el fenómeno sorprendente y real, gracias al cual el hombre sale de su soledad originaria para afrontar la existencia. Es la condición normal a través de la cual es llevado a captar el valor de la realidad, de las personas y de las cosas que la constituyen, en una palabra, de la historia. En este sentido se puede comparar con un nuevo nacimiento.

En el Evangelio de Juan el encuentro de Cristo con Nicodemo tiene como contenido el nacimiento a la vida definitiva, la del reino de Dios. Pero en la vida de cada uno de los hombres, ¿acaso no son los encuentros los que tejen la trama imprevista y concreta de la existencia? ¿No están ellos en la base del nacimiento de la autoconciencia capaz de acción, la única que permite una vida digna del nombre de hombre?

En el encuentro con el otro el hombre descubre que es persona y que tiene que reconocer igual dignidad a los demás hombres. Por medio de los encuentros significativos aprende a conocer el valor de las dimensiones constitutivas de la existencia humana, ante todo, las de la religión, de la familia y del pueblo al que pertenece.

2. El valor del ser con sus connotaciones universales -la verdad el bien, la belleza-, se le presenta al hombre encarnado sensiblemente en los encuentros decisivos de su existencia.

En el amor conyugal el encuentro entre el amante y el amado, que tiene su realización en el matrimonio, comienza por la experiencia sensible de lo bello encarnado en la "forma" del otro. Pero el ser, a través de la atracción de lo bello, exige expresarse en la plenitud del bien auténtico. El deseo vivo y desinteresado de toda persona que ama verdaderamente es que el otro sea, que se realice su bien, que se cumpla el destino que ha trazado para él Dios providente. Por otra parte, el deseo de bien duradero, capaz de generar y regenerarse en los hijos, no sería posible, si no se apoyase sobre la verdad. No se puede dar la consistencia de un bien definitivo a la atracción de la belleza sin la búsqueda de la verdad de sí y la voluntad de perseverar en ella.

Y continuando: ¿Cómo podría existir un hombre plenamente realizado, sin el encuentro, que tiene lugar en su intimidad, con la propia tierra, con los hombres que han forjado su historia mediante la oración, el testimonio, la sangre, el ingenio, la poesía? A su vez, la fascinación por la belleza de la tierra natal y el deseo de verdad y de bien para el pueblo que continuamente la "regenera", aumentan el deseo de la paz, única que hace posible la unidad del género humano. El cristiano se educa para comprender la urgencia del ministerio de la paz por su encuentro con la Iglesia, donde vive el Pueblo de Dios, al que mi predecesor Pablo VI definió "...entidad étnica sui géneris".

Su historia desafía al tiempo desde hace ya dos mil años, dejando inalterada su originaria apertura a lo verdadero, a lo bueno, a lo bello, a pesar de las miserias de los hombres que pertenecen a ella.

3. Pero el hombre, más pronto o más tarde, se da cuenta, en términos dramáticos, de que no posee todavía el significado último de estos encuentros multiformes e irrepetibles, capaz de hacerlos definitivamente buenos, verdaderos y bellos. Intuye en ellos la presencia del ser, pero el ser, en cuanto tal, se le escapa. El bien por el que se siente atraído, la verdad que sabe afirmar, la belleza que sabe descubrir están efectivamente lejos de satisfacerle. La indigencia estructural o el deseo insaciable se detienen ante el hombre aún más dramáticamente, después que el otro ha entrado en su vida. Creado para lo infinito, el hombre se siente por todas partes prisionero de lo finito.

¿Qué camino puede hacer, qué misteriosa salida de su intimidad podrá intentar el que ha dejado su soledad originaria para ir al encuentro del otro, buscando allí satisfacción definitiva? El hombre que se ha comprometido con seriedad genuina en su experiencia humana, se halla situado frente a un tremendo aut-aut: o pedir a Otro, con la O mayúscula, que surja en el horizonte de la existencia para desvelar y hacer posible su plena realización, o retraerse en sí, en una soledad existencial donde se niega lo positivo mismo del ser. El grito de súplica, o la blasfemia: ¡Esto es lo que le queda!

Pero la misericordia con que Dios nos ha amado es más fuerte que todo dilema. No se detiene ni siquiera ante la blasfemia. Incluso desde el interior de la experiencia del pecado, el hombre puede reflexionar siempre y todavía sobre su fragilidad metafísica y salir de ella. Puede captar la necesidad absoluta del Otro, con la O mayúscula, que puede calmar para siempre su sed. ¡El hombre puede encontrar de nuevo el camino de la invocación al Artífice de nuestra salvación, para que venga! Entonces el espíritu se abandona en el abrazo misericordioso de Dios, experimentando finalmente, en este encuentro resolutivo, la alegría de una esperanza "que no defrauda" (Rom 5, 5)

## **SEXTA PARTE:**

# **JESUCRISTO, SALVADOR Y REDENTOR**

## (37) El hombre y Cristo -23-11-1983

## 1. "A éste que sin conocerle veneráis es el que yo os anuncio" (Act 17, 23).

El anuncio explícito de la redención, realizada por Cristo, que Pablo se atreve a hacer en el Areópago de Atenas, en la ciudad donde por tradición se daba el debate filosófico y doctrinal más sofisticado, está entre los documentos más significativos de la catequesis primitiva.

La espontánea religiosidad de los atenientes es interpretada por Pablo como una profecía inconsciente del verdadero Dios en el que "...vivimos, nos movemos y existimos" (Act 17, 28).

De modo análogo, la sed de saber de los atenientes la ve como brote natural en el que puede injertarse el mensaje de verdad y justicia que traen al mundo la muerte, resurrección y parusía de Cristo.

De este modo se pone de relieve la afirmación entrañable a la gran tradición cristiana, según la cual, la venida de la redención es conveniente y razonable para el hombre, que se mantiene abierto a las iniciativas imprevisibles de Dios.

Hay una sintonía profunda entre el hombre y Cristo, el Redentor. Verdaderamente el Dios vivo está cercano al hombre y el hombre, sin conocerlo, lo espera como a aquel que le desvelará el sentido pleno de sí mismo. El Concilio Vaticano II ha vuelto a proponer con vigor este convencimiento de la fe y de la doctrina eclesial cuando, en el precioso párrafo 22 de la *Gaudium et spes*, afirma: "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Cristo... manifiesta plenamente el hombre al propio hombre..."

2. El episodio que cuentan los Hechos de los Apóstoles nos muestra, en la expectativa de los atenienses, la de todos los gentiles. El mismo libro de los Hechos (Act 2, 3; 7; 13; etc.) prueba en los discursos de Pedro, de Esteban, de Pablo, la espera paradigmática y misteriosamente ciega de Israel, el pueblo elegido, preparado desde hacía mucho tiempo a la venida del Redentor, pero incapaz de reconocerlo cuando llega.

La historia humana está impregnada de esta espera, que en los hombres más conscientes se hace grito, súplica, invocación. El hombre, creado en Cristo y para Cristo, sólo en Él puede obtener su verdad y su plenitud. He aquí desvelado el sentido de la búsqueda de la salvación, que subyace en toda experiencia humana. He aquí explicado el anhelo de infinito que, fuera de la misericordiosa iniciativa de Dios en Cristo, quedaría frustrado.

La espera de Cristo forma parte del misterio de Cristo. Si es verdad que el hombre por sí solo, a pesar de su buena voluntad, no puede conseguir la salvación, el que afronta con seriedad y vigilancia su experiencia humana descubre al fin dentro de sí la urgencia de un encuentro que Cristo colma maravillosamente. El que ha puesto en el corazón del hombre el anhelo de la redención, ha tomado también la iniciativa de satisfacerlo.

Las palabras "por nosotros los hombres y por nuestra salvación", con las que el "Credo" nos presenta el significado de la redención de Cristo, asumen, a la luz del misterio de la encarnación, un alcance concreto verdaderamente resolutivo: "El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre" (*Gaudium et spes*, 22).

3. La Tradición cristiana llama misterio sobrenatural a la iniciativa de Cristo, que entra en la historia para redimirla y para indicar al hombre el camino de retorno a la intimidad original con Dios. Esta iniciativa es misterio también porque ni podía pensarla el hombre, en cuanto es totalmente gratuita, fruto de la libre iniciativa de Dios. Y, sin embargo, este misterio tiene la capacidad sorprendente de tomar al hombre en su raíz, de responder a su aspiración de infinito, de colmar la sed de ser, de bien, de verdad y de belleza que lo inquieta. En una palabra, es la respuesta fascinante y concreta, no previsible y mucho menos exigible, y sin embargo presagiada por la inquietud de toda experiencia humana seria.

La redención de Cristo es, pues, razonable y convincente, porque tiene a la vez las dos características de la absoluta gratuidad y de la sorprendente correspondencia a la naturaleza íntima del hombre.

Lo mismo que con los Apóstoles a lo largo de las riberas del "Mar de Galilea", o con todos los que se encontraron con Él -desde la samaritana a Nicodemo, desde la adúltera a Zaqueo, desde el ciego de nacimiento al centurión romano-, así Cristo se encuentra con cada uno de los hombres y de la historia humana. Y como para las personas que aparecen en el Evangelio, así para el hombre de todo tiempo, que tiene la valentía de acogerlo con fe y seguirlo, el encuentro con Cristo representa la oportunidad realmente decisiva de la vida, el tesoro oculto que no puede ser cambiado por nada.

"Señor, ¿a quién iremos?" (Jn 6, 68). Verdaderamente no hay otra "dirección" válida, donde dirigirse para conseguir las "palabras de vida eterna" (ib.), las únicas que pueden apagar el anhelo ardiente del corazón humano.

## (38) El designio de la salvación -30-11-1983

1. "Rorate coeli desuper, et nubes pluant iustum": "Cielos, destilad el rocío y las nubes lluevan al Justo". Con estas palabras que resuenan en el texto del Profeta Isaías, que acabamos de escuchar, la Iglesia abre el tiempo de Adviento, un período de fervor y de espera en el cual nos preparamos a la Navidad del Señor. Durante estas semanas estamos llamados a revivir la expectativa de todos los hombres que, puede decirse, desde los orígenes de la humanidad han dirigido la mirada a la redención y a la salvación.

La experiencia de la fragilidad, de la muerte, y el temor ante los innumerables peligros que amenazan la existencia son comunes a todos los hombres. Por esto, la llamada a la salvación resuena en toda la tierra y se encuentra presente de modo diverso en todas las tradiciones religiosas.

Ahora bien, nosotros sabemos que a este coro inmenso, a estos anhelos suplicantes que suben de toda la historia, les ha dado respuesta el Dios Uno y Trino, que es fuente y autor de la salvación para todos los hombres. La Biblia es el libro que contiene esta respuesta para todos, revelando que Dios es el Amor que viene a nuestro encuentro y se manifiesta en Jesucristo.

2. El Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática sobre la Sagrada Escritura, ha recordado todo esto con palabras sencillas y autorizadas: "Dios, creando y conservando el universo por su Palabra (cf. Jn 1, 3), ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de Sí mismo (cf. Rom 1 19-20); queriendo además abrir el camino de la salvación sobrenatural, se reveló desde el principio a nuestros primeros padres. Después de su caída, los levantó a la esperanza de la salvación (cf. Gén 3, 15) con la promesa de la redención, después cuidó continuamente del género humano, para dar la vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia en las buenas obras (cf. Rom 2, 6-7)" (Dei Verbum, 3).

Este designio asumió una forma histórica concreta. "Hizo primero una alianza con Abraham (cf. Gén 15, 18); después, por medio de Moisés (cf. Ex 24, 8), la hizo con el pueblo de Israel, y así se fue revelando a su pueblo, con obras y palabras, como Dios vivo y verdadero. De este modo Israel fue experimentando la manera de obrar de Dios con los hombres, la fue comprendiendo cada vez mejor al hablar Dios por medio de los Profetas, y fue difundiendo este conocimiento entre las naciones... El fin principal de la economía del Antiguo Testamento era preparar la venida de Cristo, Redentor universal, y de su reino mesiánico, anunciarla proféticamente (cf. Lc 24, 44; Jn 5, 39; 1 Pe, 10), representarla con diversas imágenes (cf. 1 Cor 10, 11)" (Dei Verbum, 14, 15).

3. El tiempo de Adviento, en el que hemos entrado, nos llama a vivir con particular intensidad esta espera de la redención y a fijar nuestra mirada tanto en el amor misericordioso de Dios que, fiel a sus promesas, nos sale al encuentro, como en la profunda necesidad de salvación que descubrimos dentro de nosotros. Dirijámonos, pues, al amor misericordioso de Dios y al designio de salvación con que nos llama a Sí: Él quiere hacernos partícipes de su vida divina (cf. Ef 2, 18; 2 Pe 1, 4), liberándonos de las tinieblas del pecado y resucitándonos para la vida eterna (cf. Dei Verbum, 4). En mi Carta Encíclica "Dives in misericordia" he vuelto a llamar la atención sobre el amor misericordioso de Dios, que ilumina como un sol toda la Biblia, comenzando por el Antiguo Testamento, y se irradia desde allí sobre toda la humanidad.

En este tiempo de Adviento la Iglesia nos invita a implorar la misericordia de Dios, que se nos ha revelado en la persona de Jesucristo Redentor. Por esto, repetimos: "Regem venturum Dominum venite adoremus": venid, vayamos al encuentro del Rey Salvador que viene: adorémoslo: pongámonos ante Él como el enfermo ante el médico, como el pobre ante el que posee la plenitud de los bienes, como el pecador ante la fuente de la santidad y de la Justicia.

Un Salmo conocidísimo, el 50, que la tradición bíblica atribuye a David, "cuando se le presentó el Profeta Natán a causa de su pecado con Betsabé", traza de manera existencial el acontecimiento admirable del encuentro entre la misericordia de Dios y la debilidad congénita del hombre, inclinado al pecado. El reconocimiento humilde y sincero de la propia enfermedad moral se transforma en una súplica confiada, y la esperanza de la regeneración interior es tan viva y cierta, que casi desborda en sentimientos de alegría interior y de acción de gracias: "Misericordia, Dios mío, por tu bondad, / por tu inmensa compasión borra mi culpa / ... Rocíame con el hisopo y quedaré limpio, / lávame y seré más blanco que la nieve /... Crea en mí un corazón puro, / renuévame por dentro con espíritu firme /... Devuélveme la alegría de tu salvación / afiánzame con espíritu generoso".

Y la experiencia liberadora de la regeneración interior, la experiencia del encuentro con el amor misericordioso de Dios se traduce en propósitos y proyectos de vida nueva, comprometida en el servicio de Dios y en el testimonio de su mensaje entre los hombres: "Enseñaré a los malvados tus caminos, / los pecadores volverán a ti.../ Señor, me abrirás los labios / y mi boca proclamará tu alabanza".

Se delinea aquí todo un programa, capaz de inspirar no sólo el tiempo privilegiado de este Adviento del Año Santo, sino de hacer de nuestra vida entera un tiempo de adviento, en la espera solícita y confiada del gran acontecimiento de nuestro encuentro con el Señor "que, es, que era y que viene" (Ap 1, 8).

### (39) La Inmaculada, primera maravilla de la Redención -7-12-1983

1. La fiesta que celebramos mañana, queridísimos hermanos y hermanas, nos sitúa en presencia de la obra maestra realizada por Dios con la redención. María Inmaculada es la criatura perfectamente rescatada: mientras todos los demás seres humanos son liberados del pecado, Ella fue preservada de él, por la gracia redentora de Cristo.

La Inmaculada Concepción es un privilegio único que convenía a Aquella que estaba destinada a convertirse en la Madre del Salvador. Cuando el Padre decidió enviar su Hijo al mundo, quiso que naciera de una mujer, por obra del Espíritu Santo, y que esta mujer fuese absolutamente pura, para acoger en su seno y luego en sus brazos maternos al que es la santidad perfecta. Entre la Madre y el Hijo quiso que no existiera barrera alguna; ninguna sombra debía ofuscar sus relaciones. Por esto María fue hecha Inmaculada: ni siquiera por un instante la rozó el pecado.

Esta es la belleza que el ángel Gabriel, en la Anunciación, contemplaba al acercarse a María: "Dios te salve, llena de gracia" (Lc 1, 28). Lo que distingue a la Virgen de Nazaret de todas las demás criaturas, es la plenitud de gracia que hay en Ella. María no sólo recibió gracias; en Ella todo está dominado y dirigido por la gracia, desde el origen de su existencia. Ella no sólo ha sido preservada del pecado original, sino que ha recibido una perfección admirable de santidad. Es la criatura ideal, como Dios la había soñado; una criatura en la que jamás hubo el más pequeño obstáculo a la voluntad divina. Por el hecho de estar totalmente penetrada de la gracia, en el interior de su alma todo es armonía, y la belleza del ser divino se refleja en Ella de la manera más impresionante.

2. Nosotros debemos comprender el sentido de esta perfección inmaculada a la luz de la obra redentora de Cristo. En la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción, se muestra a María "preservada inmune de toda mancha de pecado original, desde el primer instante de su concepción, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano" (DS 2803). Ella, pues, se benefició, con anticipación, de los méritos del sacrificio de la cruz.

La creación de un alma llena de gracia aparecía como la revancha de Dios sobre la degradación producida, tanto en la mujer como en el hombre, a consecuencia del drama del pecado. Según el relato bíblico de la caída de Adán y Eva, Dios infligió a la mujer una sanción por la culpa cometida, pero incluso antes de formular esta sanción, comenzó a desvelar un designio de salvación en el que la mujer se convertiría en su primera aliada. En el oráculo, llamado Protoevangelio, Él dictaminó a la serpiente tentadora que había llevado a la pareja al pecado: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo; Este te aplastará la cabeza y tú le acecharás al calcañal" (Gén 3, 15). Al establecer una hostilidad entre el demonio y la mujer, manifestaba su intención de tomar a la mujer como la primera asociada en su alianza, con miras a la victoria que el Descendiente de la mujer reportaría sobre el enemigo del género humano.

La hostilidad entre el demonio y la mujer se manifestó de la manera más completa en María.

Con la Inmaculada Concepción fue decretada la victoria perfecta de la gracia divina en la mujer, como reacción contra la derrota sufrida por Eva en el pecado de los orígenes. En María se realizó la reconciliación de Dios con la humanidad, pero de manera que María misma no tuvo necesidad de ser reconciliada personalmente, porque habiendo sido preservada de la culpa original, vivió siempre de acuerdo con Dios.

Sin embargo, en María se realizó verdaderamente la obra de la reconciliación, porque recibió de Dios la plenitud de la gracia en virtud del sacrificio redentor de Cristo. En Ella se manifestó el efecto de este sacrificio con una pureza total y una floración maravillosa de santidad. La Inmaculada es la primera maravilla de la redención.

3. La perfección otorgada a María no debe causarnos la impresión de que su vida en la tierra haya sido una especie de vida celestial, muy distante de la nuestra. Ella conoció las dificultades cotidianas y las pruebas de la vida humana; vivió en la oscuridad que lleva consigo la fe. Ella, no menos que Jesús, experimentó la tentación y el sufrimiento de las luchas íntimas. Podemos imaginar cómo se vería sacudida por el drama de la pasión del Hijo.

Sería un error pensar que la vida de Aquella que era llena de gracia, haya sido una vida fácil, cómoda. María compartió todo lo que pertenece a nuestra condición terrena, con cuanto tiene de exigente y penoso.

Hay que observar, sobre todo, que María fue creada Inmaculada, a fin de poder actuar mejor en favor nuestro. La plenitud de gracia le permitió cumplir perfectamente su misión de colaborar en la obra de salvación: dio el máximo valor a su cooperación al sacrificio. Cuando María presentó al Padre su Hijo clavado en la cruz, la ofrenda dolorosa fue totalmente pura.

Y ahora, la Virgen Inmaculada, también en virtud de la pureza de su corazón, nos ayuda a tender hacia la perfección que Ella ha conseguido. Por los pecadores, o sea, por todos nosotros, recibió una gracia excepcional. En su calidad de Madre, trata de hacer partícipes de algún modo a todos sus hijos terrenos en el favor con que fue personalmente enriquecida.

María intercede ante su Hijo para obtenernos misericordia y perdón. Ella se inclina invisiblemente sobre todos los que viven en la angustia espiritual para socorrerlos y llevarlos a la reconciliación. El privilegio único de su Inmaculada Concepción la pone al servicio de todos y constituye una alegría para cuantos la consideran como su Madre.

## (40) El Salvador y Redentor del hombre -14-12-1983

1. "Deus in adiutorium meum intende...; Dios mío, ven en mi auxilio, Señor, date prisa en socorrerme".

El tiempo de Adviento, que estamos viviendo, hace brotar espontáneamente en nuestros labios esta súplica de salvación, en la que revive la espera implorante que cruza todo el Antiguo Testamento y continúa en el Nuevo. Porque nosotros en esperanza estamos salvados, dice San Pablo (cf. Rom 8, 24), y "por el Espíritu, en virtud de la fe, aguardamos la esperanza de la justicia" (Gál 5, 5). También las palabras con las que concluye toda la Sagrada Escritura, y que acabamos de escuchar, son un grito de súplica por la venida y la manifestación del Señor Jesús Salvador: "Ven, Señor Jesús" (Ap 22, 20).

¡La salvación! Es la gran aspiración del hombre. La Sagrada Escritura da testimonio de ello en cada página e invita a descubrir dónde está la salvación verdadera para el hombre, quién es su liberador y redentor.

2. La primera y fundamental experiencia de salvación la tuvo el Pueblo de Dios en la liberación de la esclavitud de Egipto. La Biblia la llama redención, rescate, liberación, salvación. "Yo soy Yavé, yo os libertaré de los trabajos forzados de los egipcios, os libraré de su servidumbre y os salvaré a brazo tendido... Yo os haré mi pueblo y seré vuestro Dios" (Ex 6, 6-7).

Esta fue la primera forma de redención-salvación experimentada colectivamente por el Pueblo de Dios en la historia. Y el recuerdo de esta salvación será el rasgo distintivo de la fe de Israel.

Por esto Israel la vio siempre como la garantía de todas las promesas de salvación hechas por Dios a su pueblo, y la primera comunidad cristiana la puso inmediatamente en relación con la persona y la obra de Cristo. Él será el gran Liberador, el nuevo Moisés que lleva de la esclavitud a la libertad de los hijos de Dios, de la muerte a la vida, del pecado a la reconciliación y a la plenitud de la misericordia divina.

El segundo acontecimiento de salvación en la Biblia es la liberación de los deportados a Babilonia: los dos acontecimientos, el de la liberación de Egipto y el de la liberación de Babilonia, son entrelazados por los Profetas, y puestos en conexión entre sí. Se trata de una segunda redención o, mejor, de una continuación y de un cumplimiento de la primera, y su autor es nuevamente Dios, el Santo de Israel, el Liberador y Redentor de su pueblo. "He aquí que vienen días -dice Jeremías- en que yo cumpliré la buena palabra que yo he pronunciado sobre la casa de Israel y sobre la casa de Judá" (Jer 33, 14).

El apelativo de Salvador y Redentor, que se da a Dios, domina en la teología de los Profetas, para los cuales la experiencia de la redención ya obtenido, se convierte en prenda y garantía segura de la salvación futura, que todavía se espera. Por esto, siempre que Israel se halla en momentos críticos, invoca a Dios para experimentar la intervención liberadora. Sabe que fuera de Dios no hay salvador (cf. Is 43, 11; 47, 15; Jer 4, 4; Os 13, 4); por esto, le gusta invocarlo con la gran plegaria davídica.

"Yo te amo, Señor tú eres mi fortaleza; / Señor, mi roca, mi alcázar, mi libertador. / Dios mío, peña mía, refugio mío escudo mío / mi fuerza salvadora, mi baluarte". (Sal 17, 2-3).

3. En la predicación profética el anuncio-promesa de la salvación y de la redención coinciden cada vez más claramente con una persona: éste será el nuevo David, el Buen Pastor de su pueblo. Así habla de Él Jeremías: "He aquí que vienen días -oráculo de Yavé- en que yo suscitaré a David un vástago justo, y reinará como rey prudente, y hará derecho y justicia en la tierra. En sus días será salvado Judá, e Israel habitará confiadamente, y el nombre con que le llamarán será éste: 'Yavé (es) nuestra justicia'" (Jer 23, 5-6). También toma cuerpo progresivamente la idea de que la redención será ante todo un hecho espiritual. Tocaré al pueblo en lo más íntimo, lo purificaré, lo transformará en su mente y en su corazón. "Os aspergeré con aguas puras y os purificaré de todas vuestras impurezas, de todas vuestras idolatrías. Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo..."; (Ez 36, 25-26).

De este modo la gran esperanza mesiánica se expresa en términos de redención, de justicia, de don del Espíritu, de purificación de los corazones, de liberación de los pecados individuales y sociales.

4. A través de los siglos, bajo la guía de Dios, la espera del pueblo se fue, pues, precisando en la esperanza de una liberación definitiva, capaz de tocar las raíces profundas del ser humano y de introducirlo en una vida nueva "de justicia y paz en el Espíritu Santo" (Rom 14, 17). En los Salmos, y en todas las oraciones del Pueblo de Dios, la súplica de esta salvación se convierte en experiencia cotidiana. La salvación viene de Dios; es inútil y nocivo alimentar una confianza presuntuosa en las fuerzas humanas; el Señor mismo es la salvación; Él liberará a su pueblo de todos sus pecados. Un Salmo, que lleva como título "canto de las ascensiones", recoge en síntesis preciosa toda la fe y esperanza de la redención del Antiguo Testamento, y se ha convertido en el emblema mismo de la espera de la redención. Es el Salmo "De profundis". En la Iglesia prevaleció el uso de rezarlo por los difuntos, pero debemos apropiárnoslo también nosotros, peregrinos en la senda del encuentro con Cristo, en este Adviento del Año de la Redención: "Desde lo hondo a ti grito, Señor; / Señor, escucha mi voz..." (Sal 129 [130]).

Que el Señor escuche esta voz y haga sentir en cada corazón que lo invoca el consuelo de la omnipotencia salvadora de su amor.

## (41) "Emmanuel", el "Siervo de Yavé" -21-12-1983

1. El texto bíblico que hemos escuchado (Is 7, 10-14), muy queridos hermanos y hermanas, nos es bien conocido. Está tomado del libro de Isaías. A este gran Profeta que nos ha guiado todo el tiempo de Adviento, se le ha llamado el quinto evangelista por la lucidez y clarividencia con que "saludó de lejos" (cf. Heb 11, 13) la figura y obra del Redentor.

A un conjunto de vaticinios y profecías de Isaías se le llama comúnmente "libro del Emmanuel" (caps. 6-12), porque destaca en él la figura de un niño maravilloso, cuyo nombre "Emmanuel" está lleno de misterio pues significa "Dios-con-nosotros". Este Niño es anunciado como signo por el Profeta Isaías al rey Acáz en un momento de gran peligro para la casa reinante y para el pueblo, cuando el rey y la nación están a punto de ser avasallados por los enemigos.

El rey se siente desanimado y no piensa dirigirse a Dios; tiene planes humanos que desea llevar a efecto. "No la pido (la señal), no quiero tentar al Señor". Entonces Dios anuncia a Acáz el castigo, pero al mismo tiempo reafirma su fidelidad a las promesas sobre la descendencia de David: "El Señor, por su cuenta, os dará una señal. Mirad, la Virgen está encinta y da a luz un hijo y le pone por nombre Emmanuel" (Is 7, 12-14).

Es un signo de salvación y prenda de liberación para los creyentes; pues se lee en el libro de Isaías: "El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombra y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo" (Is 9, 1-2).

"Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado; lleva al hombro el principado y es su nombre Maravilla de Consejero, Dios potente, Padre perpetuo, Príncipe de la paz" (Is 9, 5-6).

Y la profecía prosigue como en un crescendo. Brotará un renuevo del tronco de Jesé, un vástago florecerá de su raíz. Sobre él posará el Espíritu del Señor, espíritu de ciencia y discernimiento, espíritu de consejo y valor, espíritu de piedad y temor del Señor" (Is 11, 1-2).

Se trata del Espíritu del Mesías que manará de Él como de fuente inagotable sobre cuantos creen en Él (cf. Jn 7, 38). Gracias a este Espíritu, el conocimiento del Señor henchirá toda la tierra "como las aguas colman el mar" (Is 11, 9). Por esto puede captar el Profeta: "Sacaré aguas con gozo de las fuentes de la salvación" (Is, 12, 3; cf. Jn 4, 13-14).

2. Otra colección del libro de Isaías (Deutero-Isaías) contiene vaticinios dirigidos a los exiliados de Babilonia y les anuncia el retorno por obra del poder de Dios, que es el único Señor de la historia y el Creador a quien están sometidos todos los seres animados e inanimados. Se le llama "liber consolationis", libro de la consolación, claramente vinculado al libro del Emmanuel. Si allí dominaba la figura del Emmanuel, aquí destaca la figura misteriosa del "Siervo de Yavé".

En los cuatro poemas siguientes se describe gradualmente el rostro misterioso de este operador de salvación suscitado por Dios, que restablecerá la alianza y hará justicia con métodos pacíficos. Nos es familiar su descripción: "Mirad a mi siervo, a mi elegido... Sobre él he puesto mi espíritu para que traiga el derecho a las naciones... No gritará, no levantará la voz... no vacilará ni se quebrará hasta implantar el derecho en la tierra" (Is 42, 1-4).

En el segundo poema (Is 49, 1-6) la misión del siervo aparece ya proyectada más allá de las fronteras de su gente; anuncia la salvación para todos los pueblos "hasta el confín de la tierra".

En el tercer canto (Is 50, 4-9) le acomete una marea creciente de hostilidad mientras él cumple dócilmente la misión recibida de Dios. En el cuarto canto (Is 52, 13-53, 12) la cuestión se resuelve en victoria aparente de la oposición y de las fuerzas hostiles al siervo, desenlace que desconcierta y desilusiona a los contemporáneos, y éstos lo juzgan "castigado, herido por Dios y humillado" (Is 53, 4)

Preparado por su paciencia y humildad, ofreció realmente la vida por los otros, se entregó en sacrificio de expiación por las culpas de los hombres, hermanos suyos, haciendo así realidad el designio de Dios de salvar al mundo. "Fue traspasado por nuestros pecados... en sus llagas hemos sido curados... Yavé cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros" (Is 53, 5-6). Por esto dice el Señor: "El Justo, mi Siervo, justificará a muchos, y cargará con las iniquidades de ellos" (Is 53, 11).

3. Según la fe de la Iglesia, la figura radiante del Emmanuel y la del Siervo de Yavé doliente y victorioso a la vez, son dos imágenes complementarias de la misma persona y llegan a cumplimiento en Jesús, cuya faz había sido delineada proféticamente antes de que apareciera en la historia.

Estos días del Año de la Redención nos estamos preparando con fervor particular a acoger a su Persona en nuestra vida. No debemos tener miedo de abrirle las puertas de par en par.

Vino en la debilidad de nuestra carne "para rescatarnos de toda impiedad y prepararse un pueblo purificado, dedicado a las buenas obras" (Tit 2, 14). "Siendo rico -sigue diciéndonos San Pablo-, por vosotros se hizo pobre, para que vosotros os hagáis ricos con su pobreza. (2 Cor 8, 9).

Ahora a nosotros toca acercarnos a Él para llegar a las fuentes de la salvación (cf. Is 12, 3).

(42) Jesús, Dios y hombre verdadero - 28-12-1983

1. El misterio de Navidad hace resonar en nuestros oídos el canto con que el cielo quiere hacer participar a la tierra en el gran acontecimiento de la Encarnación: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad" (Lc 2, 14).

La paz es anunciada por toda la tierra. No es una paz que los hombres consigan conquistar con sus fuerzas. Viene de lo alto como don maravilloso de Dios a la humanidad. No podemos olvidar que, si todos debemos trabajar para instaurar la paz en el mundo, antes de nada debemos abrirnos al don divino de la paz poniendo toda nuestra confianza en el Señor.

Según el cántico de Navidad, la paz prometida a la tierra está ligada al amor que Dios trae a los hombres. Los hombres son llamados "hombres de buena voluntad" porque ya la buena voluntad divina les pertenece. El nacimiento de Jesús es el testimonio irrefutable y definitivo de esta buena voluntad que jamás será retirada de la humanidad.

Este nacimiento pone de manifiesto la voluntad divina de reconciliación: Dios desea reconciliar consigo al mundo pecador, perdonando y cancelando los pecados. Ya en el anuncio del nacimiento el ángel había expresado esta voluntad reconciliadora indicando el nombre que debía llevar el Niño: Jesús, o sea, "Dios salva". "Porque salvará a su pueblo de sus pecados", comenta el ángel (Mt 1, 21). El nombre revela el destino y la misión del Niño juntamente con su personalidad: es el Dios que salva, el que libera a la humanidad de la esclavitud del pecado y, por ello, restablece las relaciones amistosas del hombre con Dios.

2. El acontecimiento que da a la humanidad un Dios Salvador supera en gran medida las expectativas del pueblo judío. Este pueblo esperaba la salvación, esperaba al Mesías, a un rey ideal del futuro que debía establecer sobre la tierra el reino de Dios. A pesar de que la esperanza judía había puesto muy en lo alto a este Mesías, para ellos no era más que un hombre.

La gran novedad de la venida del Salvador consiste en el hecho de que Él es Dios y hombre a la vez. Lo que el judaísmo no había podido concebir ni esperar, es decir, un Hijo de Dios hecho hombre, se realiza en el misterio de la Encarnación. El cumplimiento es mucho más maravilloso que la promesa.

Esta es la razón por la que no podemos medir la grandeza de Jesús sólo con los oráculos proféticos del Antiguo Testamento. Cuando Él realiza estos oráculos se mueve a un nivel trascendente. Todos los tentativos de encerrar a Jesús en los límites de una personalidad humana, no tienen en cuenta lo que hay de esencial en la revelación de la Nueva Alianza: la persona divina del Hijo que se ha hecho hombre o, según la palabra de San Juan, del Verbo que se ha hecho carne y ha venido a habitar entre nosotros (cf. 1, 14). Aquí aparece la grandiosidad generosa del plan divino de salvación. El Padre ha enviado a su Hijo que es Dios como Él. No se ha limitado a enviar a siervos, a hombres que hablasen en su nombre como los Profetas. Ha querido testimoniar a la humanidad el máximo de amor y le ha hecho la sorpresa de darle un Salvador que poseía la omnipotencia divina.

En este Salvador, que es Dios y hombre a la vez, podemos descubrir la intención de la obra reconciliadora. El Padre no quiere sólo purificar a la humanidad liberándola del pecado; quiere realizar la unión más íntima de la divinidad y la humanidad. En la única persona divina de Jesús, la divinidad y la humanidad están unidas del modo más

completo. Él que es perfectamente Dios es perfectamente hombre. Ha realizado en Sí esta unión de la divinidad y la humanidad para poder hacer participar de ella a todos los hombres. Perfectamente hombre, Él, que es Dios, quiere comunicar a sus hermanos humanos una vida divina que les permita ser más perfectamente hombres, reflejando en sí mismos la perfección divina.

3. Un aspecto de la reconciliación merece ser subrayado aquí. Mientras el hombre pecador podía temer para su porvenir las consecuencias de su culpa y esperarse una vida humana disminuida, en cambio recibe de Cristo Salvador la posibilidad de un completo desarrollo humano. No sólo es liberado de la esclavitud en la que le aprisionaban sus culpas, sino que puede alcanzar una perfección humana superior a la que poseía antes del pecado. Cristo le ofrece una vida humana más abundante y más elevada. Por el hecho de que en Cristo la divinidad no ha comprimido en modo alguno a la humanidad sino que la ha elevado a un grado supremo de desarrollo, con su vida divina comunica a los hombres una vida humana más intensa y completa.

Que Jesús sea el Dios Salvador hecho hombre significa, pues, que ya en el hombre nada está perdido. Todo lo que había sido herido, manchado por el pecado, puede revivir y florecer.

Esto explica cómo la gracia cristiana favorece el pleno ejercicio de todas las facultades humanas y también la afirmación de toda personalidad, tanto la femenina como la masculina.

Reconciliando al hombre con Dios, la religión cristiana tiende a promover todo lo que es humano.

Por tanto, podemos unirnos al canto que resonó en la gruta de Belén y proclamar con los ángeles: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

## (43) María Madre de Dios Miércoles 4 de enero de 1984

1. Después de haber centrado la mirada en Jesús durante la fiesta de Navidad, la Iglesia ha querido fijarla, en el primer día del año, en María, para celebrar su maternidad divina.

Efectivamente, en la contemplación del misterio de la Encarnación, no se puede separar al Hijo de Dios de la Madre. Por esto, en la formulación de su fe, la Iglesia proclama que el Hijo "por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre".

Cuando en el Concilio de Efeso se aplicó a María el título de "Theotokos", Madre de Dios, la intención de los padres del Concilio era garantizar la verdad del misterio de la Encarnación.

Querían afirmar la unidad personal de Cristo, Dios y hombre, unidad tal, que la maternidad de María en relación con Jesús, era, por eso mismo, maternidad en relación con el Hijo de Dios.

María es "Madre de Dios" porque su Hijo es Dios; es madre sólo en el orden de la generación humana, pero, dado que el Niño que Ella concibió y dio al mundo, es Dios, debe ser llamada "Madre de Dios".

La afirmación de la maternidad divina nos ilumina sobre el sentido de la Encarnación.

Demuestra que el Verbo, persona divina, se ha hecho hombre: se ha hecho hombre gracias al concurso de una mujer en la obra del Espíritu Santo. Una mujer ha sido asociada de manera singular al misterio de la venida del Salvador al mundo. Por mediación de esta mujer, Jesús se une a las generaciones humanas que precedieron a su nacimiento. Gracias a María, Él tiene un verdadero nacimiento y su vida en la tierra comienza de manera semejante a la de todos los demás hombres. Con su maternidad, María permite al Hijo de Dios tener -después de la concepción extraordinaria por obra del Espíritu Santo- un desarrollo humano y una inserción normal en la sociedad de los hombres.

2. El título de "Madre de Dios", a la vez que pone de relieve la humanidad de Jesús en la Encarnación, llama también la atención sobre la dignidad suprema otorgada a una criatura.

Es comprensible que en la historia de tal doctrina haya habido un momento en que esta dignidad encontrara alguna contestación: efectivamente, podía parecer difícil admitirla, a causa de los abismos vertiginosos sobre los que se abría. Pero cuando se puso en discusión el título de "Theotokos", la Iglesia reaccionó inmediatamente confirmando que debía atribuírsele a María como verdad de fe. Los que creen en Jesús, que es Dios, no pueden menos de creer también que María es Madre de Dios.

La dignidad conferida a María muestra desde dónde ha querido Dios impulsar la reconciliación. En efecto, se debe recordar que inmediatamente después del pecado original, Dios anunció su intención de hacer una alianza con la mujer, de manera que asegurara la victoria sobre el enemigo del género humano: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer y entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le acecharás el calcañal" (Gén 3, 15).

Según este oráculo, la mujer estaba destinada a convertirse en la aliada de Dios para la lucha contra el demonio. Debía ser la madre del que aplastaría la cabeza del enemigo. Sin embargo, en la perspectiva profética del Antiguo Testamento, este descendiente de la mujer, que tenía que triunfar sobre el espíritu del mal, parecía que no era sino un hombre.

Aquí interviene la realidad maravillosa de la Encarnación. El descendiente de la mujer, que realiza el oráculo profético, no es en absoluto un simple hombre. Es plenamente hombre, gracias a la mujer de la que es hijo, pero es también, a la vez, verdadero Dios. La alianza hecha en los comienzos entre Dios y la mujer adquiere una nueva dimensión. María entra en esta alianza como la Madre del Hijo de Dios. Para responder a la imagen de la mujer que había cometido el pecado, Dios hace surgir una imagen perfecta de mujer, que recibe una maternidad divina. La nueva alianza supera con mucho las exigencias de una simple reconciliación; eleva a la mujer a una altura que nadie hubiera podido imaginar.

3. Siempre sentimos el asombro de que una mujer haya podido dar al mundo al que es Dios, que haya recibido la misión de amamantarlo como cada madre amamanta a su hijo, que haya preparado al Salvador, con la educación materna, para su futura actividad. María ha sido plenamente madre y, por esto, ha sido también una admirable educadora. El hecho, confirmado por el Evangelio, de que Jesús, en su infancia, les estaba sujeto (cf. Lc 2, 51), indica que su presencia materna influyó profundamente en el desarrollo humano del Hijo de Dios. Es uno de los aspectos más impresionantes del misterio de la Encarnación.

En la dignidad conferida de modo singularísimo a María, se manifiesta la dignidad que el misterio del Verbo hecho carne quiere conferir a toda la humanidad. Cuando el Hijo de Dios se abajó para hacerse hombre, semejante a nosotros en todo, menos en el pecado, elevó la humanidad al nivel de Dios. En la reconciliación, realizada entre Dios y la humanidad, Él no quería restablecer simplemente la integridad y la pureza de la vida humana, herida por el pecado. Quería comunicar al hombre la vida divina y abrirle el pleno acceso a la familiaridad con Dios.

De este modo María nos hace comprender la grandeza del amor divino, no sólo para con Ella, sino para con nosotros. Ella nos introduce en la obra grandiosa, con la que Dios no se ha limitado a curar a la humanidad de las llagas del pecado, sino que le ha asignado un destino superior de íntima unión con Él. Cuando veneramos a María como Madre de Dios, reconocemos además la maravillosa transformación que el Señor ha otorgado a su criatura.

Por esto, cada vez que pronunciamos las palabras: "Santa María, Madre de Dios", debemos tener ante los ojos de la mente la perspectiva luminosa del rostro de la humanidad, cambiado en el rostro de Cristo.

## (44) Comienza la vida pública del Redentor Miércoles 11 de enero de 1984

1. La fiesta litúrgica del Bautismo de Jesús, que hemos celebrado hace poco, nos recuerda el acontecimiento que inauguró la vida pública del Redentor, y comenzó así a manifestarse el misterio ante el pueblo.

El relato evangélico pone de relieve la conexión que hay, desde el comienzo, entre la predicación de Juan Bautista y la de Jesús. Al recibir aquel bautismo de penitencia, Jesús manifiesta la voluntad de establecer una continuidad entre su misión y el anuncio que el Precursor había hecho de la proximidad de la venida mesiánica. Considera a Juan Bautista como el último de la estirpe de los Profetas y "más que un profeta" (Mt 11, 9), ya que fue encargado de abrir el camino al Mesías.

En este acto del bautismo aparece la humildad de Jesús: Él, el Hijo de Dios, aunque es consciente de que su misión transformará profundamente la historia del mundo, no comienza su ministerio con propósitos de ruptura con el pasado, sino que se sitúa en el cauce de la tradición judaica, representada por el Precursor. Esta humildad queda subrayada especialmente en el Evangelio de San Mateo, que refiere las palabras de Juan Bautista: "Soy yo quien debe ser por Ti bautizado, ¿y vienes Tú a mí?" (3, 14). Jesús responde, dejando entender que en ese gesto se refleja su misión de establecer un régimen de justicia, o sea, de santidad divina, en el mundo: "Déjame hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia" (3, 15).

2. La intención de realizar a través de su humanidad una obra de santificación, anima el gesto del bautismo y hace comprender su significado profundo. El bautismo que administraba Juan Bautista era un bautismo de penitencia con miras a la remisión de los pecados. Era conveniente para los que, reconociendo sus culpas, querían convertirse y retornar a Dios.

Jesús, absolutamente santo e inocente, se halla en una situación diversa. No puede hacerse bautizar para la remisión de sus pecados; si recibe un bautismo de penitencia y de conversión, es para la remisión de los pecados de la humanidad. Ya en el bautismo comienza a realizarse todo lo que se había anunciado sobre el siervo doliente en el oráculo del libro de Isaías: allí el siervo es representado como un justo que llevaba el peso de los pecados de la humanidad y se ofrecía en sacrificio para obtener a los pecadores el perdón divino (53, 4-12).

El Bautismo de Jesús es, pues, un gesto simbólico que significa el compromiso en el sacrificio para la purificación de la humanidad. El hecho de que en ese momento se haya abierto el cielo, nos hace comprender que comienza a realizarse la reconciliación entre Dios y los hombres. El pecado había hecho que el cielo se cerrase; Jesús restablece la comunicación entre el cielo y la tierra. El Espíritu Santo desciende sobre Jesús para guiar toda su misión, que consistirá en instaurar la alianza entre Dios y los hombres.

3. Como nos relatan los Evangelios, el bautismo pone de relieve la filiación divina de Jesús: el Padre lo proclama su Hijo predilecto, en el que se ha complacido. Es clara la invitación a creer en el misterio de la Encarnación y, sobre todo, en el misterio de la Encarnación redentora, porque está orientada hacia el sacrificio que logrará la remisión de los pecados y ofrecerá la reconciliación al mundo. Efectivamente, no podemos olvidar que Jesús presentará más tarde este sacrificio como un bautismo, cuando pregunte a dos de sus discípulos: "¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber o ser bautizados con el

bautismo con que yo he de ser bautizado?" (Mc 10, 38). Su bautismo en el Jordán es sólo una figura; en la cruz recibirá el bautismo que va a purificar al mundo.

Mediante este bautismo, que primero tuvo expresión en las aguas del Jordán y que luego fue realizado en el Calvario, el Salvador puso el fundamento del bautismo cristiano. El bautismo que se practica en la Iglesia se deriva del sacrificio de Cristo.

Es el sacramento con el cual, a quien se hace cristiano y entra en la Iglesia, se le aplica el fruto de este sacrificio: la comunicación de la vida divina con la liberación del estado de pecado.

El rito del bautismo, rito de purificación con el agua, evoca en nosotros el bautismo de Jesús en el Jordán. En cierto modo reproduce ese primer bautismo, el del Hijo de Dios, para conferir la dignidad de la filiación divina a los nuevos bautizados. Sin embargo, no se debe olvidar que el rito bautismal produce actualmente su efecto en virtud del sacrificio ofrecido en la cruz.

A los que reciben el bautismo se les aplica la reconciliación obtenida en el Calvario.

He aquí, pues, la gran verdad: el bautismo, al hacernos partícipes de la muerte y resurrección del Salvador, nos llena de una vida nueva. En consecuencia, debemos evitar el pecado o, según la expresión del Apóstol Pablo, "estar muertos al pecado", y "vivir para Dios en Cristo Jesús" (Rom 6, 11).

En toda nuestra existencia cristiana el bautismo es fuente de una vida superior, que se otorga a los que, en calidad de hijos del Padre en Cristo, deben llevar en sí mismos la semejanza divina.

(45) Llamados a la unidad en la cruz de nuestro Señor Miércoles 18 de enero de 1984

1. Hoy empieza la semana anual de oración por la unión de los cristianos. En cualquier rincón de la tierra los cristianos, pertenecientes a diversas Iglesias o Comunidades eclesiales, consagran a la plegaria este tiempo especial. Nosotros, hijos e hijas de la Iglesia católica, debemos entrar plenamente, con todo nuestro ser, en esta oración. Efectivamente, un período de tiempo consagrado a la oración está lleno de gracia: Dios, el Padre amoroso, rico en misericordia (cf. Ef 2, 4), que nunca dará una piedra a quien le pide pan (cf. Mt 7, 9), escuchará con toda seguridad la oración fervorosa de sus hijos, oración que prolonga la de su Hijo, el Señor Jesús, y finalmente nos concederá la perfecta unidad. Realizará todo esto del modo y en el tiempo que sólo Él conoce.

El hecho mismo de que los cristianos oren juntos por este don tan grande es ya un don de Dios: es la primera aurora de la unidad. El tema de este año: "Llamados a la unidad en la cruz de Nuestro Señor" es central en el misterio de la salvación; evoca el fundamento de nuestra fe.

Sí, es una gracia, y grande, el que los cristianos sean llamados a estar juntos a la sombra y al amparo de la cruz, de esa cruz que es, a la vez, para nosotros motivo de dolor y de alegría, y es símbolo de ese "escándalo" que para los creyentes es verdadera gloria.

Además, este tema resulta particularmente apropiado para nosotros los católicos, que celebramos este año el Jubileo de la Redención: el Jubileo del misterio de la muerte y resurrección del Salvador. En la semana de oraciones por la unión, al contemplar juntamente con nuestros hermanos cristianos el misterio de la cruz —esto es, el misterio de la Vida que se ofrece en don hasta el sacrificio de la muerte—, tendremos la posibilidad de fijar el corazón y la mente en ese acontecimiento a cuya memoria hemos consagrado un año entero, y lo haremos con dolor por las heridas y desgarramientos del pasado, pero también con gran esperanza, fundada en la potencia de Dios.

2. Queridos hermanos y hermanas: Os invito insistentemente a los que estáis aquí presentes y, a través de vosotros, a todos los fieles católicos a hacer de esta semana un tiempo de oración constante y perseverante por el don de la unidad. ¡Jamás debemos olvidar que la oración es poderosa! O mejor: Nunca debemos infravalorar la amorosa generosidad con que Dios responde siempre a nuestras plegarias, aún cuando se parezcan a un frágil e inarticulado balbuceo, porque se las ofrecemos en el Hijo: con Él y por Él. Hemos escuchado en la lectura de hoy cómo oraba Jesús en sus días terrenos: "Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y suplicas con poderosos clamores y lágrimas... fue escuchado por su reverencial temor" (Heb 5, 7). Y sabemos también que Él vive siempre para interceder por nosotros (cf. Heb 7, 25).

En virtud de la cruz y de la resurrección Jesús reina por siempre a la derecha del Padre. Pero continúa viviendo también en nosotros, ya que: Cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis revestido de Cristo... todos sois uno en Cristo Jesús (Gál 3, 27-28). Sabéis bien que la Iglesia católica reconoce como hermanos y hermanas en Cristo a todos los que han sido "justificados en el bautismo por la fe" y sólo así "incorporados a Cristo crucificado y glorificado", y son llamados, precisamente por esto, cristianos (cf. Unitatis redintegratio, 3 y 22). El bautismo, que nos asemeja a la muerte de Cristo (cf. Rom 6, 4), es el fundamento de toda unidad, de la que tenemos y de la que anhelamos. Nuestra oración por la unión tiene su fundamento en el bautismo, es la fuente de nuestra esperanza. Este Año Jubilar, cada miércoles, en la audiencia general, renovamos nuestras promesas bautismales, nuestra fe bautismal; al hacer esto, volvemos a afirmar

precisamente el fundamento de nuestra unidad, tal como tuve oportunidad de hacer en la catedral de Canterbury durante una común celebración de fe, hace dos años. El recuerdo del bautismo es siempre recuerdo de nuestra vocación a la unión.

3. En la lectura de hoy hemos escuchado que Cristo, "aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia" (Heb 5, 8). En cuanto que somos hijos de Dios debemos ser fuertes ante la cruz; efectivamente, la cruz, la de la vida de cada uno de nosotros, es la que nos confirma que estamos en el sendero justo. Los pecados y los errores de los hombres han intentado desgarrar el Cuerpo de Cristo. Ciertamente, a ningún hombre de hoy se le pueden imputar las culpas del pasado. Pero también nosotros, si con nuestras actitudes, actos u omisiones perpetuamos las divisiones o ponemos obstáculos en el camino de la reconciliación, nos hacemos cómplices de algún modo de prolongar las rupturas en el cristianismo. Cristo, el Hijo obediente, nos llama a la obediencia y a la conversión, nos llama a llevar la cruz con Él.

Dirijámonos a Él y pidámosle humildemente que nos convierta, que cure nuestras divisiones y nos haga instrumentos dóciles de reconciliación.

Pero nuestro arrepentimiento debe estar lleno de esperanza, y esto por una profunda razón: hemos escuchado que el Hijo "al ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna" (Heb 5, 9).

Estamos llamados a ser una sola cosa por medio de la cruz: pero la cruz no fue sólo signo de sufrimiento; es, ante todo, signo de victoria y de esperanza, esperanza para los cristianos y para todo el mundo. El alma de nuestra oración, pues, debe ser la esperanza. "La esperanza es nuestra guía, la oración es nuestra fuerza, la caridad nuestro método" (Pablo VI, Alocución a los Observadores delegados en el Concilio Vaticano II, 17 de octubre, 1963: *Insegnamenti di Paolo VI*, 1, 1963. pág. 231). Sí, nuestra fuerza es la oración.

Al reunirnos esta semana en torno a la cruz de Jesús juntamente con todos los cristianos, no podemos menos de recordar que junto a la cruz estaba su Madre (cf. Jn 19, 25), unida al Hijo en el acto supremo de obediencia a la voluntad salvífica de Dios. Precisamente allí, en la cruz, se la dio como Madre al discípulo predilecto, y en él a la Iglesia. Por esta razón la causa de la unidad de los cristianos "pertenece específicamente a la función de la maternidad espiritual de María. De hecho, a los que son de Cristo, María no los engendró y no podía engendrarlos sino en una fe única y en un único amor" (León XIII, Encíclica *Adiutricem populi*: ASS 28, 1895-6, 135; cit. en Pablo VI, *Marialis cultus*, n. 33).

Que pueda Ella aparecer una vez más "ante el peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo" (*Lumen gentium*, 68), mientras nosotros rezamos con todo el corazón a fin de que todos los creyentes puedan sentirse de verdad "llamados a la unión a través de la cruz de Nuestro Señor".

(46) Cristo redime la dignidad de cada hombre Miércoles 25 de enero de 1984

1. "...Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis" (Mt 25, 40). Cristo, Hijo de Dios, al encarnarse, asume la humanidad de todo hombre, comenzando por el más pobre y abandonado. Se hace solidario con cada persona hasta el punto de que sale garante de su misma dignidad. Efectivamente, en su muerte, expresión máxima de esa "humillación" humanamente inconcebible de Dios, de la que habla la Carta a los Filipenses (cf. Flp 2, 6-11), Cristo redime la dignidad de cada hombre y establece sus derechos de modo insuperable.

En Cristo, el más desgraciado entre los hombres puede decir como Pablo: "Me amó y se entregó por mí" (Gál 2, 20). Verdaderamente se debe reconocer que, en un continuo crescendo desde el Antiguo al Nuevo Testamento, se manifiesta en el cristianismo la concepción auténtica del hombre como persona y ya no sólo como individuo. Si perece un individuo, la especie queda inalterada: en cambio, dentro de la lógica inaugurada por el cristianismo, cuando desaparece una persona, se pierde algo único e irrepetible.

2. El fundamento de la dignidad humana, que cada hombre puede captar reflexionando sobre su naturaleza de ser dotado de libertad, esto es, de inteligencia, voluntad y energía afectiva, encuentra en la redención de Cristo su plena inteligibilidad. En la Carta Encíclica *Redemptor hominis* he escrito que: "...ese profundo estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir, Buena Nueva. Se llama cristianismo (*Redemptor hominis*, 10).

Esto no esteriliza el esfuerzo que el hombre ha hecho desde siempre y continúa realizando para fundamentar en la propia naturaleza su dignidad de persona y establecer los derechos fundamentales que deben garantizarse a cada uno por parte de sus semejantes y de todas las instituciones. Más aún, se puede decir que este esfuerzo queda exaltado, según la lógica por la que el "cristianismo" hace descubrir lo "humano" y la gracia en la naturaleza.

El arraigo de la dignidad del hombre en ese nivel último, realizado por Cristo en la cruz, no destruye, pues, sino que concluye y corona la búsqueda racional con la que el hombre de todo tiempo, y especialmente el moderno, tiende hacia la definición cada vez más clara de los valores insertos en la propia realidad compuesta de alma y cuerpo.

3. El hombre debe inclinarse siempre, y de nuevo, sobre sí para descubrir la evidencia de la propia dignidad en la capacidad de trascenderse como persona, es decir, de decidir acerca de la propia vida con toda libertad y verdad. Es imposible captar esta dignidad al margen del nexo de la persona con la verdad. La verdad del hombre está en su relación íntima con Dios, ante todo por el sello que Él, al crearlo, imprimió en su estructura natural. "Creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó..." (Gén 1, 27).

La gran Tradición patristica y escolástica, desde Agustín a Juan Damasceno y a Tomás, ha indagado a fondo la doctrina de la "imagen de Dios", llegando a dos conclusiones importantes.

Ante todo, el hombre, hecho a imagen de Dios, está colocado estructuralmente en relación con la verdad por medio de su "mens" (espíritu), sede singular de su facultad intelectual y volitiva.

La energía intelectual con la que escruta la verdad, y la volitiva con la que tiende a ella, son la expresión elemental y universal de su dignidad. En segundo lugar, en su existencia cotidiana el hombre experimenta su contingencia que se deriva de sus límites y de su pecado. Entonces se da cuenta de ser a imagen de Dios y no ser ya imagen de Dios. Imagen de Dios es sólo el Verbo, el Hijo en quien el Padre tiene todas sus complacencias. El hombre es solamente una imagen muy imperfecta de Dios (cf. Tomás de Aquino, *Scriptum super Sententiis*. I, d. 3, q. 3 a 1 resp. ad 5um).

La expresión a imagen indica para el hombre una tensión hacia la plena transparencia en la verdad, le traza un camino ético y ascético, hecho de virtud y de ley, de deberes y derechos.

En este camino no puede menos de encontrarse, pronto o tarde, con Aquel que es imagen plena de Dios, Cristo que ha "asociado a Sí" a cada uno de nosotros.

4. Sin embargo, el hombre no posee la Verdad última en la que se fundamenta su dignidad.

Desde siempre aspira a ella, pero ella lo supera continuamente. Los griegos a través de la filosofía, los judíos por medio de la ley trataban de acercarse a la Verdad, que el hombre percibe como fundamento real, pero trascendente de su mismo ser.

Cristo nos señala en el amor este Camino de acceso a la Verdad última, que es Él mismo. La realización plena de la dignidad del hombre sólo se tiene en el dinamismo del amor que lleva a cada uno al encuentro con el otro y así lo abre a la experiencia de la trascendente presencia de Aquel que, al encarnarse, "se ha unido en cierto modo con todo hombre" (*Gaudium et spes*, 22).

"Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis". Que la palabra solemne con la que el Juez divino concluirá la historia, ilumine nuestros pasos en el tiempo, haciéndonos descubrir en el amor el camino que lleva al reconocimiento del valor irrepetible de cada uno de nuestros semejantes, y de este modo a la plena realización de nuestra misma humanidad.

(47) La iglesia, signo eficaz de la redención de Cristo en el mundo Miércoles 1 de febrero de 1984

1. "Todos los que creían vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común" (Act 2, 44). En el pasaje de los Hechos de los Apóstoles que hemos escuchado y en otros análogos (cf. Act 4, 32-36; 5, 12-16), se expresa visiblemente una realidad fundamental de nuestra fe. La novedad cristiana impregna la totalidad de la persona e implica recíprocamente a los hombres que la encuentran, sugiriéndoles un nuevo modo de plantear la propia existencia cotidiana.

De este modo, la comunidad cristiana se convierte, desde los primeros tiempos, en un hecho público bien identificable dentro de la sociedad: "Estaban todos reunidos en el pórtico de Salomón" (Act 5, 12), nos dice el libro de los Hechos. Los aspectos más comunes de la existencia humana se afrontan de acuerdo con una nueva lógica, la de la comunión, y cada uno, con libertad, es llamado a socorrer la necesidad, incluso material, de todos.

El libro de los Hechos más de una vez se preocupa de poner de relieve cómo la conversión implica la pertenencia de manera pública a la comunidad de los creyentes: "Cada día el Señor iba incorporando a los que habían de ser salvados" (Act 2, 48). Esta dimensión social es la consecuencia inevitable de la presencia de los cristianos en el mundo como hombres nuevos, que engendran una sociedad renovada. Efectivamente, el encuentro con Cristo toca al hombre en la raíz y determina en él una nueva identidad religiosa, que no puede dejar de influir también en la Esfera cultural y social.

2. La Iglesia, en su estructura de comunión, se sitúa así como signo eficaz de la redención de Cristo que se realiza en el mundo. Ella "es para todo el género humano —según las palabras del Concilio Vaticano II— un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación" (Lumen gentium, 9). Este germen es el conjunto del Pueblo de Dios que, como comunión sensiblemente manifestada, afronta la existencia. La obra de la Iglesia en el mundo es, pues, obra de salvación inaugurada por Cristo y que de Él espera la plenitud. Se realiza a través de la difusión del reino al que está unida indisolublemente la tarea de perfeccionamiento y de animación de la realidad del mundo mediante el espíritu del Evangelio.

Por esto, la participación en la vida de la sociedad, mirando a la edificación del bien común, encuentra en el cristiano, consciente del significado profundo de su pertenencia eclesial, un actor lúcido e infatigable. Al sentirse profundamente transformado por la novedad de la redención, dará testimonio, con todas las energías de que dispone, de que Cristo fermenta la historia y da a los creyentes la capacidad de construir la civilización de la verdad y del amor.

El cristiano, que es verdaderamente tal, jamás se sustrae a la fascinante misión de demostrar al hombre de hoy la posibilidad de una convivencia humana más verdadera, más justa, más impregnada por el espíritu de paz.

3. El vehículo normal con el que la Iglesia, fiel a su naturaleza sacramental de signo e instrumento de la unión con Dios y de la unidad de todo el género humano (cf. Lumen gentium 1) da testimonio de la redención que actúa en la sociedad, es la misión del cristiano en el mundo. Corresponde al cristiano, y en particular al laico protagonista del compromiso eclesial, gracias a la índole secular de su vocación, hacer presente en todos los ambientes el acontecimiento salvífico de Cristo. Tarea esencial de la misión, aparece,

pues, el deber de manifestar de modo sensible la unidad de los cristianos en las diversas situaciones existenciales, presentando la experiencia de hombres nuevos capaces de colaborar en la construcción de sectores de sociedad más verdadera y más justa.

El Concilio destaca con vigor este gran deber en el cristiano: "El divorcio entre la fe y la vida cotidiana de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época... Siguiendo el ejemplo de Cristo, quien ejerció el artesanado, alégrense los cristianos de poder ejercer todas sus actividades temporales haciendo una síntesis vital del esfuerzo humano, familiar, profesional, científico o técnico, con los valores religiosos, bajo cuya altísima jerarquía todo coopera a la gloria de Dios" (Gaudium et spes, 43). La invitación a convertirse en constructores de la civilización de la verdad y del amor no puede menos de extenderse a todos los hombres sinceramente comprometidos con el propio destino. Este es el sentido de la llamada incesante a la necesidad de la paz, tan amenazada hoy, llamada que la Iglesia no se cansa de repetir y por la que no deja de trabajar todo lo que puede.

Pero para que venza la paz es necesario un cambio de lógica dentro de nuestra civilización. Es preciso que se imponga la verdad sobre la mentira. Esto únicamente podrá suceder si prevalece el amor en el corazón de cada hombre, en los pequeños y en los grandes. Entonces la sociedad podrá tener como apoyo la dignidad de la persona, despuntará en su horizonte la perspectiva de días mejores.

(48) El cristianismo renueva continuamente la vida y cultura del hombre caído (Lectura: Carta de San Pablo a los Colosenses capítulo 2, versículos 1-5) Miércoles 8 de febrero de 1984

(Lectura: Carta de San Pablo a los Colosenses capítulo 2, versículos 1-5)

1. En la Carta a los Colosenses (2, 1-5) que acabamos de escuchar, San Pablo desea a todos los cristianos que "alcancen todas las riquezas de la plena inteligencia y conozcan el misterio de Dios, esto es, a Cristo, en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia". Por tanto, San Pablo presenta el cristianismo no como mera sabiduría humana, sino como un hecho que debe renovar continuamente, a la luz del Evangelio, la vida y cultura del hombre caído (cf. *Gaudium et spes*, 58). El encuentro con Cristo que se hace realidad en la Iglesia, implica una concepción nueva de la existencia y de la realidad. La presencia redentora del Hijo de Dios hecho hombre constituye una clave de bóveda, un punto de vista último y global sobre el modo de vivir y pensar la existencia del hombre y del mundo. Por ello, quien cree en Cristo no pierde el sentido de la vida ni cae en la desesperación ni siquiera en los momentos más fatigosos, cuando todo puede parecer escándalo o locura.

Dije en la alocución a la UNESCO: "Las sociedades con civilización técnica más avanzada se encuentran ante la crisis específica del hombre que consiste en una creciente falta de confianza en su propia humanidad, en la significación del hecho de ser hombre, y de la afirmación y de la alegría que de ello se siguen y que son fuente de creatividad. La civilización contemporánea intenta imponer al hombre una serie de imperativos aparentes... En lugar de la primacía de la verdad en las acciones, la "primacía" del comportamiento de moda, de lo subjetivo y del éxito inmediato" (*Enseñanzas al Pueblo de Dios*, 1980, 6, I b, pág. 849, n. 13; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 15 de junio de 1980, pág. 12).

Pero el hombre necesita conocer el sentido total de su vida. Con todas las manifestaciones de su ser da a entender que tiende a un principio unificante de sí y de la realidad, o sea, a la verdad. Sólo en virtud de ésta el hombre puede alcanzar su madurez no obstante las contradicciones y el pecado, y con la madurez, la capacidad de actuar responsablemente en la historia.

2. Cristo revelación del Padre, es el principio originario de la realidad que da orden a todo y, por tanto, permite al hombre juzgar en último análisis lo que vale la pena de ser conocido, alcanzado y vivido. Por esta razón la fe en Cristo exige una conversión profunda y definitiva de mentalidad, la cual da origen a una sensibilidad y enjuiciamiento nuevos. Este enjuiciamiento, relacionado íntimamente con la fe de cada cristiano incluso del más sencillo, produce un conocimiento de la vida profundo y cargado de gusto, capaz de justificar lo que dije en la Carta Encíclica *Redemptor hominis*: "El hombre que quiere comprenderse hasta el fondo a sí mismo —no solamente según criterios y medidas del propio ser inmediatos, parciales, a veces superficiales e incluso aparente—, debe acercarse a Cristo" (n. 10).

Cuando el juicio de fe se hace sistemático y crítico, da origen a una nueva hermenéutica capaz de redimir a la cultura entendida como "manifestación del hombre como persona, comunidad, pueblo y nación" (*Discurso a los hombres de la cultura*, 15 de diciembre de 1983, n. 3; *L'Osservatore Romano*, edición en Lengua Española, 25 de diciembre de 1983, pág. 6).

Cuando el Evangelista afirma que "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1, 14), quiere enseñarnos también que en Cristo la verdad se ha hecho presente sin trabas, no como término de estéril nostalgia, sino como realidad concreta a la que es posible acercarse personalmente. La verdad vino y colmó la mente y el corazón. En consecuencia, el pensamiento del hombre adquiere todo su valor sólo si se adecua a ella y la adopta por medida suprema de juicio y criterio decisivo de acción.

Por consiguiente existe, y no hay que temer afirmarlo, una cualificación cristiana de la cultura, porque la fe en Cristo no es un mero y simple valor entre los valores que las varias culturas describen; sino que para el cristiano es el juicio último que juzga a todos los demás siempre con pleno respeto de su consistencia peculiar.

3. De modo que la cultura engendrada por la fe es una tarea a realizar y una tradición a conservar y transmitir. Sólo así la evangelización, aún siendo en su esencia autónoma de la cultura, encuentra la manera de incidir plenamente en la vida del hombre y de las naciones.

En efecto, todo el universo de intereses y habilidades del hombre espera ser animado por la luz de Cristo. La luz de su presencia favorece el desarrollo de la competencia humana, pues valoriza en el sujeto humano toda potencialidad y estimula la dinámica de sus capacidades.

Además, en la profundización y comunicación de la visión cristiana de la realidad que permite la cultura, se demuestra mejor la "conveniencia" suprema del designio de Dios sobre el mundo.

Hermanos muy queridos: En este Año Santo de la Redención estamos invitados a participar en la misión de la Iglesia, que puede y debe entrar en relación crítica y constructiva con toda forma de cultura. En efecto, el cristiano está llamado a contribuir al progreso cultural y a la solidaridad entre los hombres, anunciando desde dentro de las más variadas situaciones humanas "una fe que necesita penetrar en la inteligencia del hombre... No yuxtaponiéndose a cuanto la inteligencia puede conocer con su luz natural, sino impregnando 'desde dentro' este mismo conocimiento" (Discurso sobre la pastoral universitaria, n. 2; L'Osservatore Romano, Edición en Lengua Española, 4 de abril de 1982. pág. 2).

(49) El trabajo humano, participación en la obra del creador y del redentor Miércoles 15 de febrero de 1984

1. " Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla" (Gén 1, 28). La Palabra de Dios creador asigna al hombre una tarea insustituible para el desarrollo de las potencialidades ínsitas en el universo. Está llamado a participar en la obra del Creador, a la que la Biblia define significativamente con la palabra "trabajo". Según sus propias capacidades, él prosigue, desarrolla y completa todo lo que Dios ha comenzado.

Pero el significado del trabajo humano no se agota en esta tarea. Es insustituible también para la edificación de una sociedad más justa, donde reine la verdad y el amor, y se manifieste, por lo tanto, visiblemente la promesa del reino contenida en la redención de Cristo. "Por ello —dije en Guadalajara, durante el viaje apostólico a México—, el trabajo no ha de ser una mera necesidad; ha de ser visto como una verdadera vocación, un llamamiento de Dios a construir un mundo nuevo en el que habite la justicia y la fraternidad, anticipo del reino de Dios, en el que no habrá ya ni carencias ni limitaciones. El trabajo ha de ser el medio para que toda la creación esté sometida a la dignidad del ser humano e hijo de Dios" (L'Osservatore Romano, Edición en Lengua Española, 11 de febrero, 1979, pág. 14).

2. Reflexionando más a fondo, bajo la guía del Concilio Vaticano II, "sabemos que, con la oblación de su trabajo a Dios, los hombres se asocian a la propia obra redentora de Jesucristo, quien dio al trabajo una dignidad sobreeminente laborando con sus propias manos en Nazaret" (Gaudium et spes, 67). Efectivamente, el trabajo, redimido por Cristo, se convierte para el hombre en expresión de la propia vocación, la de un ser llamado a conformarse con Cristo, a vivir en profunda, íntima unión con el Hijo de Dios. En la perspectiva abierta por la redención, el trabajo viene a ser una de las modalidades fundamentales, a través de las cuales el hombre se abre a sí mismo y, en Cristo, a Dios Padre.

El Concilio Ecuménico Vaticano II nos ha enseñado además que uno de los principales frutos de esta unión con Cristo es la participación en su realeza, esto es, en su destino de Señor del cosmos y de la historia (cf. Lumen gentium, 36). Cristo vivió su realeza, sobre todo, en el servicio a los hermanos, inspirado por el amor (cf. Mt 20, 28; Mc 10, 45). Al participar en esta realeza, el hombre adquiere una renovada libertad de ponerse generosamente al servicio del prójimo en la fatiga cotidiana del trabajo, sentido y vivido como una demostración y un testimonio de amor.

El amor, latente en un trabajo a veces pesado y fatigoso, no revela inmediatamente y siempre su presencia; pero, poco a poco, si el que trabaja tiene fe y constancia, el amor empieza a manifestarse en la solidaridad que se crea entre hombre y hombre. El trabajo, realizado con amor y por amor, es una gran ocasión de crecimiento para el hombre, al que asegura, como decía mi venerado predecesor Pío XII, "un campo de justa libertad no sólo económica, sino también política, cultural y religiosa" (Pío XII, Mensaje del 1 de septiembre de 1944).

Además, el trabajo implica un "servicio real", porque, al soportar su fatiga "en unión con Cristo crucificado por nosotros, el hombre colabora en cierto modo con el Hijo de Dios en la redención de la humanidad. Se muestra verdadero discípulo de Jesús llevando a su vez la cruz de cada día en la actividad que ha sido llamado a realizar" (Encíclica Laborem exercens, 27).

En el trabajo, concebido de este modo, se realiza, en continuidad con la misión de Cristo, la capacidad del hombre para transformar el mundo, haciéndolo homogéneo con su dignidad sublime de redimido. La redención del trabajo pone al hombre en condición de ejercitar su "munus regale", esto es, de responder al mandato del Creador de someter y dominar la tierra (cf. Gén 1, 28). Por esto, la *Gaudium et spes* puede afirmar que el trabajo "procede inmediatamente de la persona, la cual marca con su impronta la materia y la somete a su voluntad" (n. 67).

3. El trabajo tiene un gran valor creativo incluso porque lleva al individuo a comprometerse con toda la comunidad familiar, social y política.

En efecto, todo hombre recibe incesantemente ayuda de los que están cerca y de los que están lejos. Se enriquece con los bienes materiales, morales, culturales y religiosos, creados por generaciones enteras, de las que quizá nunca ha oído hablar. Vive del trabajo, del esfuerzo, del fervor, de la devoción, del sacrificio que otros han realizado. Ninguno de los bienes, fruto de este enorme trabajo, le es extraño. Sería egoísta, pues, aceptar pasivamente toda esta riqueza sin comprometerse a corresponder a ella, prestando con el propio trabajo una aportación activa a la solución de la dramática situación social en que vivimos hoy.

De esta consideración elemental toma luz la dimensión de participación inherente al trabajo humano. Ella abre de par en par al hombre el camino de la autorrealización, ofreciéndole la posibilidad incomparable de comunicarse él mismo con el otro, dentro de relaciones estables y solidarias, atentas a las necesidades reales, sobre todo, a la relación suprema de encontrar un significado para la propia existencia. Esta dimensión, abierta por la redención de Cristo, se revela así como un óptimo antídoto para la situación de alienación en que frecuentemente se halla el trabajo humano.

El Año Santo de la Redención es una invitación para cada uno de nosotros a encontrar en Cristo Redentor el significado más profundo del trabajo y, con él, la alegría que brota de la conciencia de dar una aportación personal a la edificación de un mundo renovado

## SÉPTIMA PARTE:

# EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

(50) La misión de la Iglesia en el perdón de los pecados Miércoles 22 de febrero de 1984

### 1. Queridísimos hermanos y hermanas:

Hoy, la fiesta de la Cátedra de San Pedro Apóstol, en el Año de la Redención, adquiere un significado totalmente particular. Nos recuerda la misión que la Iglesia tiene en el perdón de los pecados.

El pasaje del Evangelio de Mateo (16, 13-19) que hemos escuchado contiene la que con frecuencia se llama "promesa" del ministerio de Pedro y de sus Sucesores en favor del Pueblo de Dios: "Y yo te digo —afirma Jesús—: que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos".

Sabemos que Cristo dio cumplimiento a esta "promesa" después de su resurrección, cuando mandó a Pedro: "Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas" (Jn 21, 15-17). Sabemos también que el Señor Jesús confió de modo singular, "juntamente con Pedro y bajo la guía de Pedro (Ad gentes, 38), el "poder" de "atar" y "desatar", también a los Apóstoles y a sus sucesores, los obispos (cf. Mt 18, 18), y este poder está vinculado en cierta medida y por participación, también a los sacerdotes.

Este "oficio" comprende campos muy amplios de aplicación, como la función de tutelar y de anunciar con un carisma cierto de verdad" (Dei Verbum, 8), la Palabra de Dios; la función de santificar sobre todo por medio de la celebración de los sacramentos; la función de regir a la comunidad cristiana por el camino de la fidelidad a Cristo en los diversos tiempos y en los diversos ambientes.

2. Ahora, me apremia poner de relieve la tarea de la remisión de los pecados. Frecuentemente, según la experiencia de los fieles, constituye una dificultad importante precisamente el tener que presentarse al ministro del perdón. "¿Por qué —se objeta— manifestar a un hombre como yo mi situación más íntima e incluso mis culpas más secretas?" "¿Por qué —se objeta también— no dirigirme directamente a Dios o a Cristo, y tener, en cambio, que pasar por la mediación de un hombre para obtener el perdón de mis pecados?"

Estas y parecidas preguntas pueden tener una cierta aceptación por el "esfuerzo" que siempre exige un poco el sacramento de la penitencia. Pero, en el fondo, ponen de relieve una no comprensión o una no acogida del "misterio" de la Iglesia.

Es cierto: el hombre que absuelve es un hermano que también se confiesa, porque, a pesar del afán por su santificación personal, está sujeto a los límites de la fragilidad humana. Sin embargo, el hombre que absuelve no ofrece el perdón de las culpas en nombre de dotes humanas peculiares de inteligencia, o de penetración psicológica; o de dulzura y afabilidad; no ofrece el perdón de las culpas tampoco en nombre de la propia santidad. Él, como es de desear, está invitado a hacerse cada vez más acogedor y capaz de transmitir la esperanza que se deriva de una pertenencia total a Cristo (cf. Gál 2, 20; 1 Pe 3, 15). Pero cuando alza la mano que bendice y pronuncia las palabras de la absolución, actúa "in persona Christi": no sólo como "representante", sino también y, sobre todo, como "instrumento" humano en el que está presente, de modo arcano y real, y actúa el Señor Jesús, el "Dios-con-nosotros", muerto y resucitado y que vive para nuestra salvación.

3. Bien considerado, a pesar de la molestia que puede provocar la mediación eclesial, es un método humanísimo, a fin de que el Dios que nos libera de nuestras culpas no se diluya en una abstracción lejana, que al fin se convertiría en una difuminada, irritante y desesperante imagen de nosotros mismos. Gracias a la mediación del ministro de la Iglesia este Dios se hace "próximo" a nosotros en la concreción de un corazón también perdonado.

Con esta perspectiva es como hay que preguntarse si la instrumentalidad de la Iglesia, en vez de ser contestada, no debería, más bien, ser deseada, puesto que responde a las esperanzas más profundas que se ocultan en el espíritu humano, cuando se acerca a Dios y se deja salvar por Él. El ministro del sacramento de la penitencia aparece así — dentro de la totalidad de la Iglesia— como una expresión singular de la "lógica" de la Encarnación, mediante la cual el Verbo hecho carne nos alcanza y nos libera de nuestros pecados.

"Cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos", dice Cristo a Pedro. Las "llaves del reino de los cielos" no fueron confiadas a Pedro y a la Iglesia para que se aprovechen de ellas a su propio arbitrio o para manipular las conciencias, sino a fin de que las conciencias sean liberadas en la Verdad plena del hombre, que es Cristo, "paz y misericordia" (cf. Gál 6, 16) para todos.

(51) Nuestra actitud ante el sacramento del perdón Miércoles 29 de febrero de 1984

1. "Os lo pedimos por Cristo: deaos reconciliar con Dios" (2Cor 5, 20). En la oración común del miércoles pasado reflexionamos sobre el significado y el valor, incluso humano, del perdón, en cuanto ofrecido por la Iglesia por medio del ministro del sacramento de la penitencia.

Hoy, y en las próximas semanas, quisiera continuar considerando los gestos, a los que estamos llamados cuando nos acercamos al sacramento del perdón. Se trata de acciones muy sencillas, de palabras muy corrientes, pero que ocultan toda la riqueza de la presencia de Dios y nos exigen la disponibilidad a dejarnos formar según la pedagogía de Cristo, continuada y aplicada por la sabiduría materna de la Iglesia.

2. Cuando nosotros, creyentes, salimos de nuestras casas y de la vida cotidiana para dirigirnos a recibir la misericordia del Señor, que nos libera de nuestras culpas en el sacramento de la reconciliación, ¿cuáles son las convicciones y los sentimientos que debemos alimentar en el espíritu?

En primer lugar, debemos estar seguros de que la nuestra es ya una "respuesta". A una mirada superficial le puede parecer extraña esta observación. Se nos puede preguntar: ¿No somos nosotros —únicamente nosotros— los que asumimos la iniciativa de pedir el perdón de los pecados? ¿No somos nosotros —únicamente nosotros— los que nos damos cuenta del peso de nuestras culpas y de los desvíos de nuestra vida, los que nos percatamos de la ofensa hecha al amor de Dios, y, por lo tanto, los que nos decidimos a la opción de abrirnos a la misericordia?

Ciertamente, también se exige nuestra libertad. Dios no impone su perdón al que rehúsa aceptarlo. Y, sin embargo, esta libertad tiene raíces más profundas y metas más altas de todo lo que nuestra conciencia llega a comprender. Dios, que en Cristo es la viviente y suprema misericordia, está "antes" que nosotros y antes que nuestra invocación para ser reconciliados.

Nos espera, nosotros no nos apartaríamos de nuestro pecado, si Dios no nos hubiera ofrecido ya su perdón. "A la verdad, Dios estaba —afirma San Pablo— reconciliando al mundo consigo en Cristo" (2Cor 5, 18). Más aún: No nos decidiríamos a abrirnos al perdón, si Dios, mediante el Espíritu que Cristo nos ha dado, no hubiera ya realizado en nosotros pecadores un impulso de cambio de existencia, como es, precisamente, el deseo y la voluntad de conversión. "Os lo pedimos —añade San Pablo—: deaos reconciliar con Dios" (2Cor 5, 20).

En apariencia, somos nosotros quienes damos los primeros pasos; en realidad, en el comienzo de nuestra reforma de vida está el Señor que nos ilumina y nos solicita. Le seguimos a Él, nos adaptamos a su iniciativa. La gratitud debe llenarnos el corazón antes aún de ser liberados de nuestras culpas mediante la absolución de la Iglesia.

3. Una segunda certeza debe animarnos cuando nos dirigimos al sacramento de la penitencia.

Estamos invitados a acoger un perdón que no se limita a "olvidar" el pasado, como si extendiera sobre él un velo efímero, sino que nos lleva a un cambio radical de la mente, del corazón y de la conducta, de manera que nos convertimos, gracias a Cristo, en "justicia de Dios" (2Cor 5, 21).

Efectivamente, Dios es un dulcísimo, pero también un exigentísimo amigo. Cuando se le encuentra, ya no es posible continuar viviendo como si no se le hubiese encontrado. Pide que se le siga no por los caminos que nosotros habíamos determinado recorrer, sino por los que Él ha señalado para nosotros. Se le da algo de la existencia, y poco a poco nos damos cuenta de que la está pidiendo toda.

Una religión exclusivamente consoladora es una fábula, que sólo comparte quien aún no ha experimentado la comunión con Dios. Esta comunión ofrece también las gratificaciones más profundas, pero las ofrece dentro de un esfuerzo inagotable de conversión.

4. En particular —y es un tercer aspecto del camino hacia el sacramento de la reconciliación— el Señor Jesús nos pide que estemos dispuestos a perdonar, por parte nuestra, a los hermanos, si queremos recibir su perdón. La costumbre de ciertas tradiciones cristianas de intercambiarse los fieles más cercanos el signo de la paz antes de dirigirse al sacramento de la misericordia de Dios, traduce con un gesto el imperativo evangélico: "Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará vuestro Padre celestial.

Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras faltas" (Mt 6, 14-15).

Esta observación adquiere toda su importancia, si se piensa que el pecado, aún el más secreto y personal, es siempre una herida hecha a la Iglesia (cf. *Lumen gentium*, 11), y si se piensa que la concesión del perdón de Dios, aún cuando sea, de modo peculiar e indelegable, acto del ministro del sacramento de la penitencia —el sacerdote—, siempre tiene lugar en el contexto de una comunidad que ayuda y sostiene y vuelve a acoger al pecador con la oración, con la unión al sufrimiento de Cristo y con el espíritu de fraternidad que deriva de la muerte y resurrección del Señor Jesús (cf. *Lumen gentium*, 11).

Escuchemos, pues, queridísimos hermanos y hermanas, la invitación del Apóstol Pablo, como si Dios mismo nos exhortase por medio de él: "¡Dejémonos reconciliar con Dios!".

(52) La satisfacción por los pecados a través de las practicas penitenciales Miércoles 7 de marzo de 1984

1. "Dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros" (Col 3, 5).

La exhortación del Apóstol Pablo resuena con actualidad especial este día, en el que, con el austero rito de la imposición de la ceniza, se abre el período de Cuaresma: un tiempo que está singularmente marcado por la penitencia; un tiempo en el que la Iglesia pide diligentemente a los fieles que se acerquen más frecuentemente y con más fervor al sacramento de la penitencia.

Toda la vida cristiana es vida de mortificación. La Iglesia, con sus normas de sabiduría maternal, establece "unos días penitenciales, en los que se dediquen los fieles de manera especial a la oración, realicen obras de piedad y de caridad y se nieguen a sí mismos, cumpliendo con mayor fidelidad sus propias obligaciones y, sobre todo, observando el ayuno y la abstinencia" (Código de Derecho Canónico, can. 1249).

Luego, durante la Cuaresma, además de la "abstinencia de carne o de otro alimento que haya determinado la Conferencia Episcopal" del lugar (can. 1251) cada viernes, la Iglesia impone para nuestro provecho espiritual "la abstinencia y el ayuno el Miércoles de Ceniza (es decir, hoy) y el Viernes Santo" (ib.). Y se trata de preceptos que deberían considerarse como el *mínimum indispensable*: todo un estilo de penitencia debería acompañar el desarrollo de la existencia de fe y concretarse en gestos precisos, fruto de generosidad.

2. Continuando la reflexión que venimos desarrollando los pasados miércoles, quisiera llamar la atención sobre esa penitencia particular que está vinculada al sacramento del perdón y que comúnmente se llama "satisfacción". Esta práctica ha de ser descubierta de nuevo en su sentido más profundo. Acaso se hace incluso más significativa y más densa de cuanto lo haya sido con frecuencia en el uso corriente.

Invitado por la interpelación de Dios, el pecador se ha acercado al sacramento de la misericordia y ha recibido el perdón de los propios pecados. Pero antes de la absolución ha aceptado la indicación de prácticas penitenciales que deberá realizar en su vida con la gracia del Señor.

No se está ante una especie de "precio" mediante el cual se "pagaría" el inestimable don que Dios nos hace con la liberación de las culpas. La "satisfacción" es, más bien, la expresión de una existencia renovada, la cual, con una nueva ayuda de Dios, se dirige a su realización concreta. Por esto, no debería limitarse, en sus manifestaciones determinadas, al solo campo de la oración, sino actuar en los diversos sectores en los que el pecado ha devastado al hombre. San Pablo nos habla de "fornicaciones, impurezas, pasiones, codicias y de esa avaricia que es una idolatría. Eso es lo que atrae el castigo de Dios sobre los desobedientes" (Col 3, 5-6).

3. Más aún: la "satisfacción" precisamente en su vinculación con el sacramento de la penitencia y en su derivación de él, no sólo adquiere una eficacia singular, sino que revela la riqueza de significados que tiene la mortificación en la perspectiva de fe. Nunca se repetirá bastante que el cristianismo no es un "dolorismo", fin en sí mismo. En cambio, el cristianismo es una alegría y una "paz" (cf. Col 3, 15) que incluyen y exigen el sacrificio.

Efectivamente, el pecado original, aún cuando borrado por el bautismo, deja normalmente en lo íntimo del hombre un desorden que se supera, una propensión al pecado que se

frena con el esfuerzo humano, además de con la gracia del Señor (cf. Conc. Trid. Decretum de iustificatione, cap. 10; Denz.-Schön, n. 1535). El mismo sacramento de la reconciliación, aún ofreciendo el perdón de las culpas, no elimina completamente la dificultad que el creyente encuentra en la realización de la ley grabada en el corazón del hombre y perfeccionada por la Revelación: esta ley, aún cuando está interiorizada por el don del Espíritu Santo, deja, de ordinario, la posibilidad de pecado y más aún, cierta inclinación a él (cf. Conc. Trid. Decretum de iustificatione, cap. 11; Denz.-Schön, núms. 1536; 1568-1573). Por consiguiente, la vida humana y cristiana se manifiesta siempre como una "lucha" contra el mal (cf. Conc. Vat. II, Gaudium et spes, núms. 13, 15). Se requiere, pues, un serio esfuerzo ascético para que el fiel se haga cada vez más capaz de amar a Dios y al prójimo, en sintonía coherente con la propia condición de renacido en Cristo.

Añádase a esto que el dolor —el que se sufre con resignación y el que se busca libremente con miras a una plena adaptación a la propuesta evangélica— hay que vivirlo en unión con Cristo para participar en su pasión, muerte y resurrección. De este modo, el creyente puede repetir con San Pablo: "Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1, 24).

(53) El examen de conciencia Miércoles 14 de marzo de 1984

1. "Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad" (1Jn 1, 9)

Queridísimos hermanos y hermanas: A la luz de las palabras del Apóstol Juan, queremos continuar en esta meditación el descubrimiento de los significados que hay bajo los gestos que estamos llamados a realizar, según la dinámica del sacramento y la pedagogía de la Iglesia, cuando nos acercamos a la confesión. Hoy nuestra atención se fija en ese momento que la ascética cristiana suele llamar examen de conciencia para el reconocimiento de nuestros pecados.

Ya es empresa ardua admitir que el pecado en sí es decisión que contrasta con la norma ética que el hombre lleva grabada en el propio ser; es difícil reconocer en la opción que se hace contra Dios, verdadero "Fin" en Cristo, la causa de una disociación intolerable de nuestra intimidad entre la tendencia necesaria hacia el Absoluto y nuestra voluntad de "bloquearnos" en bienes finitos. El hombre se resiste a admitir que la opción mala rompa la armonía que debe reinar entre él y los hermanos, y entre él y la realidad del cosmos.

La dificultad aumenta desmesuradamente cuando hay que reconocer no el pecado en su abstracción teórica y general, sino en su densidad de acto realizado por una persona concreta o en las condiciones en que se halla esta determinada persona. Entonces se pasa de la comprensión de una doctrina a la admisión de una experiencia que nos afecta directamente y que no se puede delegar, porque es fruto de nuestra responsabilidad: estamos llamados no a decir: "Existe el pecado", sino a confesar: "Yo he pecado", "Yo estoy en pecado". A esta dificultad alude San Juan cuando en su primera Carta, nos advierte: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos y la verdad no estaría en nosotros" (1Jn 1, 8).

2. Quizá tengamos que insistir: reconocer las propias culpas no significa sólo recordar los sucesos en su escueta realidad, dejando que vuelvan a salir al corazón como recuerdo de simples comportamientos, de gestos casi desprendidos de la libertad, y hasta, de algún modo, "alejados" de la conciencia. Reconocer las propias culpas implica, más bien, poner en claro la intencionalidad que está detrás y dentro de cada uno de los hechos que hemos consumado.

Esto requiere la valentía de admitir la propia libertad puesta en juego en el mal. Esto nos impone la confrontación con las exigencias morales, que Dios ha grabado en nuestra intimidad como imperativos que llevan a la perfección, al crearnos "a su imagen y semejanza" (cf. Gén 1, 26) y al "predestinarnos a ser conformes con la imagen de su Hijo" (cf. Rom 8, 29).

Esto nos impone, en particular, "entrar en nosotros mismos" (cf. Lc 15, 17) para dejar hablar a la evidencia: nuestras opciones malas no pasan a nuestro lado; no existen antes de nosotros; no se cruzan en nuestro camino como si fueran sucesos que no nos envuelven. Nuestras opciones perversas, en cuanto perversas, nacen en nosotros, únicamente de nosotros.

Dios nos presta su "concurso" para que podamos actuar; pero la connotación negativa de nuestra actuación depende sólo de nosotros. Somos nosotros los que decidimos nuestro destino por Dios o contra Dios, mediante la libertad que Él nos ha confiado como don y como tarea. Más aún: cuando, con dificultad, logramos reconocer nuestros pecados, nos

damos cuenta también, con mayor dificultad todavía, de que no podemos liberarnos de ellos nosotros solos, con nuestras solas fuerzas. Paradoja de esta aventura de la culpa humana: sabemos realizar actos que no podemos reparar. Nos rebelamos contra un Dios a quien luego no podemos obligar a que nos ofrezca su perdón.

3. El "examen de conciencia" se nos revela así no tanto como esfuerzo de introspección psicológica, o como gesto intimista que se circunscribe al perímetro de nuestra conciencia, abandonada a sí misma. Es sobre todo confrontación: confrontación con la ley moral que Dios nos dio en el momento creador, que Cristo asumió y perfeccionó con su precepto del amor (cf. 1Jn 3, 23), y que la Iglesia no cesa de profundizar y actualizar con su enseñanza; confrontación con el mismo Señor Jesús que, siendo Hijo de Dios, ha querido asumir nuestra condición humana (cf. Flp 2, 7) para cargar con nuestros pecados (cf. Is 53, 12) y vencerlos con su muerte y su resurrección.

Sólo a la luz de Dios que se revela en Cristo y que vive en la Iglesia, sabemos percibir con claridad nuestras culpas. Sólo ante el Señor Jesús que ofrece su vida "por nosotros y por nuestra salvación", logramos confesar nuestros pecados. Lo conseguimos también porque sabemos que ya están perdonados, si nos abrimos a su misericordia. Podemos dejar que nuestro corazón "nos arguya", porque estamos seguros de que "Dios es mejor que nuestro corazón" (1Jn 3, 20). Y "todo lo conoce" (ib.). Y nos ofrece su benevolencia y su gracia para cada una de las culpas.

Entonces surge dentro de nosotros también el propósito de la enmienda. Pascal observaría: "Si conocieses tus pecados, te desanimarías... A medida que los expías, los conocerás, y se te dirá: Tus pecados te han sido perdonados" (Pensées, 553: éditions León Brunschvicg).

(54) La acusación de los pecados en la Confesión Miércoles 21 de marzo de 1984

1. "Si confesamos nuestros pecados fiel y justo es Él para perdonarnos. (1Jn 1, 9).

Escuchemos una vez más la consoladora afirmación de San Juan.

Los miércoles pasados hemos ido descubriendo de nuevo el significado profundo de los gestos que el penitente realiza cuando se acerca al sacramento de la reconciliación, y especialmente el significado del encuentro con la mediación eclesial, sobre todo en la persona del ministro, el significado de disponerse a recibir el perdón de Dios y el significado del "examen de conciencia" y de la "satisfacción".

Hoy quisiera reflexionar con vosotros sobre un acto exigido por el sacramento que, con no poca frecuencia, crea más de una dificultad a los fieles que no prestan atención a la dinámica del sacramento mismo y a las verdaderas exigencias del corazón humano: quiero decir la acusación de los pecados. E insisto en la acusación personal —como insistiré en la absolución personal de las culpas—, ya que, para la doctrina católica, la confesión individual sigue siendo el único modo ordinario de la Penitencia sacramental.

Es conocida la enseñanza de la Iglesia a este respecto. La absolución exige, sobre todo cuando se trata de pecados mortales, que el sacerdote comprenda claramente y valore la calidad y el número de los pecados y también si se da un arrepentimiento sincero.

¿Por qué ese requiere tal acto?

2. Se podría contestar con motivaciones de orden psicológico y antropológico, las cuales mostrarían ya —por encima de toda superficialidad de análisis— cierta "exigencia" de "comunicarse" por parte del pecador: de "hablar" a alguien que escuche con atención y confianza, para que el pecador mismo se aclare y, en cierto modo, se sienta aliviado y liberado del peso de las propias culpas.

Pero la perspectiva humana no capta la raíz de la conversión, y sobre todo no da una vida nueva como la da el sacramento.

He aquí, pues, que la acusación de los pecados adquiere su sentido más verdadero y su más auténtico valor en el sacramento de la penitencia, donde el hombre está llamado a descubrirse plenamente como hombre que ha traicionado a Dios y tiene necesidad de misericordia.

Hay que afirmar categóricamente que la acusación de los pecados no es sólo un momento de pretendida autoliberación psicológica o de necesidad humana de manifestarse en la propia condición de culpa. La acusación de los pecados es principalmente gesto que, de algún modo, entra a formar parte del contexto litúrgico y sacramental de la Penitencia, y comparte sus características, dignidad y eficacia.

El creyente pecador, en el seno de la comunidad cristiana, se presenta al ministro de la Reconciliación que de modo totalmente particular actúa "en nombre" y "en la persona" del Señor Jesús, y manifiesta las propias culpas para recibir su perdón, y ser así admitido de nuevo en la fraternidad de gracia.

La connotación "judicial", propia de esta relación, no debe entenderse según las categorías del ejercicio de la justicia humana. El sacerdote confesor debe expresar, en el seno de la Iglesia, la "justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que

creen" (Rom 3, 22): una justicia que no es condenación más que para los que no se dejan salvar; sino que es perdón y misericordia.

3. A la luz de este concepto fundamental se comprende cómo la acusación de las culpas es como si el pecador se aclarase a sí mismo ante Dios que lo perdona.

Efectivamente, el pecador se reconoce extraño y hostil a Dios por una opción fundamental que ha hecho contra el mismo Dios. Pero esta opción no se pone como un acto de libertad que esté fuera de la historia; se concreta, más bien, en comportamientos precisos que son, de por sí, cada una de las culpas. A partir de lo que ha hecho, el pecador llega realmente a captar quién es: se conoce como por inducción.

Y tal enumeración de culpas no se realiza de modo solipsista y desesperado: se realiza, en cambio, a manera de diálogo religioso, en el que se manifiestan los motivos por los que Dios en Cristo no debería acogernos —y a esto equivale la manifestación de los pecados cometidos—, pero con la certeza de que Él nos acoge y nos renueva por benevolencia suya y por su capacidad de re-crearnos. De este modo, el pecador no sólo se conoce como por inducción, sino que se conoce a manera de reverbero: cuando se ve como Dios mismo lo ve en el Señor Jesús; cuando se acepta porque Dios mismo en el Señor Jesús lo acepta y lo hace "criatura nueva" (Gál 6, 15). El "juicio" divino se revela por lo que es: la gratuidad del perdón.

De esta manera se difunde en el penitente la luz de Dios de la que habla San Juan en su primera Carta "Si dijéramos que vivimos en comunión en Él y andamos en tinieblas, mentiríamos y no obraríamos según verdad... Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad" (1Jn 1, 6. 9).

(55) La absolución de los pecados en el sacramento de la penitencia Miércoles 28 de marzo de 1984

1. "A quién perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos" (Jn 20, 23). Jesús resucitado transmite a los Apóstoles el poder de perdonar en su nombre.

En el esfuerzo de captar el significado de los gestos que estamos llamados a realizar cuando nos acercamos al sacramento de la penitencia, el miércoles pasado consideramos el sentido y el valor de la acusación de las culpas como momento en que el pecador se aclara a sí mismo delante del Dios de Jesucristo que perdona. La absolución —el momento que queremos examinar hoy—, es, precisamente, la "respuesta" de Dios al hombre que reconoce y confiesa el propio pecado, manifiesta su dolor y se dispone al cambio de vida, que se deriva de la misericordia recibida.

Efectivamente, por parte del sacerdote, que actúa en el seno de la Iglesia, la absolución expresa el "juicio" de Dios sobre la actuación mala del hombre. Y el penitente, que está ante Dios acusándose como culpable, reconoce al Creador como propio Señor y acoge su "juicio" como el de un Padre que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cf. Ez 33, 11).

2. Este "juicio" se manifiesta en la muerte y resurrección de Cristo: aunque no conoció el pecado, "Dios lo hizo pecado por nosotros, para que en Él fuéramos justicia de Dios" (cf. 2Cor 5, 21). El Señor Jesús se ha convertido así en "nuestra reconciliación" (cf. Rom 5, 11) y en nuestra "paz" (cf. Ef 2, 14). La Iglesia, pues, por medio del sacerdote de manera singular, no actúa como si fuese una realidad autónoma: estructuralmente depende del Señor Jesús que la ha fundado, la habita y actúa en ella, de tal modo que hace presente en los diversos tiempos y en los diversos ambientes el misterio de la redención. La palabra evangélica esclarece este "ser enviada" de la Iglesia a través de sus Apóstoles por parte de Cristo para la remisión de los pecados. "Como me envió mi Padre —afirma el Señor Jesús resucitado—, así os envío yo". Y después de decir esto, soplando sobre ello añadió: "Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos". (Jn 20, 21-22). Así, pues, detrás —o dentro— de la realidad humana del sacerdote, se oculta y actúa el mismo Señor que "tiene el poder de perdonar los pecados" (cf. Lc 5, 24) y que con esta finalidad "mereció" (cf. Jn 7, 39) y "envió" (cf. Jn 20, 22) "su Espíritu" (cf. Rom 8, 9) después del Sacrificio del Calvario y de la victoria de la Pascua.

3. Nunca se insistirá bastante en subrayar la gratuidad de esta intervención de Dios para rescatarnos de nuestra miseria y de nuestra desesperación. Ciertamente, la absolución no es un "derecho", que el pecador puede alegar ante Dios: es radicalmente don, por el cual hay que manifestar la gratitud con las palabras y con la vida.

Y del mismo modo: nunca se insistirá bastante en subrayar el carácter concreto y personal del perdón ofrecido por la Iglesia a cada uno de los pecadores. No basta una referencia cualquiera del hombre a un "Dios" lejano y abstracto. Se trata de una exigencia humana, en sintonía con el designio histórico, realizado por Dios en Cristo y que perdura en la Iglesia, el poderse encontrar con un hombre concreto como nosotros que, sostenido por las oraciones y las buenas obras de los hermanos, y actuando "in persona Christi", nos asegura la misericordia que se nos concede. Por lo que se refiere al carácter personal del perdón, siguiendo la tradición incesante de la Iglesia, ya desde mi primera Encíclica (*Redemptor hominis*, 20) y luego muy frecuentemente he insistido no sólo sobre el deber

de la absolución personal, sino también sobre el derecho que tiene cada uno de los pecadores a ser acogido y llegar a él en su originalidad insustituible e irrepetible. Nada hay tan personal e indelegable como la responsabilidad de la culpa. Y nada hay tan personal e indelegable como el arrepentimiento y la espera y la invocación de la misericordia de Dios. Por lo demás, cada uno de los sacramentos no se dirige a una generalidad de personas, sino a una persona en singular: "Yo te bautizo", se dice para el bautismo; "Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo", se afirma en la confirmación, etc. En la misma lógica está el "Yo te absuelvo de tus pecados".

Por tanto, será necesario estar constantemente en guardia para que a un cierto "ritualismo individualista" no suceda un todavía más deletéreo "ritualismo de anonimato". La dimensión comunitaria del pecado y del perdón no coincide ni se provoca necesariamente sólo por ritos comunitarios. Se puede tener el espíritu abierto a la catolicidad y al universo confesándose individualmente, y se puede estar en actitud individualista cuando se está como perdido en una masa indeterminada.

Que los fieles de hoy puedan volver a descubrir el valor del sacramento del perdón, para poder revivir en él la gozosa experiencia de la "paz", que Cristo resucitado donó a su Iglesia el día de Pascua (cf. Jn 20, 19-20).

(56) Los frutos del sacramento de la penitencia Miércoles 4 de abril de 1984

1. "Si vivimos del Espíritu, andemos también según el Espíritu" (Gál 5, 25).

Queridísimos hermanos y hermanas: En los momentos de oración de los pasados miércoles nos hemos esforzado por reflexionar sobre el significado cristiano y humano de las varias etapas en las que se estructura el sacramento de la penitencia. Hoy queremos fijar la atención en los frutos, en los resultados, en los efectos del perdón recibido.

Cuando el sacramento de la reconciliación nos encuentra en pecado grave y lo recibimos con las disposiciones necesarias, entonces nos libera de las culpas y nos devuelve la vida de gracia. Ciertamente la absolución que se nos ofrece en nombre de Dios en Cristo, a través de la mediación de la Iglesia, no hace ciertamente que los pecados cometidos no hayan sido cometidos en su realidad histórica. Pero por medio de ella, la potencia de la misericordia divina nos conduce de nuevo a la dignidad de hijos de Dios, que habíamos recibido en el bautismo.

El catecismo nos ha enseñado a hablar de "gracia habitual", esto es, de una vida nueva y divina que se nos da: ésta hace presente en nosotros el "Espíritu de Cristo" (Rom 8, 9), que nos "conforma" con el Señor Jesús (cf. Rom 8, 29), a fin de que en la fraternidad eclesial encontrada de nuevo (cf. 1Cor 2, 11) podamos "repetir" en nosotros (cf. Ef 2, 3-6) el misterio de la muerte y de la resurrección del Redentor, recuperando y revalorizando así de modo nuevo el elemento auténticamente humano de la existencia.

2. No se trata, pues, de "algo" que se nos aplica como desde el exterior. En el creyente pecador y perdonado vuelve a "habitar" el Espíritu Santo (cf. Rom 8, 11; 1Cor 2, 12; 3, 16; 16, 19; 2 Cor 3, 3; 5, 5; Gál 3, 2-5; 4, 6) como nos prometió el Señor Jesús (cf. Jn 14, 15-17); más aún, vuelve a "poner su morada" Cristo mismo con el Padre (cf. Jn 14, 23; Ap 3, 20).

Y una presencia semejante no se da sin consecuencias felices sobre el ser y el actuar del fiel, liberado de la culpa mortal. Este queda de nuevo transformado íntimamente, cambiado ontológicamente, de manera que se convierte otra vez en "criatura nueva" (Gál 6, 15), "partícipe de la naturaleza divina" (cf. 2Pe 1, 34), singularmente "marcada" y modelada a imagen y semejanza del Hijo de Dios (cf. 1Cor 12, 13; 2Cor 1, 21-22; Ef 1, 13; 4, 30).

Aún más: el fiel, liberado de la culpa mortal, vuelve a adquirir un nuevo principio de acción que es el mismo Espíritu, de manera que se hace capaz de un conocimiento y una voluntad nueva según Dios (cf. 1 Jn 3, 1-2; 4, 7-8): vive para el Padre como Cristo (cf. Jn 6, 58), ora (cf. Rom 8, 26-27), ama a los hermanos (cf. 1Cor 12, 4-11; Jn 13, 34), espera la "herencia" futura (cf. Rom 8, 17; Gál 4, 7; Tit 3, 7), "dejándose guiar por el Espíritu", como nos asegura San Pablo en la Carta a los Gálatas (cf. 5, 18). Y esta renovación no se yuxtapone, sino que absorbe, sana y transfigura el elemento humano, de modo que hay que "estar alegres en el Señor" (cf. Flp 4-8, "probarlo todo y quedarse con lo que es bueno (cf. 1Tes 5, 21).

3. Pero el sacramento de la penitencia no se limita a devolver la gracia del bautismo. Ofrece aspectos nuevos de conformación con Cristo, que son propios de la conversión, en cuanto ésta es ratificada y completada por la absolución sacramental después del pecado.

Una sólida tradición espiritual expresa este don propio del sacramento de la reconciliación con los términos "espíritu de compunción".

¿Qué significa y qué implica éste? El "espíritu de compunción", en su fondo, es una particular unión con Cristo vencedor del pecado, de las pasiones y de las tentaciones. Incluye, pues, un lúcido y singular conocimiento de la culpa, pero no como motivo de angustia, sino como motivo de gozosa gratitud, desde el momento en que se la descubre como perdonada, hasta llegar a percibir como un instintivo disgusto hacia el mal. Incluye también una percepción particular de la fragilidad humana, que permanece todavía en parte incluso después del sacramento recibido, y que puede llevar nuevamente a "satisfacer los deseos de la carne" (Gál 5, 16): "fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias, homicidios, embriagueces, orgías y otras cosas como éstas" (Gál 5, 19-20), mientras que la gracia recibida de nuevo debe llevar al "fruto del Espíritu" que es "caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gál 5, 22).

El "espíritu de compunción", además, comporta el don de una peculiar claridad en descubrir el compromiso de la vida cristiana en todos sus sectores morales y en su aplicación a la persona concreta, y, a la vez, comporta el don de una nueva capacidad de realización de tales responsabilidades. Todo esto porque el perdón de Dios, recibido en el sacramento de la penitencia, nos asemeja de modo originalísimo a Jesucristo, que murió y resucitó para quitar "el pecado del mundo" (Jn 1, 29) y para ser "redención" (cf. Mt 20, 28; Ef 1, 7; Col 1, 14) de los pecados de cada uno de nosotros.

Este "espíritu de compunción", pues, no es en modo alguno tristeza o miedo, sino la explosión de un gozo derivado de la potencia y de la misericordia de Dios, que en el Señor Jesús borra las culpas, y a quien estamos llamados a corresponder con delicadeza de conciencia y fervor de caridad.

## (57) La confesión frecuente Miércoles 11 de abril de 1984

1. "Abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra Cabeza, Cristo" (Ef 4, 15).

Queridísimos: El sacramento de la penitencia, en el designio de Dios, constituye un medio singularmente eficaz en ese esfuerzo de crecimiento espiritual de que nos ha hablado el Apóstol Pablo. Es un medio indispensable por disposición divina -al menos en el deseo sincero de recibirlo- para el fiel que, habiendo caído en pecado grave, quiera retornar a la vida de Dios. Pero la Iglesia, a lo largo de los siglos, interpretando la voluntad de Cristo, ha exhortado siempre a los creyentes a acercarse con frecuencia a este sacramento (cf. Catechismo Romano del Concilio di Trento, Ciudad del Vaticano, 1946, págs. 239; 242), incluso para que sean perdonados los pecados sólo veniales.

Esta evolución respecto al pasado, como dijo mi predecesor Pío XII, no tuvo lugar sin la asistencia del Espíritu Santo (cf. Encíclica *Mystici Corporis*, 1943: AAS 35, 1943, pág. 235).

El Concilio Vaticano II, después, asegura que "el sacramento de la penitencia contribuye de manera extraordinaria a fomentar la vida cristiana" (*Christus Dominus*, 30); y, hablando de los sacerdotes, afirma: "Los ministros de la gracia sacramental se unen íntimamente a Cristo, Salvador y Pastor, por medio de la fructuosa recepción de los sacramentos, especialmente por el frecuente acto sacramental de la penitencia, como quiera que preparado por el diario examen de conciencia, favorece en tanto grado la necesaria conversión del corazón al amor del Padre de las misericordias" (*Presbyterorum ordinis*, 18). Y, en los "Praenotanda" al nuevo "Rito de la Penitencia", se dice: "Además, el uso frecuente y cuidadoso de este sacramento es también muy útil en relación con los pecados veniales. En efecto, no se trata de una mera repetición ritual ni de un cierto ejercicio psicológico, sino de un constante empeño en perfeccionar la gracia del bautismo, que hace que de tal forma nos vayamos conformando continuamente a la muerte de Cristo, que llegue a manifestarse también en nosotros la vida de Jesús (cf. 2 Cor 4, 10)" (*Ritual de la Penitencia, Praenotanda*, n. 7). Del mismo modo, para mi predecesor Pablo VI, "la confesión frecuente sigue siendo una fuente privilegiada de santidad, de paz y de alegría" (*Exhortación Apostólica Gaudete in Domino*, 1975).

2. Ciertamente, la remisión del pecado venial puede hacerse también a través de otros medios, sacramentales o no. El pecado venial, efectivamente, es un acto de adhesión desordenada a los bienes creados, realizado no con plena conciencia o no en materia grave, de tal manera que persiste en la persona la amistad con Dios, aún cuando en diverso grado queda de algún modo comprometida. Sin embargo, no se debe olvidar que las culpas veniales pueden causar heridas peligrosas al pecador.

A la luz de estas advertencias se comprende lo sumamente oportuno que es el que tales pecados sean perdonados también mediante el sacramento de la penitencia. Efectivamente, la confesión de estas culpas con miras al perdón sacramental, ayuda singularmente a tomar conciencia de la propia condición de pecadores ante Dios, para enmendarse; invita a descubrir nuevamente, de manera personalísima, la función mediadora de la Iglesia, que actúa como instrumento de Cristo presente para nuestra redención; ofrece la "gracia sacramental", esto es, una original conformación con el Señor Jesús como vencedor del pecado en todas sus manifestaciones, juntamente con una ayuda para que el penitente se dé cuenta y tenga la fuerza de poner en práctica plenamente las líneas éticas de desarrollo que Dios ha grabado en su corazón.

De este modo el penitente se orienta "al estado de hombre perfecto, a la medida de la talla que corresponde a la plenitud de Cristo" (Ef 4, 13); además, "viviendo según la verdad", se estimula a "crecer en todo en caridad, llegándose a Aquel, que es nuestra Cabeza, Cristo" (Ef 4, 15).

3. A estas motivaciones de orden teológico, quisiera añadir otra de orden pastoral.

Ciertamente, la "dirección espiritual" (o el "consejo espiritual", o el "diálogo espiritual", como a veces se prefiere decir), puede llevarse también fuera del contexto del sacramento de la penitencia e incluso por quien no tiene el orden sagrado. Pero no se puede negar que esta función -insuficiente, si se realiza sólo dentro de un grupo, sin una relación personal- de hecho está vinculada frecuente y felizmente al sacramento de la reconciliación y es ejercida por un "maestro" de vida (cf. Ef 4, 11), por un "spiritualis senior" (Regla de San Benito, c. 4, 50-51), por un "médico" (cf. S. Th., Supplementum, q. 18), por un "guía en las cosas de Dios" (ib., q. 36, a. 1) que es el sacerdote, el cual ha sido hecho idóneo para funciones especiales "en la Iglesia" por "un don singular de gracia" (ib., q. 35, a. 1).

De este modo el penitente supera el peligro de la arbitrariedad y es ayudado a conocer y a decidir la propia vocación a la luz de Dios.

(58) Relación entre el sacramento de la Reconciliación y el Sacramento de la Eucaristía  
Miércoles 18 de abril de 1984

1. "Examínese el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz" (1Cor 11, 28).

Queridísimos hermanos y hermanas, estamos en la víspera del Jueves Santo: esto es, del día en que Cristo instituyó, con el sacerdocio ministerial, el sacramento de la Eucaristía, que es como el centro y el corazón de la Iglesia y "repite" el sacrificio de la Cruz, a fin de que el Redentor sea ofrecido con nosotros al Padre, se convierta en nuestro alimento espiritual y permanezca con nosotros de modo singular hasta el fin de los siglos.

La Semana Santa, que es por excelencia, en el seno y en la cumbre de la Cuaresma, tiempo de penitencia, nos invita a una reflexión acerca de la relación entre el sacramento de la Reconciliación y el sacramento de la Eucaristía.

Por una parte, se puede y se debe afirmar que el sacramento de la Eucaristía perdona los pecados. La celebración de la Misa se sitúa como momento clave de la sagrada liturgia que es "la cumbre a la que tiende la actividad de la Iglesia, y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza" (Sacrosanctum Concilium, 10). En este gesto sacramental el Señor Jesús representa su Sacrificio de obediencia y donación al Padre en favor nuestro y en unión con nosotros: "para la remisión de los pecados" (cf. Mt 26, 28).

2. El Concilio de Trento en este sentido habla de la Eucaristía como de "antídoto por medio del cual somos liberados de las culpas cotidianas y preservados de los pecados mortales" (Decreto De SS. Eucharistia, cap. 2, Denz.-Schön. 1638; cf. 1740). Más aún, el mismo Concilio de Trento habla de la Eucaristía como del sacramento que otorga la remisión de los pecados graves, pero a través de la gracia y el don de la penitencia (cf. Decreto De SS. Missae sacrificio, cap. 2, Denz.-Schön. 1743), la cual está orientada e incluye, al menos en la intención —"in voto"—, la confesión sacramental. La Eucaristía, como Sacrificio, no sustituye y no se pone en paralelismo con el sacramento de la Penitencia: más bien se establece como el origen del que derivan y el fin al que tienden todos los otros sacramentos, y en particular la Reconciliación; "perdona los delitos y los pecados incluso graves" (ib.) ante todo porque incita a la confesión sacramental y la exige.

Y he aquí el otro aspecto de la doctrina católica. La Eucaristía que, como he dicho en mi primera Encíclica (Redemptor hominis, 20), es "el centro de la vida del Pueblo de Dios", exige que se respete "la plena dimensión del misterio divino, el pleno sentido de este signo sacramental en el cual Cristo, realmente presente, es recibido, el alma se llena de gracias y se nos da la prenda de la gloria futura".

Por esto, el Concilio de Trento —salvo en casos particularísimos en los que, por lo demás, como se ha dicho, la contrición debe incluir el "votum" del sacramento de la Penitencia— exige que quien tiene sobre su conciencia un pecado grave, no se acerque a la comunión eucarística antes de haber recibido, de hecho, el sacramento de la Reconciliación (Decreto De SS. Eucharistia, cap. 7, Denz.-Schön. núms. 1647; 1661).

3. Empalmado con las palabras de San Pablo: "Examínese el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz" (1Cor 11, 28), afirmaba yo también en la misma Encíclica: "Esta invitación del Apóstol indica, al menos indirectamente, la estrecha unión entre la Eucaristía y la Penitencia. En efecto, si la primera palabra de la enseñanza de

Cristo, la primera frase del Evangelio-Buena Nueva, era 'arrepentíos y creed en el Evangelio' (metanoete) (Mc 1, 15), el sacramento de la pasión, de la cruz y resurrección parece reforzar y consolidar de manera especial esta invitación en nuestras almas. La Eucaristía y la Penitencia toman así, en cierto modo, una dimensión doble, y al mismo tiempo íntimamente relacionada, de la auténtica vida según el espíritu del Evangelio, vida verdaderamente cristiana. Cristo, que invita al banquete eucarístico, es siempre el mismo Cristo que exhorta a la penitencia, que repite el 'arrepentíos'. Sin este constante y siempre renovado esfuerzo por la conversión, la participación en la Eucaristía estaría privada de su plena eficacia redentora, disminuiría o, de todos modos, estaría debilitada en ella la disponibilidad especial para ofrecer a Dios el sacrificio espiritual (1Pe 2, 5), en el que se expresa de manera esencial y universal nuestra participación en el sacerdocio de Cristo" (Redemptor hominis, 20).

Frecuentemente se oye poner de relieve con satisfacción el hecho de que los creyentes hoy se acercan con mayor frecuencia a la Eucaristía. Es de desear que semejante fenómeno corresponda a una auténtica madurez de fe y de caridad. Pero queda en pie la advertencia de San Pablo: "El que come y bebe sin discernir el Cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación" (1Cor 11, 29). "Discernir el Cuerpo del Señor" significa, para la doctrina de la Iglesia, predisponerse a recibir la Eucaristía con una pureza de espíritu que, en el caso de pecado grave, exige la previa recepción del sacramento de la Penitencia. Sólo así nuestra vida cristiana puede encontrar en el sacrificio de la cruz su plenitud y llegar a experimentar esa "alegría cumplida", que Jesús ha prometido a todos los que están en comunión con Él (cf. Jn 15, 11 etc.).

## Apéndice I

### HOMILÍA DE INAUGURACIÓN DEL AÑO JUBILAR DE LA REDENCIÓN

25 de marzo de 1983

#### *El signo*

1. “Mirad: La Virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pone por nombre Emmanuel”, porque Dios está con nosotros (cfr Is 7, 14). Estas palabras del Profeta expresan la señal que Dios dará a la casa de David: “El Señor, por su cuenta, os dará una señal”.

Y es el Singo que el rey Acaz no quería pedir a Dios, porque sus pensamientos y su corazón no tenían en cuenta las palabras del Señor manifestadas en la promesa hecha a David (cfr 2 S 7, 16)

Es el Signo que, contrariando al rey, proclamó a la casa de David el Profeta Isaías, el Evangelista del Antiguo Testamento.

Es el Signo en el que se realiza la Promesa y llega “la plenitud de los tiempos” (Ga 4, 4). El Dios de la majestad infinita se hace Emmanuel: “Dios con nosotros”.

Es el Singo en el que se inicia la Redención del mundo (exordia salutis nostrae) porque, ya en el seno purísimo de la Virgen María, el Emmanuel es nuestro Redentor.

En este Signo comienza hoy el Año Santo de la Redención

#### *La Puerta Santa*

2. Se abre la Puerta del Jubileo extraordinario y entramos por ella en la basílica de San Pedro.

Es un símbolo. Entramos no solamente en esta veneradísima basílica romana. Entramos en la dimensión más santa de la Iglesia, en la dimensión de gracia y salvación que ella siempre recibe de misterio de la Redención

La recibe siempre y sin cesar. Pero, en este año que inicia hoy, deseamos que la Iglesia entera sea particularmente consciente del hecho de que la Redención perdura en ella como don de su divino Esposo.

Que sea particularmente sensible a este don; abierta y disponible más profundamente de lo acostumbrado a la acogida de este don.

Que la Iglesia, nuestra Iglesia, peregrina sobre la tierra, pueda, en esta apertura salvífica, sumergirse de modo especial en el misterio de la Comunión de los Santos en Cristo.

Que más profundamente de lo acostumbrado respire con los pulmones del perdón y de la misericordia de Dios.

Que, con una alegría mayor de lo acostumbrada, se convierta y crea en el Evangelio.

Que todos sus hijos se entreguen más intensamente al Redentor divino, a Él que es la puerta, a través de la que es necesario entrar para salvarse (cfr Jn 10, 9).

3. Con estos pensamientos y deseos, se abre la puerta del Jubileo extraordinario, y entramos a través de ella en la basílica de San Pedro, y contemporáneamente en todas las catedrales diocesanas, en todas las iglesias parroquiales, en todas la capilla, incluso en las tierras más lejanas, y especialmente en las de misiones. Entramos en todas las comunidades cristianas, sean cuales sean y en cualquier lugar que se encuentren, especialmente en las catacumbas del mundo contemporaneo. El Jubileo extraordinario de la Redención es el Año Santo de toda la Iglesia.

Desde el umbral, hoy, nosotros vemos cómo se abre una amplia perspectiva sobre todo un tiempo de gracia, que perdurará hasta la Pascua del año próximo. Desde la Encarnación hasta la Pascua.

4. En el umbral del Año Jubilar de la Redención, la liturgia de la solemnidad de hoy nos proclama el cumplimiento de aquel Signo que, según las palabras del Profeta Isaías, debía ser dado a la casa de David: “Mirad: La Virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pone por nombre Emmmanuel”.

Y así es. El Signo se cumple y toma forma en el misterio de la Anunciación.

Conocemos bien esta forma. Todos nosotros sentimos un profundo amor por la Anunciación del Ángel. La recordamos tres veces al día en el rezo del Ángelus. Es la invocación de nuestros labios. Es el canto de nuestros corazones. Nos remite continuamente a la Anunciación del Ángel a María, en cuya solemnidad, que asocia al Hijo y a la Madre en el misterio de la Encarnación, vemos también el momento más propicio para dar comienzo al Año de la Redención.

#### Cristo y su cruz

Efectivamente, en la anunciación dio comienzo la Redención del mundo: El Emmanuel, Dios con nosotros, ese Cristo, que en la Carta a los Hebreos habla al Padre diciendo: “Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: ‘Aquí estoy, ¡oh Dios!, para hacer tu voluntad’ (Hb 10, 5-7).

Así dice Cristo, Verbo Eterno del Padre, Hijo suyo predilecto. En estas palabras está el comienzo de la Redención del mundo y todo su plan hasta el final. La Redención del mundo está vinculada al Cuerpo recibido de María y ofrecido en el sacrificio de la cruz, convertido después en el Cuerpo de la resurrección: “El primogénito de los muertos” (Ap 1, 5).

Y por esto, desde su mismo comienzo, La Redención del mundo está vinculada a una palabra que evoca la admirable obediencia de Cristo en la santa obediencia de la Virgen de Nazaret. Precisamente Ella escucha la respuesta decisiva del Ángel a la pregunta principal: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su nombre; por eso, el Santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios” (Lc 1, 35). Y precisamente Ella, María de Nazaret, acoge esta respuesta, y acoge en su seno y en su corazón al Hijo de Dios como Hijo del hombre. En Ella, el Verbo se hizo carne después de haber pronunciado una palabra de obediencia en sintonía con Cristo: “Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). De Ella, la primera redimida, hizo Dios la puerta de entrada del Redentor en el mundo.

5. Hoy, todos nosotros, los aquí reunidos en la basílica de San Pedro en Roma o en las comunidades del Pueblo de Dios diseminadas por todo el mundo, aceptamos esta Anunciación como el cumplimiento del Signo de la profecía de Isaías. Aceptamos en este signo al Emmanuel. Profesamos nuestra fe en el comienzo de la Redención del mundo. Desde este comienzo, nuestro deseo es seguir adelante a través de todas las etapas del Jubileo extraordinario. Queremos conseguir que este Año, marcado en la historia de la humanidad con el signo del aniversario de la Redención, sea para nosotros, día tras día, el “Año de gracia del Señor” (Lc 4, 19).

#### Plegaria del Papa al comenzar el Año Santo

6. “Año de gracia” que yo, Sucesor de Pedro, invoco de ti, Señor de todas las épocas y de toda la historia, que nos has amado hasta la muerte para darnos la vida en abundancia:

1. ¡Cristo, Jesús, Hijo de Dios vivo, que has tomado tu cuerpo de la Virgen María y te has hecho hombre por obra del Espíritu Santo! ¡Cristo Jesús, Redentor del hombre! ¡Tu eres el mismo, ayer, hoy y por todos los siglos! Acepta este Año del Jubileo extraordinario, que te ofrece tu Iglesia, para celebrar el mil novecientos cincuenta aniversario de tu muerte y Resurrección por la Redención del Mundo. Tú, que de la obra de la Redención has hecho la fuente de un don siempre nuevo para tu Esposa terrena, haz que su fuerza salvífica inunde todos los días, semanas y meses de este Año, para que sea de verdad para nosotros el “Año de la gracia del Señor”.

2. Haz que todos nosotros, en este tiempo de elección, te amemos aún más reviviendo en nuestro interior los misterios de tu vida, desde la concepción y el nacimiento hasta la cruz y la resurrección. Quédate con nosotros a través de estos misterios, quédate con nosotros mediante el Espíritu Santo, no nos dejes huérfanos. Vuelve siempre a nosotros (cfr Jn 14, 18).

3. Haz que todos se conviertan al Amor, viendo en Ti, Hijo del eterno Amor, al Padre que es “rico en misericordia” (Ef 2, 4). Haz que toda la Iglesia, a lo largo de este año, vuelva a sentir la abundancia de tu Redención, que se manifiesta en el perdón de los pecados y en la purificación de los residuos del pecado, que gravan sobre las almas llamadas a una vida inmortal. ¡Ayúdanos a vencer nuestra indiferencia y nuestro temor! Danos el sentido del pecado. Crea en nosotros, Señor, un corazón puro, y renueva en nuestra conciencia un espíritu firme (cfr Sal 50 (51), 12).

4. Haz, Señor, que este Año Santo de tu Redención se convierta también en una llamada al mundo contemporáneo, que ve la justicia y la paz en el horizonte de sus deseos, y sin embargo, concediendo cada vez mayor espacio al pecado, vive día tras día, en medio de crecientes tensiones y amenazas, y parece dirigirse hacia una dirección peligrosa para todos. ¡Ayúdanos Tú a cambiar el rumbo de las crecientes amenazas y desventuras del mundo actual! ¡Levanta de nuevo al hombre! ¡Protege a las naciones y a los pueblos! ¡No permitas que se lleve a cabo la obra de la destrucción que amenaza hoy a la humanidad!.

5. ¡Señor Jesucristo, que se demuestre más poderosa la obra de tu Redención! Esto te implora durante este Año la Iglesia mediante tu Madre, que Tú mismo has dado como Madre de todos los hombres. Esto te pide la Iglesia en el misterio de la Comunión de los Santos. Esto te pide incesantemente tu Iglesia, oh Cristo. ¡Que se muestre más poderosa -en el hombre y en el mundo- la obra de tu Redención! Así sea.

## Apéndice II

## MENSAJE DE CLAUSURA DEL AÑO JUBILAR DE LA REDENCIÓN

22 de abril de 1984

1. “Alabad a Yahvé, porque es bueno. / porque es eterna su piedad ....; / la diestra de Yahvé ha hecho proezas” (Sal 118/117, 1. 16).

Hoy Domingo de Pascua, entonamos este canto de acción de gracias, que colma la sagrada liturgia. Damos gracias por la resurrección de Jesucristo. Damos gracias por la glorificación de Aquel que se despojó a Sí mismo, y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz (cfr Flp 2, 8).

La obra de la redención del mundo se realiza en la resurrección. De la piedra del sepulcro se quita el sello de la muerte. En los corazones de los hombre se grava el sello de la vida.

2. Cristo ha sido inmolado en sacrificio como nuestra Pascua (cfr 1 Co 5, 7).

Damos gracias por el sacrificio de Jesús que llega hasta la majestad del Padre. Damos gracias por el amor del Padre que se ha revelado en la resurrección del Hijo. Damos gracias por el hálito del Espíritu que da la Vida: este hálito lo reciben los Apóstoles, reunidos en el Cenáculo. Cristo vendrá con las puertas cerradas y les dirá: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados” (Jn 20, 22-23).

En la resurrección de Cristo tiene su comienzo la resurrección de los pecados: en su cruz está nuestra conversión, en la resurrección está la victoria sobre el pecado. Cristo nos ha rescatado, liberándonos del mal; ha perdonado nuestros pecados; nos ha reconciliado con Dios y con nuestros hermanos; nos ha dado su vida, abriéndonos las puertas de la vida sin fin.

“Demos gracias al Señor, porque es bueno.” Nuestro bien, la obra de la redención concebida en la Trinidad que da la Vida, desciende hacia nosotros mediante la cruz y la resurrección del Cordero de Dios.

3. La Iglesia de Jesucristo hoy da gracias solemnemente por la experiencia particular de la redención, que nos ha ofrecido el año que termina: el Año Santo, el Año del Jubileo extraordinario, que inició con el recuerdo de la encarnación del Verbo, el 25 de marzo de 1983, y que clausuramos hoy en la solemnidad de la resurrección.

“Vinctimae paschali laudes immolent christiani, / Agnus redemit oves, Christus innocens / Patri reconciliavit peccatores”

Damos gracias por el Año Jubilar de la Redención “tiempo de gracia del Señor”: su gracia dura eternamente.

4. Roma de las gracias , el Obispo de Roma de las gracias, junto a las tumbas de los Apóstoles, junto a las catacumbas de los mártires, que marcan el comienzo terrestre de la Iglesia y, al mismo tiempo, manifiestan constantemente el misterio de la Comunión de los Santos: con estos mártires y con los santos de toda la historia estamos en comunión de vida, porque todos participamos de la misma vida de Cristo resucitado.

Roma da las gracias, y también todas las Iglesias del obre terrestre. En la comunidad universal de la Iglesia se nos ha concedido iniciier este Año Jubilar de la Redención, y vivirlo juntos.

La Iglesia, efectivamente, es la comunidad de las comunidades, consagrada en la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Damos gracias a Dios, pues, hoy por todo lo que, con ocasión de este Año Jubilar, se ha realizado en cada comunidad, por todo lo que se ha realizado en cada hombre.

La Sede de Pedro da las gracias a todos los peregrinos, que la han visitado en este tiempo sagrado. También ella ha ido espiritualmente en peregrinación hacia todos aquellos que han escuchado la llamada: "Abrid las puertas al Redentor". Y las puertas del Año Santo, abiertas en las basílicas romanas, han sido abiertas dondequiera que han llegado los confesores de Cristo, a fin de que todos pudieran saciarse "de las fuentes de la salud" (Is 12, 3), es decir, de la abundancia de la redención.

5. Hoy, estas puertas serán cerradas, de acuerdo con la tradición y el mismo simbolismo del rito: cada tiempo fuerte tiene necesariamente un ritmo. Pero hoy precisamente, de una vez para siempre, ha sido abierta la puerta del sepulcro de Cristo. El que es la Resurrección y la Vida (cfr Jn 11, 25), no admite la piedra sepulcral, y no conoce puertas cerradas.

6. Por tanto, en el nombre de la resurrección, mientras se corre la piedra del sepulcro del Señor, nosotros cerramos la Puerta Santa del Jubileo extraordinario, para que nunca se cese de gritar: Abrid las puertas al Redentor. Cristo ha resucitado y está ante el corazón de cada hombre, pidiendo entrar: "Mira que estoy a la pueta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él y él conmigo" (Ap 3, 20). Que se abra a Cristo las puertas del corazón del hombre, que es siempre para sí mismo un enigma incomprendible ("el hombre, es desconocido") hasta que Cristo viene a iluminarlo.

¡Abrid, hombres, las puertas al Redentor! Abridle las puertas de las familias y de cada ambiente humano, las puertas de la sociedad, de las naciones y de los pueblos. Abridle las puertas de esta nuestra difícil época contemporánea, de esta civilización de crecientes contrastes:

- en la que se combaten: el ardiente deseo de la paz y la febril preparación de los medios destructores de guerra;
- en la que se combaten: la riqueza que viene del progreso material y técnico y la extema penuria e indigencia pagada con la muerte, a causa del hambre o de la sed, de millones de niños, de hombres y de mujeres;
- en la que se combaten: el deseo universal de la dignidad del hombre y de sus derechos y la violación de los mismos derechos, hasta las formas más brutales de prepotencia y de violencia, de opresión de las conciencias, de las torturas y del terrorismo;
- en la que se combaten: los esfuerzos encaminados a garantizar y a prolongar la vida humana y la destrucción de esa misma vida de diversas maneras que no se detienen entre los aún no nacidos ni ante los enfermos que aún tienen un hálito de vida;

- en la que se combaten: la esperanza alimentada por las estupendas conquistas de la ciencia y de la tecnología, y la desesperación suscitada por la perspectiva de los usos nefastos que, en todos los campos, el hombre está tentado a hacer de los mismos.

7. Abrid, pues, a Cristo las puertas de nuestra difícil edad moderna, de esta civilización de contrastes crecientes; permitidme injertar en ella la redención y la civilización del amor. Llegará el día en el que esta empresa quedará definitivamente realizada. Quien cree, lo sabe; pues sobre Cristo la muerte no ha tenido la última palabra. Resucitando, Él ha triunfado sobre ella y sobre el pecado. Ha triunfado sobre los mismos también para el hombre, en cuya carne ha muerto y resucitado. Al hombre, a todos los hombres, Él quiere comunicar la vida conquistada en la cruz.

Del hombre, de todos los hombres, Él espera la libre adhesión de un corazón purificado en la experiencia del arrepentimiento y del perdón.

¡Ábranse los corazones humanos a acoger el don de Cristo!

Permítase al Redentor que guíe la humanidad hacia un futuro mejor más allá del umbral que separa el segundo del tercer milenio.

8. ¡Oh Cristo, crucificado y resucitado! ¡Te damos gracias! Te pedimos perdón:

- por todo mal que se afirma en el corazón humano y en el mundo:

- por todo bien omitido en este Año Santo de la Redención: ¡Te pedimos perdón!

¡Te adoramos en tu resurrección! Como el Apóstol Tomás, que al principio no creyo en tu resurrección, tocamos las señales de nuestra redención en tus manos, en tus pies, en tu costado, mientras con viva fe exclamamos: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20, 28).

Acoge este grito: este mensaje pascual de la Iglesia.

Que resuene con amplio eco en los saludos de la alegría pronunciados en las diversas lenguas, en las que tus seguidores por todo el orbe terrestre profesan y proclaman la fe en la resurrección.

## Apéndice III

**CARTA DE JUAN PABLO II  
A TODOS LOS OBISPOS DE LA IGLESIA:  
LOS FRUTOS DEL AÑO JUBILAR DE LA REDENCIÓN**

Queridos hermanos en el ministerio episcopal:

El domingo de Pascua he cerrado con profunda emoción la Puerta Santa, que había abierto el 25 de marzo de 1983, dando comienzo al Jubileo extraordinario de la Redención en unión espiritual con vosotros, que lo inaugurabais conmigo en vuestras diócesis.

En la feliz conclusión de esta inolvidable experiencia eclesial, deseo expresar a todos vosotros mi viva gratitud por la participación espiritual y la pastoral solicitud con la que habéis llevado a efecto la celebración jubilar en cada una de vuestras Iglesias. Vuestro celo ha multiplicado los esfuerzos para ayudar a los fieles a vivir las grandes finalidades sobrenaturales indicadas para el Jubileo, como la conversión interior y la reconciliación con Dios, consigo mismos y con los demás, a través, sobre todo, de una mayor participación en los sacramentos, especialmente en los de la Penitencia y la Eucaristía, y mediante un mayor empeño en la escucha religiosa de la Palabra de Dios.

Es confortante y significativa la sorprendente disponibilidad con la que los fieles han respondido a la invitación de vivir con particular interioridad el don del Jubileo.

Mi agradecimiento se dirige, por lo tanto, a vosotros, queridos hermanos en el Episcopado, y a todos los sacerdotes, vuestros colaboradores, que, acogiendo con prontitud mi anuncio, habéis promovido con una prudente acción pastoral las oportunas iniciativas para que el Jubileo se realizara adecuadamente.

Todo Pastor no puede dejar de alegrarse por el amplio movimiento de renovación espiritual, que esta particular ocasión de gracia ha suscitado. El Año Jubilar ha visto la generosa y convencida participación de los laicos, sobre todo la de los jóvenes, tanto en cada diócesis como en la Iglesia universal. A los jóvenes se había dirigido la invitación a abrir las puertas a Cristo, y ellos la han acogido con alegría. Se les ha dado confianza y han demostrado merecerla.

Ésta es la línea en la que conviene proseguir con renovada esperanza durante este final de siglo que nos acerca al tercer milenio de la era cristiniana.

El Año Santo ha visto también el empeño generoso de los sacerdotes y de los religiosos, los cuales han podido comprender y apreciar mejor su identidad específica de testigos del reino, de anunciadores de la Palabra de Dios, de ministros de los Sacramentos, especialmente los de la Eucaristía y de la Reconciliación. Esto se ha hecho más evidente en las iniciativas tomadas a nivel parroquial y diocesano, como también en tantas peregrinaciones guiadas por ellos a las tumbas de los Apóstoles y de los mártires que se veneran en esta ciudad de Roma. Brota espontáneamente del corazón el anhelo de que la experiencia vivida en este tiempo de gracia pueda contribuir a un aumento de las vocaciones sacerdotales, que constituye la constante preocupación de todo Pastor.

Finalmente, no quisiera pasar en silencio la oportunidad que en el Año Jubilar ha ofrecido de subrayar la importancia de una presencia específica de la Iglesia en el mundo de la

cultura, del trabajo, de la familia, así como su participación en la promoción de los grandes valores a través cuales se expresa la auténtica dignidad del hombre. Una vez más se ha visto claramente que “el cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia a toda la humanidad hacia el misterio de Cristo (Redemptor hominis, 10)

Deseo además manifestaros, queridos hermanos, mi grata complacencia por la generosa respuesta a la invitación, que en su momento os dirigí, de unirnos a mí, con ocasión de la solemnidad de la Anunciación, para renovar el “Acto de consagración” a la Virgen Santísima, que realicé en la plaza de San Pedro ante la venerada imagen de Nuestra Señora de Fátima.

Deseo ahora que, al echar una mirada retrospectiva a las diversas fases del finalizado Jubileo extraordinario de la Redención, reflexionemos juntos sobre la urgente necesidad de que los gérmenes espirituales de tal acontecimiento maduren abundantemente en frutos de gracia para todos. Ésta debe ser la común preocupación de los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos: que la celebración del Año Santo no quede solamente como un recuerdo entusiasta de la magnífica respuesta dada por millones y millones de creyentes en Cristo Redentor para ofrecer públicamente un testimonio abierto y límpido de su fe, sino que -mediante iniciativas adecuadas de carácter espiritual y pastoral- siga actuando en lo profundo de las conciencias para hacer cada vez más fecundos los propósitos de bien y el compromiso de vivir en plenitud la caridad hacia Dios y hacia los hermanos.

Con tales deseos os imparto de corazón la bendición apostólica, que estiendo a todos vuestros colaboradores y fieles.

Vaticano, 29 de abril de 1984 (II domingo de Pascua “in Albis”, VI año de mi pontificado).

Ioannes Paulus II